

Héctor Galmés



La siesta del burro
Sosías

Ediciones de la Banda Oriental • El placer de leer

\$150
2

HÉCTOR GALMES

La siesta del burro

SOSÍAS

PROLOGO



LA SIESTA DEL BURRO
SOSÍAS

HÉCTOR GALMÉS

La siesta del burro

SOSÍAS

PRÓLOGO DE HEBER RAVIOLÓ



Ediciones de la Banda Oriental

HECTOR GALMES

La siesta del burro

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

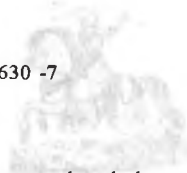
EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL S.R.L.
Gaboto 1582 - Tel.: 408 3206 - Fax: 409 8138
11.200 - Montevideo, Uruguay.
www.bandaoriental.com.uy

Carátula: Fidel Sclavo

Diseño: Silvia Shablico

ISBN 978-9974 -1- 0630 -7

Queda hecho el depósito que ordena la ley
Impreso en Uruguay - 2009



PRÓLOGO

Cuando en setiembre del año 2003 publicamos en Lectores de Banda Oriental la segunda edición de *Final en borrador*, la última novela publicada en vida por Héctor Galmés⁽¹⁾, decíamos lo siguiente:

“En las fuentes de esta novela se encuentra otra que empezó a trabajar no mucho antes de que se declarara su mal: *La siesta del burro*. Cuando me la entregó, tal vez en el correr del año 1982 [...], ni él ni yo estuvimos conformes con el resultado. Aunque tenía páginas estupendas, no nos cerraba. La siguió trabajando durante su enfermedad y el resultado (que me entregó con el nuevo título revelador de lo que sentía en esos momentos en que sus tiempos se terminaban, acechada por la “guadaña” a la que alude más de una vez con humor negro), fue una obra distinta, que sólo conservaba una cuarta parte, aproximadamente, del material de *La siesta del burro*”⁽²⁾

[...]

“Como testimonio de esa lucha de Galmés con su fantasía y su imaginación, ha quedado el original de *La*

(1) Héctor Galmés, *Final en borrador*, Colección Lectores de Banda Oriental, Novena Serie, Nº 21.

(2) En realidad, como lo podrá comprobar el lector que coteje ambos textos, el material de *La siesta del burro* que se conservó en *Final en borrador* no pasa de un 15%. Corresponde al viaje de Valentín Salustio y su circo en el viejo tren destartado (páginas 24 a 35 de esta edición y 63/64, 67 a 74 de *Final en borrador*, 2003, y a la muerte del elefante (págs. 65/66 y 71/72, respectivamente). Aunque presentan variantes, se trata esencialmente de los mismos textos. En cambio, el tema de la ausencia de muertes en Colodra se conserva de un libro a otro pero con el texto completamente modificado (páginas 52 y ss. de esta edición y 79 y ss. de *Final en borrador*, 2003).

siesta del burro [...] que esperamos poder publicar próximamente junto a algún relato breve tampoco recogido en libro. Más allá de las dudas del autor, y de las nuestras, es un material precioso que deberá incorporarse a la escueta y esencial obra de Galmés”.⁽³⁾

Con esta entrega estamos cumpliendo lo anunciado. Puede tomarse como un tributo al amigo, y en un sentido lo es, pero se trata también de una deuda con nuestra literatura, pues el repaso de estas páginas nos confirma en lo que decíamos entonces con respecto a su calidad.

Cuando en 1982 decidimos de común acuerdo hacer un compás de espera para que Héctor siguiera trabajando su novela, ignorábamos los dos que había un nuevo personaje que estaba por entrar insidiosamente en escena: la enfermedad que lo llevó a la tumba y que ocupó, azarosa y cruel, los tres últimos años de su vida.

La Parca, la guadaña, la huesuda, expresiones que irrumpen en su relato como si se tratase de exorcizar con esas dosis de humor negro la presencia implacable, no impiden que durante ese período trabaje afanosamente, en la medida de sus fuerzas, sobre el material de su última creación. Y a tal punto es ahincado su esfuerzo que de aquella novela casi terminada de 1982 y que necesitaba –eso creíamos– algunos ajustes, surgen dos novelas, hermanas si se quiere, pero perfectamente diferenciadas.

Héctor nos entregó el original de *Final en borrador* a fines de 1985 y le llevé su primer ejemplar el día de su cumpleaños, el 21 de diciembre. Ese día, tres semanas antes de su muerte, quiso reunirse en su casa con sus familiares y amigos más queridos: pienso en Alejandro Paternain, Renzo Pi, Enri-

(3) La narrativa de Galmés (1933-1986) ha sido íntegramente publicada por Banda Oriental: *Necrocósmos* (novela, 1971); *Las calandrias griegas* (novela, 1977); *La noche del día menos pensado* (cuentos, Lectores de Banda Oriental, 1981); *Final en borrador* (novela, 1985). Las tres novelas fueron reeditadas en Lectores de Banda Oriental en 1986, 1984 y 2003, respectivamente. *La siesta del burro* y *Sosías* se publicó por primera vez en Lectores de Banda Oriental, octubre de 2006.

que Mena, pero la memoria me puede traicionar, pues el recuerdo de aquella noche está ocupado por una imagen imborrable: la de Héctor sonriente, que ya casi no hablaba, bebiendo en un brindis con dificultad su último trago de champán.

Esos últimos meses fueron de noches terribles y mágicas, ocupadas, mientras le dieron las fuerzas, con nuestras torpes partidas de ajedrez, y siempre, junto a Delia, por Mozart y Julio de Caro, Rosita Quiroga y Troilo o Pugliese, algunos clásicos del *jazz* o los auténticos *carmina burana*.

No había mucho para hablar –ya prácticamente no podía– pero su sola presencia y su sonrisa ausente de todo resentimiento llenaban esas noches de algo inexpresable, de una inefable convicción de que vivir había valido la pena.

No es este, por cierto, el momento de hacer un análisis comparado de las dos novelas. Pero es claro que, más allá de esas trece o catorce páginas comunes, y de algunos personajes, son dos obras plenamente independientes.

La nueva lectura de *La siesta del burro* nos confirmó en la necesidad de su publicación: por su calidad y porque en una obra tan breve y esencial como la de Galmés, no tenía sentido dejar al margen cien páginas de ese nivel. Nuestra memoria no nos permite asegurar que sea esta la misma versión que habíamos leído a fines de 1981. Una anotación de Delia –su inolvidable compañera, quien nos proporcionó los originales– expresa que fue “reescrita a partir del 2 de febrero de 1982 y dio lugar a *Final en borrador*”. Pero es muy probable que esta versión presente ya correcciones con respecto a la que con Héctor habíamos considerado digna de ser trabajada un poco más.

Después le metió mano a fondo y suprimió y agregó material hasta construir otra novela. Pero el cuidado y la pulcritud con que conservó las páginas dactilografiadas originales, con algunas –no muchas– correcciones de su puño y letra, indican, sin lugar a dudas, que no las consideraba desechables.

A título de examen superficial y precario de un material que podrá ser pasto de infinitas monografías académicas, observamos:

1) Dos personajes centrales de *La siesta del burro* desaparecen en *Final en borrador*: Estévez y el Dios Verde.⁽⁴⁾

2) A su vez, el tema del *cine*, esencial en *Final en borrador* y en torno al cual se arma toda la novela (“*No era simplemente un pasatiempo, sino una forma de ordenar el mundo*”, p. 35), está totalmente ausente en *La siesta del burro* y, por consiguiente, los personajes y los temas que a él se adscriben: Lopecito, Julián El Gitano, Don Tobias, El Deslumbrado, El Submarino Peral.

3) En *La siesta*, escrita en plena dictadura, hay una presencia constante del tema político, aunque tratado con las precauciones que exigía la época. No hay ningún nombre de lugar ni de persona que permita ubicar los hechos necesariamente en Uruguay, aunque ciertas “guiñadas”, como el bar “La Celeste”, son ostensibles. Las referencias políticas y militares resultan familiares pero están como desfasadas. *El héroe*, que por algunos rasgos y hechos de su vida podría ser Artigas, por otros Saravia y hasta el Che Guevara, está temporalmente desubicado, lo que instala en la novela, por momentos, una especie de extraño anacronismo.

4) Los dos personajes femeninos, La Sibila y sobre todo Diamela, cambian radicalmente de una novela a otra.

5) El General Bernal –el héroe– desaparece en *Final en borrador*, así como el tema de los guerrilleros y los personajes de Juan Carlos y Euclides el zapatero.

En fin, *Final en borrador* es mucho más barroca que *La siesta del burro* y, sin duda, mucho más personal. *La siesta* nos recuerda en buena medida el mundo de sus cuen-

tos, donde todo, hasta los temas más complejos, parece organizarse en estructuras de una serenidad clásica.

Sostias, la historia que cierra esta edición, es, según nos expresara Delia, su primer cuento y está fechado en octubre de 1965. Por sus características y por su calidad es una típica historia de *La noche del día menos pensado* (1981).

Suponemos que al ver que el libro se excedía del número de páginas que admitía en aquellos tiempos difíciles la colección “Lectores”, lo suprimió por su cuenta, pues nunca me lo dio a conocer. Un detalle que indica hasta qué punto este cuento debió pertenecer a ese libro es el dibujo que Héctor realizó para la tapa: esa máscara que deja al descubierto, en lugar de un rostro, un hueco en donde parece anidar el vacío del universo, remite directamente a las cinco líneas que terminan magistralmente el relato.

Heber Raviolo
[2006-2009]

(4) El Dios Verde es un personaje histórico al que por la década del cincuenta llegamos a ver por las calles de Montevideo. César di Candia, en su reciente libro *Fantasmas del pasado, perfumes de ayer* (Fin de Siglo, 2006) le dedica un artículo: “Un santo a la medida uruguaya”, pp. 64 y ss. Vivió la mayor parte de su vida en Mercedes y, de acuerdo a una tradición oral se llamaba José Sales. Habría sido seminarista en su juventud y solía vivir en una pequeña carpa al lado del río, donde hay una escultura en su memoria. Está enterrado en el cementerio de Mercedes. Washington Benavides lo recuerda en un hermoso poema de *El mirlo y la misa*.

no son las personas sino cosas que están en el mundo las
personas, y estas personas son los habitantes de Valencia

En la vida de una persona, cuando se trata de un
hombre, se ve cómo va creciendo y cambiando el alma

una vez más y una vez más se ve cómo va creciendo y
cambiando el alma y cómo va creciendo y cambiando el alma

El alma va creciendo y cambiando y cómo va creciendo y
cambiando el alma y cómo va creciendo y cambiando el alma

En la vida de una persona, cuando se trata de un
hombre, se ve cómo va creciendo y cambiando el alma

En la vida de una persona, cuando se trata de un
hombre, se ve cómo va creciendo y cambiando el alma

En la vida de una persona, cuando se trata de un
hombre, se ve cómo va creciendo y cambiando el alma

En la vida de una persona, cuando se trata de un
hombre, se ve cómo va creciendo y cambiando el alma

En la vida de una persona, cuando se trata de un
hombre, se ve cómo va creciendo y cambiando el alma

En la vida de una persona, cuando se trata de un
hombre, se ve cómo va creciendo y cambiando el alma

En la vida de una persona, cuando se trata de un
hombre, se ve cómo va creciendo y cambiando el alma

En la vida de una persona, cuando se trata de un
hombre, se ve cómo va creciendo y cambiando el alma

LA SIESTA DEL BURRO

El burro era un animal muy curioso. No le gustaba trabajar
mucho, pero le gustaba mucho descansar. Cada día
trabajaba en el campo y después de comer se iba a la
siesta. Los pastores lo llevaban bajo las ramas y
sombras de los árboles para que se refrescase y no
se cansara. Como era un animal muy curioso, siempre
quería saber qué cosas había en el mundo. Un día
se escapó de su corral y fue a ver a los animales
del mercado. Allí vio muchos animales muy curiosos.
Los animales del mercado eran muy curiosos y siempre
querían saber qué cosas había en el mundo. Un día
se escapó de su corral y fue a ver a los animales
del mercado. Allí vio muchos animales muy curiosos.

El burro se escapó una vez más del corral y fue a
ver a los animales del mercado. Allí vio muchos
animales muy curiosos y siempre querían saber
qué cosas había en el mundo. Un día se escapó
de su corral y fue a ver a los animales del
mercado. Allí vio muchos animales muy curiosos.

Los animales del mercado eran muy curiosos y
siempre querían saber qué cosas había en el mundo.
Un día se escapó de su corral y fue a ver a los
animales del mercado. Allí vio muchos animales
muy curiosos.

El vino los había alegrado. Por las ventanas abiertas salían carcajadas, palabrotas, discursos improvisados. Voces cascadas entonaban alguna canción zumbona. Nadie recordaba escándalo semejante, y menos en el recinto de una oficina pública. Los peatones se detenían bajo las ventanas y trataban de reconocer voces en medio de la baránda; y en la acera de enfrente, sobre los canteros de la plaza o subidos a los bancos, se apiñaban otros estirándose al máximo para poder distinguir, entre las brillantes calvas y los cabellos plateados, el rostro encendido del homenajeado que sobresalía por encima de todos porque lo llevaban en andas o lo obligaban a subirse sobre una mesa para que se despidiera de una vez, con palabras solemnes, del edificio donde había trabajado tantos años. Aunque no era necesario esforzarse para saber qué ocurría adentro. A esa altura de la fiesta cualquiera podía entrar, subir los escalones de mármol y describir en el salón principal de la oficina, en uno de cuyos rincones se levantaba un Mercurio de yeso con el casco rajado y el caduceo roto.

De pronto se oyó una risa diferente. Se hizo un breve silencio. Un invitado, al maniobrar con su bastón, destrozó el cristal de un armario. Rollos de cartulina y hojas impresas a mimeógrafo se desparramaron por el piso de tablas. A nadie le importó. La alfombra de aranceles, gráficas, circulares y balances crujió escasos instantes bajo los zapatos de los bebedores. Después se humedeció con el vino derramado. Letra difinitivamente muerta.

Sin cesar se vaciaban botellas de semillón y botellas de sidra. Alguno salía tambaleante al patio del fondo para orinar sobre la tierra reseca de las macetas, sobre la hiedra que lo

devoraba todo, sobre la basura burocrática que se había ido acumulando con el tiempo; otro vomitaba con la frente apoyada en una columna de la galería; después miraba el cielo por entre el follaje polvoriento de un naranjo, pensando acaso que esa era la última tranca de su vida.

A mediodía salieron a la plaza. Cantaban lo poco que recordaban: fragmentos incoherentes de letras que nunca se habían aprendido bien. El aire fresco y el sol brillante de marzo los terminó de marear. Algunos, tomados del brazo y canturreando, se alejaban por las calles laterales o por la avenida, bajo la bóveda de plátanos. Los más allegados acompañaron a Estévez, quien, con la mirada tristona y el pergamino bajo el brazo, caminó sin rumbo hasta que se dejó caer sobre un banco, junto a la fuente de los angelitos.

El Zurdo Améndola se le paró enfrente y le dijo:

—Te olvidaste de cerrar la puerta.

—Dejá que la cierre el viento.

—No; tenés que cerrarla vos. Andá. ¿Dónde tenés la llave?

Yo me ocupo de cerrar las ventanas.

Estévez la sacó de un bolsillo del pantalón, la miró con indiferencia y se dispuso a llevar a cabo el acto ritual. Los amigos lo acompañaron; y después de que la enorme puerta se cerró, tal vez por mucho tiempo, Estévez hizo girar la llave y se sintió obligado a decir algo.

—Estas cerraduras sí que eran buenas. De antes de la guerra. Desde que estoy aquí no hubo necesidad de aceitarla. Bueno, y ahora ¿qué hago con la llave?

—Tírala lejos —dijo uno.

—No, mejor la arrojás a la fuente y pedís algo —opinó Garín, que tenía idea de que eso se hacía en alguna parte.

Estévez atravesó la plaza con la llave en la mano para dejarla caer en el agua verdosa. Usó el único deseo importante que le quedaba. “Dios haga que vuelva mi hijo”, oró en silencio. Todos aplaudieron, gritaron, corearon el nombre del homenajeado y le demostraron su afecto con recios manotazos. Estévez hubiera querido permanecer solo a la sombra fresca del jacarandá. Pero Améndola y Garín no abandonaban a un

amigo. Hubiese querido mirar y remirar aquellos angelitos de mármol, relucientes, bañados por la lluvia de la víspera, y también las palomas, y aquellos arbolitos raquíticos que rodeaban la plaza y que nadie sabía cómo se llamaban, ni siquiera el padre Jaime.

La despedida fue larga; uno a uno le extendían la mano, ceremoniosamente, a quien con seguridad verían esa misma noche en la cantina del Club Paz y Progreso. Améndola y Garín se quedaron, orgullosos de ser los únicos que acompañaban a Estévez para prometerle infinitas partidas de truco y excursiones de caza todas las semanas santas de los siglos venideros.

El vino los había alegrado. A todos menos a Estévez. Jubilación no significaba cambio. Se aburriría igual que antes. Hacía tiempo que en la oficina había poco que hacer. Nadie escribía cartas. Las sacas postales traían alguna correspondencia comercial, intimaciones de las oficinas recaudadoras, algún paquete voluminoso para el cura, y, una vez al mes, la carta que Marcos Arias le enviaba desde Recife a su prima Diamela. Ya no la vería entrar, sobria y elegante, en la oficina. “¿Hay algo para mí?”, preguntaba con tono señorial. Cuando le alcanzaba el sobre, Estévez intentaba en vano rozar los finos dedos enguantados.

Habían transcurrido veinte años desde el arribo de Estévez a Colodra. Fue un castigo. El traslado desde la oficina de la capital donde era jefe de sección a aquel oscuro rincón que no figuraba en algunos mapas, se debió a una maniobra con remesas del exterior. Todavía resonaban en sus oídos los reproches de la finada Amelia. “Sos un estúpido; por pretender una riqueza mal habida nos condenás, a tu hijo y a mí, a una eterna miseria. ¡Venir a jodernos aquí, lugar maldito, lugar condenado! Y ni siquiera ligaste un peso. Te utilizaron ésos que estarán quién sabe dónde desparramando la guita. Joderse por idiota. Pero también yo. También tu hijo. Sin comerla ni beberla”. La cantinela de la finada cesó media hora antes de entregar el alma. Hasta el cura que la asistía alcanzó a oír: “¡Ni un puto peso!”

No podía olvidar el llanto de la pobre mujer cuando bajaron del tren y se encontraron, una tarde de invierno, en aquel pueblo de calles asfaltadas pero casi siempre desiertas.

Estévez había querido que el homenaje se limitara a un breve discurso previo a la entrega del pergamino. De haber sido así no tendría ahora la sensación desagradable de haber tomado demasiado de aquel vino ácido, pura química, que Améndola había insistido en llevar a la fiesta. Y la sidra era peor: sabía a caramelo. Y como si eso fuera poco, tenía que soportar el aliento de los dos guardianes que se creían obligados a acompañarlo como si estuvieran velándolo. Pero lo más desagradable fue la ocurrencia de Icazuriaga, que, antes de empezar el festejo, se puso a quemar cohetes voladores en medio de la plaza. Cuando Estévez le dijo a Améndola: "Tengo ganas de hacerme humo. Esto tiene olor a cachada", Améndola le recriminó que fuera tan formal; y que el homenaje que él esperaba era lo mismo que ponerle una lápida, porque al fin de cuentas él se jubilaba de empleado público, no de ser humano, y que tuviera la seguridad de que de ésa nadie se iba a olvidar; por otra parte, nadie había tenido la más mínima intención de faltarle el respeto, aunque bien comprendía que él, como jefe de la oficina de correos, objetara la conducta desprendida de sus subalternos, quienes, por esas cosas que pasan en la vida, se habían jubilado antes que él; pero no debía tomarlo a mal: no era sino demostración de afecto.

Estévez se miraba los zapatos, holgados, con los cordones flojos. Siempre se los compraba un punto más grandes porque en la oficina se sentaba raramente: cuando bebía el cafecito o firmaba un documento importante. Ahora los sentía enormes, extraños. Algo parecido le sucedió cuando levantó la vista y reparó en la plaza por primera vez en su nueva situación de jubilado. Se había agrandado. Todo quedaba más lejos. Al principio lo atribuyó al vino artificial, pero después recordó que, cuando era niño, solía sucederle algo parecido. Se despertaba sobresaltado y se ponía a llorar a gritos. La familia se tiraba de la cama y acudía al altillo donde dormía, temiendo que se volviera loco. Cuando encendían la luz, los

veía pequeñitos y distantes pero, al mismo tiempo, tan próximos que lo oprimían, le quitaban el aire. Los rostros se tornaban extraños y agresivos; la sonrisa plácida de la abuela se transformaba en mueca horrible. ¿Por qué volvía a sentir ahora aquella abominable sensación de desamparo? Mientras Améndola y Garín discutían un gol dudoso de un partido que el domingo habían escuchado por radio, Estévez se preguntaba si podría resistir la nueva vida en un mundo, que, al igual que los zapatos, empezaba a agrandarse. La plaza se le antojaba enorme, como la de la postal que uno de los defraudadores tuvo el tupé de enviarle desde Venecia. Las cosas más cercanas se volvían inalcanzables. Quizá fue por eso que al día siguiente se levantó muy temprano, salió a la calle sigilosamente y, cuidando que no lo vieran, se dirigió a la fuente de los angelitos. Se arremangó la camisa; metió los brazos en el líquido viscoso; encontró papeles, vasitos de cartón parafinado y, hundida en el limo, entre botellas rotas y alambres, la llave de la oficina.

Sintió infinito placer cuando abrió la puerta. La cerradura volvió a funcionar maravillosamente. El accionar de los resortes le transmitió un cosquilleo que, desde la mano, se propagó por todo su cuerpo. Quiñones, el sereno, dormía plácidamente tirado sobre el banco que quedaba frente a la puerta del Correo. La única persona que vio Estévez en aquel amanecer otoñal, luminoso y sin viento. Ya en el salón, miró el Mercurio de yeso que reinaba sobre el desorden. El olor ácido, penetrante, casi lo hace abrir una ventana para dejar que entrara un poco de aire fresco y saludable. Pero no lo hizo porque nadie debía saber que se encontraba allí, que se encontraría allí siempre que quisiese. Aquel sería su refugio, la conquista suprema de su vida, su gran secreto, la victoria sobre los vecinos a quienes podría espiar por entre las celosías o desde el mirador de armazón de hierro y vidrios de colores que se levantaba en la azotea. Desde allá arriba dominaría los techos, las huertas, los cerros de piedra azul, el valle que atravesaba el ferrocarril dos veces a la semana, y la carretera rojiza por donde se había ido, sin despedirse, el hijo amado. Muchas veces irían los

amigos a buscarlo a su casa y no lo encontrarían. A nadie se le iba a ocurrir que estaba oculto en la vieja oficina que había sido cerrada definitivamente.

Se acostó en el viejo sofá de cuero y se puso a pensar en la finada. Pensaría en ella a menudo porque ahora se sentía muy solo. Estaba dispuesto a olvidar sus reproches, las rencillas que se hacían más frecuentes con los años, los lloros, las palabras gruesas. Solo recuerdos felices: la luna de miel en el balneario, el nacimiento de Juan Carlos, aquel día de octubre en que cambiaron los muebles: el comedor, el dormitorio, la cama para Juan Carlos que iba a cumplir catorce años. También compraron una biblioteca que estrenaron con el Tesoro de la Juventud y los tomos encuadernados de Selecciones. Un aroma de cedro había inundado la casa. Amelia estaba más linda que nunca, con un vestido nuevo y perfumada con Chanel de contrabando. Recordaba bien la fecha. Festejaban su aniversario de bodas y le había prometido a su familia pasar unos días en Buenos Aires. Comer bien. Divertirse en el Parque Japonés. Comprar de todo, hasta regalos para los parientes. Un año después lo metieron en el lío de los cheques. Aunque sus ingresos se vieron incrementados, había que aguantarse para no despertar sospechas. Hubiera sido mejor disfrutar del momento, gastar el dinero en vez de esconderlo en tarros viejos en el galponcito del fondo. Cuando el negocio fue descubierto, el jefe de la sección Giros se había tomado los vientos, y los dos auxiliares habían dilapidado su parte entre ruleta y orgía. El único otario fue él, y como confesó haber actuado coaccionado y además devolvió lo sustraído menos cincuenta pesos que gastó en un traje de verano (después los reintegró con sacrificio), recibió el castigo de un traslado al interior y la recompensa de no ser denunciado ante la justicia. Su nombre no apareció en los diarios; no obstante, todo el mundo sabía que él había sido el único gil.

Aquel aniversario de bodas fue el último día feliz en la vida de Estévez. La presencia de los muebles nuevos y el perfume de cedro, le comunicaron a él y a su mujer una nueva alegría y, por primera vez en muchos años de casados, ella

consintió en hacer el amor con la luz encendida. Además, la cama nueva no hacía ruido y podían gozar sin temor de despertar a Juan Carlos. Amelia estaba linda. Estévez escogió esa imagen entre todas las que recordaba para que lo acompañara hasta el fin de sus días.

Como no estaba acostumbrado a madrugar, dormitó en el sillón severo y descomulgado, y a eso de las diez de la mañana, cuando se despertó, al pasar el carro del lechero, miró largamente el Mercurio de yeso y al fin le dijo:

—¡Qué me decís, hermano, tengo el altísimo honor de ser el último empleado público en jubilarse en este pueblo de mierda! En la soledad pública me jubilaré en este pueblo de mierda! por consiguiente, debería de la oficina, que ya no era oficina y, Estévez sabía que podía ser cualquier cosa inventada por él, debía dejar morir así él subsistía aún una fuerza viril que no nara el tiempo vacío. Necesitaba una compañera que llenara el tiempo vacío de su viudez. Como tantos hombres solos de Colodra y alrededores, aspiraba secretamente a conquistar el corazón de Diamela, casarse con ella y vivir sus últimos años en las quintas de los Arias, cargadas de glicirina. Soñaba con largos paseos bajo las gloriosas escenas de amor sobre el césped bajo los cielos del estío, con caricias prolongadas y momentos sublimes, con el reposo bajo los sauces que bordeaban el estanque, con los nos añejos que dormían en los sótanos de la casona.

Diamela parecía haberse hecho el propósito de no envejecer. Los años la embellecían; era como si su otoño no llevara a invierno alguno, al menos así lo suponía Gutiérrez el poeta, director y propietario de la gaceta local que aparecía muy tarde en tarde por los dedos y tenía que hacer todo el trabajo, desde la redacción hasta la impresión, pasando por el armado letra por letra. La vieja minerva funcionaba ahora una vez al año y en pleno verano. En un arranque de inspiración, Gutiérrez había escrito para el último número:

*No envejecerás nunca,
eterna diosa de mi vida nostálgica.*

*Elegirás una tarde de abril, la más tibia y luminosa,
la más llena de pájaros y aromas,
para sentarte junto a la fuente muda
que tiene sed de tus lágrimas serenas.
Un ademán de tu mano de marfil
bastará para que el tiempo se detenga
y la brisa se enrede en tus dedos góticos.
Me aventuraría a entrar en tu jardín sombrío
y me fundiría en la luz apacible, definitiva, de tu crepúsculo.
Y, hecho luz, te abrazaría.
Estatua viva. Mujer sedente.
Belleza sublimada en alabastro.
Flor, palpitante, mineral, toda poesía.
Mujer eterna. Eternamente mía.*

Aunque no lo había dedicado, se sabía que aquellos versos estaban dirigidos a Diamela porque era la única mujer capaz de excitar el estro de los poetas lugareños, que eran tres: Gutiérrez, Odriozola y Medina, aunque Medina ya había desterrado el amor de sus poemarios y solo se ocupaba de figuras históricas.

Estévez había recortado el poema de Gutiérrez y lo llevaba en la billetera, oculto bajo la foto de la finada. Tirado sobre el sofá de cuero, sentía contra las costillas la presión de los resortes que pugnaban por salir. Leyó una vez más los versos, no porque le gustaran, sino porque estaban inspirados en aquella mujer distante, novia de un callado capitán que venía casi todos los sábados a visitarla, y heredera de una fortuna que la imaginación de la gente multiplicaba por diez cada año. Sobre todo le gustaba aquello de “mujer sedente”. No pensaba en la posición del cuerpo de Diamela en el otoño infinito de Gutiérrez, sino en la *sed* que la imagen del poeta le sugería. La mujer viviría sola porque no había nadie capaz de saciar cierta *sed*.

Miró el reloj exagonal, que tendría cuerda para dos o tres días. Miró los pupitres negros para uso del público con sus almohadillas reseca, rodillos de porcelana y tinteros inútiles. Volvió a pensar en Diamela.

Una vez, solo una, había entrado Estévez en la casona de los Arias. Fue a llevarle a Diamela la única carta que llegó esa mañana en el tren de los jueves. Cuando abrió el portón de hierro forjado sonó una campanita; entonces vino a ladrarle un perrito que parecía de juguete. Sabía que Diamela estaba enferma y quiso tener una gentileza para que la dama se acordara de que él estaba solo en el mundo y que los sobres azules con las cartas de Marcos que hablarían de amor pasaban por sus manos antes de llegar a ella. Pero no la vio. Se imaginó que la encontraría sentada en un sillón junto a la ventana. Pero Diamela no estaba en la sala. Una viejita arrugada, que hablaba apenas, lo hizo pasar y, con un ademán brusco, le indicó que esperara, sin invitarlo a tomar asiento. Estévez recorrió con la mirada el viejo y lujoso mobiliario. Lo único que le llamó la atención fue el cuadro sobre el piano, entre dos candelabros de bronce, cuyas velas torneadas habían sido preservadas de la llama pero no de las moscas. Era la fotografía de una niña de quince años con botitas abotonadas y un vestido blanco, acampanado, ceñido a la cintura por una cinta de seda. Tenía largos rulos y flequillo. Los ojos eran muy tristes. La boca apenas sonreía. Una mano se apoyaba en una columnita; la otra sostenía un aro y un palito. Al fondo, un telón pintado representaba una alameda. Esa tarde la niña se había vestido para hacerse fotografiar. La llevaron en una limusine, acaso en el tren de caballos. Lo del aro y el palito habría sido idea del fotógrafo porque la niña no sabía qué hacer con sus manos de dedos muy largos. También le hubiera podido facilitar un librito (entonces iba a parecer una foto de comunión sin vestido de comunión) o una flor de papel (que no tenía sentido en una mano tan linda). La niña sentiría pena por no poder salir corriendo, llevando el aro con el palito por aquella alameda de mentira. A pesar de cuarenta años de oficina, Estévez conservaba imaginación. Y memoria. Se acordó de una tarde de lluvia —era carnaval—, cuando lo disfrazaron de húsar y lo llevaron a sacarse una foto. La mamá y la abuela. Iba avergonzado porque, para que no se mojara, lo habían envuelto en una gabardina negra de su padre, tan vieja que tenía los botones amari-

llos. El fotógrafo lo hizo sentar en un caballo de madera que fue a buscar al depósito. Como le vinieron ganas de reírse y su abuela lo rezongaba, no tuvo más remedio que mirar a Dios. Detrás del fotógrafo había un enorme telón que representaba a Jesús dando la hostia.

Al volver la viejita con el recibo firmado, Estévez le preguntó si aquella niña era Diamela. La anciana asintió con un movimiento de cabeza y se dirigió a abrir la puerta. Estévez tuvo la sensación de que lo echaban. Miró por última vez la imagen de la muchacha y sintió toda la tristeza de su mirada cansada. Cuando abrió el portón la campanita le anunció el fin de su paseo por la eternidad.

En su sillón de cuero se puso a pensar en cuántos años tendría Diamela. La fotografía habría sido tomada alrededor de 1920, más o menos por la época en que a él lo disfrazaron de húsar. Por lo tanto Diamela habría sobrepasado los sesentaicinco, lo que no podía ser de ninguna manera. Entonces aquella foto no sería de Diamela sino de una hermana, acaso una prima, y la viejita habría asentido para ahorrarse las explicaciones. Pero los ojos eran los de Diamela, y también sus dedos muy largos, solo comparables con los de la imagen de una madona regordeta pintada en un altar lateral de la iglesia. La edad de Diamela era un misterio, y como no había nacido en Colodra —nadie sabía dónde había nacido— nunca se pudo averiguar. Gutiérrez decía que eso no importaba y que además Diamela no tenía edad, pues era tan hermosa que había seducido al Tiempo. Pero las mujeres que sentían el peso de los años en forma de ciáticas, bronquitis, várices, y demás achaques, no podían aceptar que los encantos de Diamela siguieran excitando la imaginación (y más que la imaginación) entre los hombres de Colodra y desasosegando sus vidas. Sin resultado, habían recurrido a toda clase de hechizos y conjuros. Muchas veces, junto al portón de hierro de la quinta o colgadas de la cuerda de la campanita, habían sido halladas extrañas muñequitas atravesadas por alfileres. No hubo fórmula que resultase eficaz. Llegó a pensarse que Diamela poseía un arte más depurado en materia de brujería y que el secreto de su

otoño interminable se debía a su amancebamiento con el diablo, y que su novio, el Capitán que venía a visitarla los sábados montado en un tordillo, no era más que el demonio que adoptaba la forma de aquel paciente varón. Diamela estaba al tanto de las invenciones del viejerío porque su ama de llaves se encargaba de recoger prolijamente todo cuanto se comentaba en el pueblo acerca de la señorita. Diamela se lo contaba a su prometido mientras jugaban a las damas o tomaban café en el jardín, en lugares bien visibles para que nadie fuera a pensar que se acostaban juntos. Además, con el propósito de disipar toda duda referente a su persona, Diamela comulgaba todos los domingos y hacía abultadas donaciones a la iglesia donde había una reclinatorio que lucía una chapita de bronce con su nombre. También se ocupaba de que las imágenes de los santos tuvieran un aspecto decoroso.

En el reloj de la oficina dieron las doce. Estévez se dio cuenta de que estaba prisionero de sí mismo, pues no podía salir cuando se le antojase, sino cuando estuviese seguro de que ningún vecino lo vería abandonar su refugio. Tendría que esperar hasta la hora de la siesta. Fue a la cocinilla y se hizo un jarro de aquel café instantáneo y barato que en la oficina había en abundancia. Bebió lentamente y fumó hasta sentir el pecho cargado. A eso de la una y media se dispuso a salir, seguro de que no había nadie en las calles. Miró por la celosía y se sorprendió al ver a un hombre sentado en un banco de la plaza. Mondaba una naranja. Estaba descalzo. Vestía una larga túnica y sobre su pecho colgaba una cruz de madera rústica. Los cabellos grises y ensortijados caían sobre sus hombros. Una barba hirsuta pero digna le daba a su rostro un aire milenario. Lo veía por primera vez, pero por lo que había oído decir no cabía duda de que se trataba del Dios Verde que recorría, incansable, los caminos del país. Al fin se decidió a salir. Las calles reverberaban bajo el sol. Cerró la puerta. El hombre seguía ocupado con su naranja sin levantar la vista. Estévez pensó acercarse y decirle algo, pero un temor indefinido lo contuvo. Desde la muerte de Amelia se había vuelto un poco supersticioso.

A Valentín Salustio no se le hubiera ocurrido nunca instalar su parque de diversiones en un pueblo donde casi no había niños, ni jóvenes ociosos ni muchachas casaderas. Pero los acontecimientos de aquel año aciago lo obligaron a detenerse en Colodra. Adonde Salustio pensaba ir era a Marmarajá porque allá vivían muchos niños —es cierto que la mayoría eran muy pobres, pero Salustio sostenía que los pobres siempre se las ingenian para conseguir con qué divertirse—. Esa localidad no conocía aún sus galponcitos llenos de sorpresas, ni la carpa celeste salpicada de estrellas plateadas en cuyo interior los monos con trajes versallescos bailaban al compás de ritmos de moda, y donde la Sibila, oculta tras un biombo adornado con figuras cabalísticas, adivinaba el futuro. Pero a Marmarajá era imposible llegar con el viejo y descomunal camión para mudanzas construido para transportar roperos y aparadores de los de antes, con la caja pintarrajada y enormes letreros que anunciaban: "¡AQUÍ ESTÁ EL MUNDO MÁGICO DE SALUSTIO!" "¡ALEGRÍA PARA NIÑOS DE DOS A OCHENTA AÑOS!" "¡LOS MONOS SALTIBANQUIS!" "¡LA SIBILA QUE LEE LA SUERTE!" "¡CONOZCA SU DESTINO!" "¡TÚE AL BLANCO Y GANE VALIOSOS PREMIOS!" "¡ATRÉVASE A ENTRAR EN EL LABERINTO DE LOS ESPEJOS DONDE SE PERDIERON MUCHOS QUE JAMÁS HAN SIDO HALLADOS!". Las rutas a Marmarajá eran intransitables y Salustio no quería correr el riesgo de quedar empujanado en pleno campo y menos ahora que no conseguía repuestos para el camión. La Sibila, cuya influencia en los negocios de Salustio aumentaba con el tiempo, trató de disuadirlo argumentando que los nego-

cios solo pueden prosperar si se los maneja con buen criterio y se los apoya con razones válidas; quiso hacerle ver que aquello no era más que un capricho, que ella respetaba el hecho de que el abuelo de Salustio, amigo íntimo de Garibaldi, hubiese muerto heroicamente en el famoso sitio de Marmarajá, pero que también consideraba que era insensato anteponer lo sentimental a lo económico. No tenía sentido cargar los báutulos si no se aseguraban por lo menos quince días de éxito, y en Marmarajá, con mucha suerte, había para tres.

Salustio insistió. Quería volver a Marmarajá, que no visitaba desde los tiempos del circo, su gran circo con acróbatas y leones. La Sibila temía que esa decisión tan arbitraria obedeciera a un íntimo deseo de reencontrarse con viejas concubinas y con hijos naturales a quienes dejar una fortuna nada despreciable que había amasado a fuerza de trajinar durante treinta años de pueblo en pueblo.

La Sibila había pasado noches enteras consultando el péndulo, el espejo, las barajas, la bola de cristal, las hojas de té, los astros y el fuego, y todo parecía confirmar la sospecha de que Valentín no tardaría en morir. Convencida de que lo más seguro era la radiestesia, ciencia que reservaba exclusivamente para sí, no había ratado de ocio en que no sacara el péndulo de su cajita y se pusiera a descifrar los movimientos de aquella esfera de plata suspendida de un haz de cabellos rubios de una niña fallecida en menguante de agosto. Salustio moriría un lunes de noche, en forma repentina. Ataque cardíaco. Pero el péndulo se resistía a revelar la fecha exacta. Cuando la Sibila dejaba oscilar la esfera sobre las hojas de un almanaque, los movimientos se volvían intrincados. Se concentraba pensando en los años próximos, entonces el péndulo parecía enloquecer. Fatigada, con los ojos enrojecidos y llorosos, volvía a guardar el péndulo en la cajita y deploraba no poder resistir la tentación de querer saber la fecha exacta del deceso de Valentín, y hasta sentía una especie de remordimiento por deseárselo la muerte al hombre que creía amar.

Salustio fletó dos vagones de carga con toda la utilería. Él viajaba en el único coche de pasajeros del pequeño convoy

acompañado por la Sibila y los monos. Como casi nadie usaba ya el tren, se podía llevar animales sin necesidad de pedir permiso. En última instancia bastaba con darle unos pesos al guarda. Los cuatro empleados de Salustio, muchachones desaseados, insolentes y homosexuales, se acomodaron en los vagones de carga, entre los hierros de la calesita desarmada, las chapas de las casillas de tiro al blanco, las cajas con los espejos y todos aquellos bultos que nadie se acordaba qué contenían hasta que no los desataran. Sibila había elegido una ventanilla del lado de la sombra, dispuesta a devorar durante horas una novelita de amor. Salustio, al otro lado del pasillo, iba sentado como le gustaba a él cuando viajaba en tren: de espaldas al destino; de vez en cuando paseaba su mirada sobre la piel untuosa y blanquísima que en dos décadas de vida en común no se había cansado de acariciar.

Los monos, agobiados por los años, no molestaban a nadie, pero le repugnaban bastante al tercer pasajero: un cincuentón cuyo rostro encendido parecía más grande bajo el ala brevísima de un sombrero tirolés. Valentín evitó su mirada porque no tenía ganas de conversar. Sabía que en cualquier momento el otro se acercaría con cualquier pretexto. La sonrisita falsa que dejaba entrever un colmillo de oro, y el golpeteo del pie contra el piso, como si siguiera un ritmo tropical, le decían que el hombre no soportaría el silencio por mucho rato. Cuando el tren se puso en marcha, Valentín se incorporó un poco, tiró de la lengüeta de cuero y dejó caer la ventanilla. El aire fresco con olor a petróleo quemado sacudió la pluma del sombrero del pasajero que, ubicado dos filas más atrás, insistía en mostrar su colmillo de oro. Valentín esperaba el momento en que los micos, atraídos por el movimiento nervioso de la pluma se abalanzaran sobre el pasajero y descubrieran su calva.

Ahora se veía el puerto. Pocos barcos. Cada año menos barcos. Los de bandera nacional, vendidos como chatarra o anclados para siempre. Valentín había soñado muchas veces con un barco de colores vivos, engalanado con banderitas y luces; un barco para recorrer el mundo con su circo. (Cuando tenía circo).

Hacia una hora que viajaban a través de campos que amarilleaban por la seca. La distancia entre estaciones era mayor a medida que el tren avanzaba. El hombre del sombrero estaba completamente aburrido, pero no tenía sueño. La Sibila no abandonaba su novela. Sin duda, el apuesto pescador terminaría casándose con la hija del hombre más rico de la isla que se oponía tercamente al noviazgo, y el prometido de ésta, un tal Gregory, que se hacía pasar por el conde de Cumberland, acabaría sus días pegándose un tiro al ser descubierta su condición de estafador perseguido por Interpol. Lunas, tormentas, barcas mecidas por las olas, color local, diálogos violentos al borde del acantilado, el padre de la muchacha que llora arrepentido a los pies de la Virgen —la madre no figura porque falleció al nacer Estelita—, boda íntima en la pequeña iglesia del villorrio, viaje final en la barca en un atardecer encendido como sus corazones. La Sibila sabía que todo confluía hacia un final feliz. Le gustaba leer esa clase de novelas porque se sentía dueña del destino de los personajes; detestaba las policiales que entretenían a Valentín, porque los autores hacen trampas para despistar al lector.

El hombre del colmillo de oro se quitó el sombrero, se pasó el pañuelo por la calva, y se levantó para mirarse en el espejo manchado que estaba junto a la puerta. Comenzó a pasearse por el pasillo silbando bajito. A los diez minutos se sentó frente a Salustio. Sin presentarse, empezó a hablarle como si se conocieran desde siempre.

—¡Hay que tener ánimo para viajar en estos trenes!

—Administrados por los ingleses eran otra cosa. Llegaban siempre en hora y además estaban limpios.

—Hicieron flor de negocio; cuando ya no servían más se los vendieron al Estado. ¡Mire que jodieron los políticos con lo de la nacionalización y qué sé yo!

—¿Va lejos?

—Sí, señor, a Colodra, que es lo mismo que decir al culo del mundo. Cada veinte días voy y vengo, vengo y voy.

Salustio sacó un mapa del bolsillo, lo desplegó y siguió con el dedo la ruta del ferrocarril.

—¿Eso queda antes o después de Marmarajá?

—Antes, mucho antes, unos cincuenta quilómetros. Pero en el mapa oficial figura con el nombre de Estación Bernal...

—Ah, sí.

—...otros lo conocen por Cuchilla Colorada; hay quienes lo llaman Las Maravillas, Sauce Viejo, Piedra Sola o Estación García, nombre primitivo en homenaje al primer maquinista que llegó allá con su locomotora. Mire cuántos nombres para un pueblo de mierda. Y cada nombre tiene su historia.

—Por Colodra no lo conocía.

—El padre Jaime sostiene que se formó por *metátesis* de Colorada. Es posible...

Hizo un esfuerzo notorio para pronunciar *metátesis* sin equivocarse. Salustio supuso que era el nombre de una enfermedad de las palabras.

—...pero por lo que he podido averiguar, preguntando a unos y a otros, me inclino a pensar que se originó en algo que dijo el general Bernal cuando entró en Estación García después de su derrota en el arroyo del Bagre. Cuando alguien le preguntó: —¿Cómo está, mi general?, él contestó: —Aquí andamos, de zoca en colodra. El otro pensó que el general había querido decir que venía de Soca, a pesar de la distancia enorme que existe entre este pueblo y Estación García, pero para don Bernal no había nada imposible. Solía emprender marchas de varios días sin bajarse del caballo, salvo cuando tenía que hacer sus necesidades, porque comer y dormir podía hacerlo montado.

La compañía del desconocido se volvía soportable. Al menos no hablaba ni del tiempo ni de fútbol. Pero la conversación molestaba a la Sibila que se cambió de asiento seguida por los monos. El desconocido se sintió más cómodo cuando los vio alejarse y se arrellanó en el asiento dispuesto a charlar hasta que llegaran a Colodra.

—¿Y usted adónde viaja?

—A Marmarajá, si Dios quiere.

—Quién sabe si quiere.

—¿Por qué me lo dice?

—Porque a las seis empieza la huelga de los ferroviarios.

—Pero el tren llega a Marmarajá a las diecisiete y cuarenta.

—Tendría que llegar. Lo normal es que se retrase una hora. Sospecho que no llegará a Marmarajá. No quiero crearle preocupaciones, pero es mejor que esté prevenido.

—Se lo agradezco de veras —dijo Salustio algo nervioso.

—¿Qué lo lleva a Marmarajá?, si no es indiscreción.

—Voy a instalar mi parquecito de diversiones.

—Debe ser un negocio arriesgado.

—Pasé la vida afrontando riesgos. Hasta ahora supe sobrevivir.

—Lo felicito. En estos tiempos se necesita mucho coraje.

—Ya lo creo, son tiempos difíciles.

—Se me ocurre que si tiene que detenerse en Colodra no tendrá mucho éxito. En Colodra ya no hay niños. Solo viejos. Y unos viejos insoportables. ¡Si los conoceré!

—¿Es usted de allá?

—Por suerte no, pero la mayor parte de mi tiempo la paso en Colodra. Es otro mundo. Lo peor del caso es que el país se está pareciendo cada vez más a Colodra.

Salustio se dio a contemplar los árboles polvorientos, las vacas tristes y sedientas, los ranchos que parecían deshabitados, las colinas aburridas y las nubes avaras que pasaban lentamente sobre los campos yermos, imaginaba que aquel viaje no acabaría nunca y que después de muchos años la muerte lo encontraría en ese tren. Lo bueno iba a ser que no se notaría la diferencia. En determinado lugar, la muerte, que tomaría el puesto del maquinista, haría un cambio de repente, con la punta de la guadaña y el tren entraría silenciosamente en un túnel interminable. Volvió los ojos adonde estaba la Sibila viajando por otros mundos, leyendo sobre caricias de enamorados y confesiones a media voz. En cierto modo, Salustio temía ahora que el viaje terminara, porque en un lugar donde a nadie interesarían los laberintos de espejos, los monos y la calesita con sus catorce caballitos de madera y cartón enjaezados con cintas de seda.

—¡Si los conoceré a esos viejos! —siguió diciendo el hombre—. ¡Vaya si los conoceré! Fui allá como secretario de un diputado que ahora es senador. Tramitaba jubilaciones, de modo que conozco vida y milagros de mucha gente. Pero ya se jubilaron casi todos. Ahora soy comisionista. Les traigo de la ciudad cuanta cosa se les ocurre: perfumes, remedios, orinales, anteojos, géneros, polvos afrodisíacos, baratijas, monedas de oro, en fin, de todo un poco según la condición de cada uno. En Colodra vive gente muy rica; son mis mejores clientes. Pero también hay que contentar al pobrero, y a la llamada clase media que según los diarios está desapareciendo. No se imagina cuánto gastan en bagatelas. A uno le traigo un catalejo. Ya verá cuando lleguemos. Me esperan como al Mesías. Lo que más les gusta es lo que yo mismo les elijo sin que me lo encarguen. Me lo sacan de las manos. La vida se les hace llevadera, y no me puedo quejar dado que es tan difícil hoy en día conquistar una posición desahogada. Y a usted, ¿qué tal le va?

—Se hace lo que se puede. La mía es una actividad llena de riesgos y dificultades. Por todo el dinero del mundo no haría otra cosa. Uno se acostumbra a pasar las de Caín, pero siempre se encuentra una salida para no pasar las de Abel.

—¡Ja, ja! Muy ocurrente.

—Estoy tan hecho a las adversidades, que casi no puedo vivir sin ellas. No sé estarme quieto. Mi mujer me dice a cada rato que ya es hora de vender todo y vivir la vida. Para mí la vida es esto. ¿Y a quién se le pasaría por la imaginación comprarme la calesita, los monos, los espejos? ¿Sabe una cosa? Ni por todo el oro del mundo los vendería. ¡Si hubiera visto usted a Valentín Salustio hace unos años!

—Lo vi, sí señor, lo vi. ¿No anduvo usted por Vichadero allá por el cincuenta y cinco?

—Exactamente.

—Entonces lo vi, y le juro que su circo me gustó muchísimo.

—Eran otros tiempos. Uno podía tener leones, leopardos y cuanto animal se le antojase. Hoy, apenas puedo mantener a

estos pobres monos. Pero tuve el buen tino de liquidar el circo a tiempo. ¿Sabe usted cuánta carne come por día un león?

—Los de antes sí eran espectáculos. Las compañías de zarzuelas, los circos, las revistas, el burlesco y hasta el tablado que no faltaba en ningún barrio.

—Ahora la gente paga para aburrirse. Lo que más deja es el horóscopo y cualquier forma de adivinación del futuro. Quieren saber cuánto tiempo les queda de aburrimiento. Si no fuera por la Sibila y por los monos que extraen los sobres del destino de una galera, la calesita y el tiro al blanco ya estarían arrumbados en algún rincón. Pero hay que atraer a los niños para que los mayores paguen por adivinarles la suerte. Lo que me dejó mayor ganancia fueron unos hermanos siameses que trabajaban por la comida. Aprendieron a hacer malabarismos, a tocar el órgano de vapor y a montar dos caballos que saltaban al unísono con dos muchachas paradas sobre las ancas. La gente enloquecía. Fue el gran negocio de mi vida. Los vendí a un consorcio internacional que pagó por ellos tres mil dólares. Yo tenía miedo de que en cualquier momento estiraran la pata. Uno de ellos estaba enfermo y usted sabe que cuando uno de esos fenómenos se muere, el otro no tarda en seguirlo. El secreto del negocio del circo radica en saber olfatear a la parca. La muerte de un elefante, por ejemplo, es incómoda y cara. A mí se me murió uno cuando realizábamos el desfile de presentación por la calle principal de un pueblo. No se imagina las que pasé. Desde ese día quedé tan escamado que oigo el ruido de la guadaña a una legua. La oigo cuando corta el aire. Si se le muere un mono, paciencia, lo entierra en cualquier parte; ¡pero un elefante!

El comisionista no se interesó por averiguar qué se hace cuando se muere un elefante en medio de la calle. Ni siquiera se imaginó el suceso. Se limitó a decir:

—¡Hay que tener vocación para dedicarse al circo!

—Vocación y talento. Disculpe mi falta de modestia. Talento para amaestrar animales, talento para amaestrar al público.

—¿Y cuándo empezó?

—Mire, mi amigo, usted no va a conocer nunca a un fulano que a los veinte años, o a los treinta, o a los cuarenta, decidiera emprender la aventura del circo. El gusto por el circo es prenatal. Uno está encerrado en la matriz cuando siente por primera vez las vibraciones del bombo, las cornetas, las risas, los rugidos y los aplausos. Es algo orgánico. Yo nací en un intervalo. Un payaso me sacó del vientre de mi madre. La pobre nacía mojigangas sobre la arena; disfrazada de negra, participaba en la parodia de un candombe. De pronto lanzó un alarido y, agarrándose el vientre, salió encorvada de dolor. Antes de desaparecer tuvo fuerzas para volverse y dirigir al público una guiñada burlona. La gente aplaudía a rabiar y la farsa culminó cuando apareció un payaso con un enano en brazos que le gritaba al chimpancé: —¡Papito!—. Cuando uno nace en esas circunstancias está marcado a fuego por el destino. Al otro día se duplicó la venta de entradas. El número que nadie había programado, que se debió a la inventiva de todos —había que salir del paso de alguna manera—, debió ser repetido una y otra vez. Lo del vientre de la parturienta se solucionó primero con un almohadón, luego se mejoró el efecto ocultando al mismo enano bajo las faldas. Ella daba a luz a la vista de todos. El enano salía corriendo y abrazaba y besaba al chimpancé en el que reconocía a su padre. Con mi venida al mundo la empresa inició un período de prosperidad. Ya ve que el circo no es para todos. Requiere audacia e inventiva. A mí, el número que me dejó más dinero fue el de “Los boxeadores siameses”. Como se pasaban riñendo por cualquier cosa, decidí ponerle a cada uno un guante de boxeo. El número culminaba cuando el árbitro, desobedecido y también golpeado, los perseguía por la pista con un hacha con ánimo de separarlos. Ellos se seguían dando mientras corrían alentados por el público para que multiplicaran los golpes. La gente se entretiene un poco con los animales, pero se divierte mucho más con sus semejantes. Los circos que son más zoológicos que circos no tienen porvenir. Eche hombres a la pista y ofrecerá un espectáculo variado. Comen menos y divierten más. Con lo que engulle un león al mes, alimenta una trupe todo el año.

—Con esa experiencia usted bien podría hacer carrera política.

—Me gusta dormir tranquilo.

—A mí también. El pobre senador tuvo ya cuatro infartos. Cuando me ofreció incluirme en una lista me negué rotundamente y casi nos peleamos. Me dijo que el país andaba de mal en peor porque la gente decente no quiere meterse en política. A usted, como a mí, nos gusta el trabajo honrado e independiente, sin complicaciones. En el fondo todos somos responsables de lo que está pasando. En otros lados se vive peor. A pesar de la subversión y la carestía, aquí no se vive tan mal. Todavía se oye decir que somos el mejor país del mundo. Poca gente y mucho campo. Los amargados que se van a buscar fortuna, vuelven a la corta o a la larga. En otros países tendrán más técnica, pagarán mejores salarios, pero esté seguro que no regalan nada. Hay que deslomarse. Uno se asombra de lo que logran, pero lo cierto es que en los países desarrollados quisieran tener lo que nosotros no sabemos valorar: nuestro estilo de vida. Aquí, con un poquito de buena voluntad por parte de cada uno, se solucionarían todos los problemas. Esto sí que es un paraíso a pesar de todo.

—Ya lo creo.

—Mire lo que acabo de conseguir. De contrabando, por supuesto. Bueno, si contrabadean los de arriba, no veo nada de malo en que los de abajo también nos rebusquemos. Tómelo.

Le alcanzó una bolsita de franela. Cuando Valentín la tuvo en sus manos algo se movió dentro de ella y comenzó a oírse una risa contagiosa, metálica, ininterrumpida. El comisionista largó una carcajada, la Sibila dejó la lectura en el momento en que la policía retiraba el cadáver del falso conde de Cumberland de la habitación del hotel y también rió. Valentín moría de risa. Cuando el mecanismo cesó de funcionar, se miraban unos a otros y no podían dejar de reír.

—¡Las cosas que inventan estos japoneses! —exclamó el comisionista— ¡Laughing Bag! La máquina de hacer reír. La risa embolsada. ¿Se da usted cuenta? Se venden millones en

todo el mundo al payaso, al cuento verde, a la mojiganga. El mundo civilizado se está olvidando de la risa. Cada vez son más raras las películas cómicas, por ejemplo.

—Yo no soy muy leído —dijo Valentín, que no quería que el comisionista lo superara en ingenio—, pero de tanto andar aquí para allá, algo aprendí. Mi oficio es el de divertir a la gente, y le puedo asegurar que no es nada fácil. Usted siempre puede encontrar algo novedoso para asombrar a sus clientes. En todas partes hay legiones de inventores que se rompen el cráneo para fabricar cosas nuevas; la risa embolsada, sin ir más lejos. Pero yo sólo dispongo de viejos recursos. La gente se ríe siempre de las mismas cosas. Por eso es difícil divertir, porque cuando se dan cuenta de que se ríen de lo mismo que divertía a sus abuelitos ya se ponen serios. Además la risa está despreciada. La gente que se precia de fina o de sensata no va más allá de la sonrisa. La carcajada pertenece al pueblo, y no creo que el pueblo tenga muchas ganas o motivos de risa. Lo sé bien, por eso he liquidado el circo. Me quedé con el tiro al blanco que siempre gusta, con los monos, porque nadie los compra, con los espejos, y con un aparato inventado por mí y que consiste en una combinación de tobogán y subeybaja. Como a la crisis también la olfateé de lejos vendí todo a buen precio y, entre rentas y taquilla, vamos tirando.

—Así es la cosa. El mundo se está poniendo triste. La risa es una antigua falla. Hasta las muñecas, que se fabrican en serie, tienen unas caras que dan grima. Los japoneses no son muy risueños que digamos, pero tienen talento; se han dado cuenta de que lo único que puede hacernos reír todavía es la propia risa. Y cuando eso se termine, ¡adiós!, todo el mundo con la cara hasta el piso.

—Nuestros tiempos sí que eran felices. ¿Se acuerda de Ben Turpin y de Tripita? La gente se desternillaba.

—¡No me hable! Yo salía del cine con dolor de barriga. Si en aquel entonces nos hubiesen hablado de la risa mecánica, no le hubiésemos dado crédito.

—¡Pobre mundo!

—¿No ha notado usted que la gente tiene vergüenza de reír?

—Aunque eso no es de ahora, hay que reconocerlo.

—Sí, el desprestigio de la risa es algo muy antiguo, pero en nuestros años mozos la gente se reía a sus anchas.

—Y también se lloraba más. Cualquier novelita sentimental arrancaba mares de lágrimas.

—Y del cine no le cuento.

—Confieso que Perla White me hizo llorar más de una vez.

—Y las mujeres se deshacían en llanto por Rodolfo Valentino.

—Todo era más natural.

—Sí, mucho más natural.

—Ahora ni se ríe ni se llora de veras.

—La juventud tiene un rostro tan inexpresivo que me aterra.

—A mí también. ¡Pobres muchachos!

—¡Qué le vamos a hacer! Triunfó la campaña para erradicar la risa.

—Desgraciadamente.

—Desde antiguo se ha tratado de convencer a la gente de que la risa es cosa del Demonio —observó el comisionista con cierta pendería—; la prueba la tenemos en el propio lenguaje. Quien no puede dejar de reírse, ¿no dice acaso: estoy tentado?

—No se me había ocurrido pensar en eso.

—Los curas tienen la culpa.

—Pero me parece que los protestantes son más serios aun.

—Perdone si lo ofendí. ¿Es usted católico?

—No mucho.

—Bueno, quise decir la religión en general. La Biblia habla bastante mal de la risa. Claro, ¿cómo es posible reír en un valle de lágrimas si no es por obra del Demonio?

Casi todos los historiadores que se han ocupado del tema coinciden en suponer que si el coronel Oliveros hubiese querido, no hubiera tenido inconveniente en perseguir al general Bernal Ortega hasta Colodra y capturarlo vivo o muerto. Lo que algunos no aciertan a explicarse es por qué el coronel se conformó con la derrota militar de Bernal sin atender a su derrota política. Sin embargo, todo obedecía a un plan magistral cuidadosamente elaborado por los asesores extranjeros del gobierno, el cual, teniendo bajo control los medios de información, hubiera podido destruir la imagen del *enemigo de la patria que fomentaba la sedición y la anarquía* atribuyéndole toda clase de crímenes y negociados, cargando las tintas de la leyenda negra que los libelistas hacían circular entre la oligarquía, la pequeña burguesía satisfecha y, especialmente, entre el pueblo que había perdido las esperanzas de ver entrar en triunfo a Bernal Ortega por las puertas de la capital, dispuesto a aplicar el estatuto revolucionario. En las carátulas de los libelos solían representar al general con cuernos y cola de diablo o bien arrastrado al infierno por una cohorte de brujas y demonios. El gobierno permitió que circulase cualquier inyectiva contra el revolucionario pero procuró que quedase bien en claro que dicha campaña no era auspiciada desde arriba y que si existía ello probaba “que en este país hay libertad de opinión, verdadera democracia y derecho a discrepar”. Las declaraciones y comunicados oficiales en lo concerniente al asunto Ortega estaban redactados con tono moderado y circunspecto, aunque a los secuaces del general que se habían refugiado en la sierra se los motejase de mal paridos, asesinos a sueldo y vendepatrias que atentaban contra Dios, el Estado y la Familia. Euclides el zapatero, que había leído

cuanto libro, folleto y artículo se hubiera escrito sobre el general Ortega, le explicó al Dios Verde que no había más remedio que reconocer que esa política había dado buenos dividendos. En lugar de procurar que la gente se olvidara de Bernal Ortega, la autoridad hizo lo indecible para que lo recordara siempre. Luego de la muerte de Bernal en el exilio, diez años después de la derrota del Arroyo del Bagre, no tuvo inconveniente en permitir que se trasladaran los restos a la Capital. El presidente dictó un decreto por el cual los gastos de traslado y sepultura corrían por cuenta del erario público. El ataúd, cubierto con una bandera patria, fue trasladado en una cureña hasta el Panteón de Los Héroes. Se organizaron homenajes que contaron con la asistencia de ministros, diplomáticos, hombres de negocio; y hasta el mismo presidente asistió al acto de inhumación. Oliveros, pretextando una indisposición pasajera, no asistió, pero el día anterior envió a los diarios un mensaje larguísimo que concluía ramplonamente con la frase “No hay vencidos ni vencedores”. Aquel gobierno y los siguientes, liberales o conservadores, surgidos de golpes militares, de elecciones limpias, de elecciones dudosas, de renovados golpes, de fraudes, de traiciones, de pactos vergonzosos, coincidieron en lo mismo: mantener viva la memoria de Bernal Ortega. Euclides el zapatero le dijo al Dios Verde:

—La manera más eficaz de destruir la verdadera imagen de un hombre, es levantarle un monumento en cada esquina.

El Estado concedió autorización para que el nombre del general rebelde figurase en todas partes. Hubo infinidad de artículos marca Bernal: jabones, escobas, cepillos, hojas de afeitar, alimentos envasados, golosinas y cigarrillos. Bernal Ortega se llamaron avenidas, paseos públicos, sociedades filantrópicas, cuarteles, barcos y ferrocarriles. Y ese nombre también se le dio a muchos proyectos ambiciosos postergados indefinidamente por carencia de recursos. “No hay duda —sostenía Euclides— que el método aplicado resultó de lo más eficaz. Cualquier gobierno que intentase *prohibir* a Bernal, borrar su nombre de las calles y de todo aquello que como él

se llamase, tendría que vérselas con el fantasma del general. Y esos fantasmas arrastran multitudes”.

—Y tú —dijo el Dios Verde—, así como eres, ¿por qué vives en este pueblo y trabajas de zapatero?

—Sí, compañero. Como no puedo golpear cabezas, golpeo zapatos. Es una vieja necesidad esta de tener algo contundente en la mano. Y a mi edad, ¿qué otra cosa podría hacer? ¿A dónde ir?

—La edad es lo de menos. El lugar tampoco es importante. —El Dios Verde se acariciaba la barba—. La vida es algo más que espacio y tiempo.

—No te entiendo, compañero.

—Me parece bien que empieces por tutearme y también que me llames compañero y me trates como a un viejo conocido.

—No entiendo eso de que la vida sea más que espacio y tiempo. Y al decir que no entiendo no te estoy invitando a que lo expliques. Bien sé adónde llevan las discusiones metafísicas. Hace años que discutimos con el cura, y me divierte conducirlo hasta el punto en que debe declarar con una mezcla de resignación y fastidio: “Eso es un misterio”. Entonces no discutimos más y seguimos tomando vino y mirando el cielo a través de la parra.

—Así que te divierte acorralar al pobre cura contra el misterio. Pero no te envanezcas. Más bien recuerda aquel viejo proverbio: *Si dices que sabes, te preguntarán hasta que no sepas. Si dices que no sabes, te enseñarán hasta que sepas.* Pero si te incomoda que te saquen de tu espacio y de tu tiempo, sigamos con nuestro tema.

—Como te iba diciendo, la política oficial consistió siempre en mostrar la imagen de Bernal Ortega por todas partes, como si se buscase hartar a la gente para que no se interesase demasiado en lo que hizo ni en lo que dijo el general revolucionario que prometió repartir la tierra y abolir los privilegios. Se engrandeció tanto su imagen, fueron tan altos los monumentos y murales que representan su gesta, que la gente empezó a confundirlo con Dios. Así asesinaron al hombre Ortega. Sus

proclamas duermen en los archivos. La gente cree que cumple con él levantándole monumentos por todas partes. Es decir, se lo hacen creer. Les han vendido una imagen llena de manse dumbre que poco tiene que ver con su formidable rebeldía.

—¿Y tú crees que los de aquí inventaron la pólvora? Hace siglos hicieron lo mismo con Jesús. La gente se acostumbró a la imagen de un Jesús feminoide y conformista, desplazado por su madre y por una infinidad de taumaturgos. Hasta le hicieron creer que el bueno de José era carpintero en lugar de picapedrero. Porque el oficio de carpintero es menos violento. Una cosa es aserrar la madera y dejar que se esparza por el aire su olor doméstico, y otra labrar la piedra con el escoplo.

—Yo siempre oí decir que José era carpintero, y como carpintero lo vi pintado en las iglesias, los almanaques y las estampitas.

—Y como te acostumbraste a verlo así, así lo aceptas y no admites que no fuera carpintero. Volvemos a lo mismo. ¿Qué hicieron con tu Bernal Ortega?

—¡Así que José era picapedrero!

—El término que emplea el Evangelio para designar el oficio de José significaba *constructor*. ¿Y con qué te parece a ti que se construirían las casas en aquel entonces? Pues con piedra. La madera era un artículo de lujo en un país árido. Casi todas las casas eran de piedra. Las paredes eran de piedra, así como la bóveda del techo. Todo piedra. José trabajaba la piedra. Jesús, que aprendió el oficio de su padre, no utiliza ni una sola imagen, no dice una parábola que haga alusión al oficio de carpintero.

—No creo que importe mucho que fuera carpintero o picapedrero, o albañil o constructor.

—Sin embargo la madera es blanda y la piedra dura. Duro es el corazón de los hombres, y para convertirlos hay que golpear con fuerza. La gente piensa que humildad y manse dumbre son sinónimos. Se fabricaron la imagen de un Cristo dulzón que hace la vista gorda a sus prevaricaciones. Y como salgo a la calle a decirlo me tienen por loco y dejan que los muchachos me tiren piedras.

—Mirá, hermano, yo de religión no entiendo nada ni me saca el sueño el pensar qué le va a pasar a mi pobre alma el día que me toque morir, pero admiro a los hombres que se levantan contra una sociedad decadente. Al fin de cuentas Jesús era un revolucionario, un hombre íntegro.

—Yo creo que estás mucho más cerca de Él que esos hipócritas que se golpean el pecho y se pasan la vida haciendo promesas.

Se hizo un silencio prolongado. El Dios Verde fijó la mirada en un ángulo de la pared como absorbido por cosas trascendentes. Euclides sacó de los estantes unas botas que el Capitán le había dejado la última vez que visitara a su novia Diamela, y se dispuso a cambiarles la suela. De vez en cuando observaba al extraño visitante.

—Sucede —dijo el zapatero en voz alta luego de haber madurado la idea— que los grandes hombres deben sufrir los homenajes que solo complacen a los pequeños. Si Bernal resucitara, emplazaría sus cañones contra los monumentos que pretenden perpetuar su memoria. Así es, hermano; el peor enemigo de la verdad es la solemnidad, no la mentira. Vos habrás recorrido el país a lo largo y a lo ancho y te habrás encontrado con Bernal en todas partes, quiero decir con sus horribles monumentos. ¿A qué no sabés qué cara tenía Bernal?

—Bueno, no podría decírtelo —respondió el Dios Verde de regreso al planeta—. No acostumbro detenerme ante las estatuas para mirar sus caras. Para mí todos los monumentos son iguales; simplemente no los miro. Sigo de largo. Los artistas parodian a Dios, y los hombres, en lugar de contemplar las obras del Señor...

—Teología a un lado, lo cierto es que no podés decirme qué cara tenía Bernal. El general Ortega era un hombre fuera de serie, tanto, que se daba el lujo de salir a la calle cada día con un rostro diferente. Unas veces era narigón, cejjunto, con largas patillas, labios finos y mentón saliente; otras, ñato, de pelo ralo, labios gruesos y frente ancha; también solía aparecer con la frente estrecha, la boca fruncida y la nariz puntia-

guda. Cualquier rostro que se te antoje imaginar es el rostro de Bernal.

—Ahora el que no entiende soy yo.

—Sí, compañero, sí. El general Bernal Ortega, cuyos aniversarios de nacimiento, batallas ganadas y muerte son recordados con banquetes solemnes y desfiles militares, tenía todas las caras imaginables, si les creemos a los artistas que hicieron sus estatuas y retratos. Nadie sabe a ciencia cierta qué cara tenía Bernal. La única que podría saberlo sería Diamela.

El visitante se enteró de que el general Ortega, hombre sencillo que no luchaba por la gloria personal sino por la felicidad de su pueblo, no había conocido la vanidad de hacerse retratar. El haberle caído en suerte ser el jefe de las fuerzas revolucionarias no lo atribuía a su propio mérito. Hubiera preferido hacer lo mismo manteniéndose en el anonimato.

El general Ortega fue fotografiado dos veces en su vida y en el término de una semana por un corresponsal de La Ilustración de Barcelona que anduvo por estas latitudes hacia 1888. La primera fotografía fue tomada el mismo día en que comenzó la campaña para derrocar al dictador Galván. Pero en esa foto que se conserva en el museo histórico sólo pueden reconocerse el poncho del general, su quepis un poco caído sobre los ojos, el alazán que lo acompañó siempre, y los hombres de su guardia; pero en lugar del rostro del general hay una mancha difusa, probable defecto del revelado. El general, después de la derrota del Bagre regaló la única copia de la segunda fotografía a Algalia Broncal, bisabuela de Diamela por parte de madre. Antes de emprender el camino del exilio, el general visitó el caserón de los Arias y le regaló la fotografía a la viuda de su único amigo de la infancia.

El general tenía fiebre, como le sucedía a todos los héroes que perdían batallas (según está profusamente documentado por los viejos cromos), y creyó que no saldría con vida. Algalia lo hizo acostar en su propia cama, le prodigó toda clase de cuidados y, mientras Bernal fue su huésped, no se separó de él. Y aunque le advirtieron que Oliveros iba a bombardear Colodra y que su casa no se salvaría del fuego de los sitiadores

y sería reducida a escombros, Algalia no se inmutó. En realidad, Oliveros no necesitaba recurrir a los cañones. Bastaba con decidirse a entrar al pueblo a cualquier hora y capturar a Bernal. Los hombres de éste habían huido o se habían rendido a las tropas gubernistas. Solo un centenar de soldados permanecieron fieles, atrincherados en el perímetro de la quinta. Por sacarse el gusto, Oliveros hizo tres disparos de cañón. Una bala rozó la torre sur de la iglesia y aún hoy puede verse la huella; otra fue hallada muchos años después en el fondo de un aljibe, y la tercera destrozó un palo borracho y dos magnolias de la quinta. Algalia, que en ese instante estaba junto a la ventana con el rosario en la mano, corrió las pesadas cortinas, borró el resto del mundo y le preguntó a Bernal cómo se sentía.

—Bien. Y no se preocupe por lo que pueda hacer el bandido de Oliveros. No va a entrar en el pueblo porque tiene miedo, ni va a seguir bombardeando porque no tiene sentido hacerlo contra un pueblo abierto. Quiere que todo el mundo sepa que estará allí hasta que se le antoje marcharse.

—La gente está en las azoteas mirando a los sitiadores. Parece divertirse.

—¿No lo digo? Nadie espera gran cosa de Oliveros. Además Galván le ha dado órdenes de obtener a toda costa no ya mi rendición, sino mi consentimiento para firmar un pacto con la dictadura. Y eso jamás. Sería traicionar al pueblo. Prefiero abandonar el país.

—Desgraciadamente, la mayoría está con el gobierno.

—Eso es lo que usted cree. Si realmente es así, ¿por qué no dejan que se opine libremente?

—Porque cuando los enemigos no son muchos, se exagera su número. El finado decía que un gobierno que cuente de pronto con el apoyo unánime de la población no dura ni dos días. Desgraciadamente, el pueblo cree que los enemigos de Galván son los enemigos de la patria.

—No sea tan pesimista, Algalia. Mire, yo tengo fe en mi pueblo. Estoy seguro de que esto va a terminar porque algún día se levantará contra este horror.

—Entonces, ¿por qué habla de dejar el país?

—Porque Bernal Ortega está de más. Ha fracasado. No soy imprescindible. Simplemente me equivoqué al usar determinado lenguaje. Demasiado directo. Al final la gente desconfía. Vendrán otros que harán las cosas mejor que yo. Lo más difícil para la revolución es lograr que los pobres superen ese miedo a dejar de ser pobres.

—Le haría mejor no hablar, general; cuando se reponga podremos conversar largamente.

—Me siento bien, Algalia, y eso quiere decir que voy a morir. En cierto modo me honra que ello suceda en la alcoba de mi gran amigo, aunque comprendo que para usted no será muy agradable tener un muerto en casa. Perdona la molestia. Mis hombres se ocuparán de todo.

Los ojos de Algalia se humedecieron. Apretó el rosario y bajó la cabeza.

—Vaya, no se ponga usted así. Bien ha sabido sobrellevar con notable entereza momentos más difíciles. Quiero darle algo en custodia. Prométame que lo guardará muy mucho y que no se lo enseñará a nadie.

—Se lo prometo, mi general, se lo prometo —dijo Algalia entre sollozos.

—No se haga ilusiones, que no es nada importante. Una fotografía, no más. Me la sacaron hace un año. Yo no quería, pero al final accedí para que no fueran a pensar que lo hacía de puro orgulloso. Primero se fotografiaron mis oficiales, después los soldados y también las mujeres y los niños de los soldados. Claro que podría haberla destruido. Pero tanto me resisto a romper una fotografía como a matar a un hombre porque sí. Debe ser superstición. Vaya uno a saber.

Tomó un libro de la mesa de noche, lo abrió y sacó un sobre amarillo con la foto.

—Escóndalo, y si quiere rómpalo después de mi muerte. Entonces no me va a importar. He oído decir que destruir la imagen de un hombre es destruir su alma. Y quién le dice a usted que no sea cierto.

Una semana después el general se paseaba por la quinta y comía manzanas jugosas que él mismo arrancaba y frotaba contra las mangas de la camisa. Oliveros continuaba con el cerco de Colodra pero la gente podía entrar y salir sin problemas. Al principio el control era estricto y se revisaban los carros que entraban al pueblo para evitar el trasiego de armas. Al tercer día, los soldados pasaban casi todo el tiempo tomando mate y jugando a las cartas, y un sábado que hubo baile en el Club Unión se dio el caso de que concurrieron soldados de ambos bandos. A la salida de la fiesta menudearon grescas y cuchilladas, pero por cuestiones de mujeres. Oliveros se aburría esperando órdenes de la Capital, y cuando recibió un mensaje de Galván en el que le requería que hiciese un último esfuerzo para convencer a Ortega de que firmase el acuerdo, envió de inmediato a un oficial a la quinta de los Arias con la misiva.

El oficial debió esperar que el general rebelde terminase de comer su manzana, se enjuagase las manos en el chorro de la fuente y se las secase con una toalla de hilo que le trajo Algalia.

—Vamos a ver qué se le ofrece el señor Oliveros —dijo con ironía.

Leyó el mensaje en el que se lo invitaba a colaborar con la dictadura en la reconstrucción del país después de proponerle una paz honorable, recordándole que esa era la única oportunidad que se le presentaba para integrarse a la vida ciudadana sin que se tomara represalia alguna contra él. El gobierno confiaba en el espíritu patriótico del general Ortega y esperaba que el bien de la patria primara sobre toda desavenencia. El ministro de cultura de entonces, un abogadillo petulante, sugirió a Galván la inclusión de una cita de Homero, teniendo en cuenta la cultura bastante buena de Ortega: *Sin familia, sin ley y sin hogar debe vivir quien apetece las horrendas luchas intestinas.*

El general tuvo la intención de reiterar que no se hacía cómplice de crímenes ni vejaciones, y que mientras estuviera entronizada la dictadura de Galván o de quien fuese, prefería vivir en el exilio o en la cárcel, antes que traicionar a su pueblo

vendiéndose a los verdugos. Pero luego de pensar un rato, se dio cuenta de que no tenía muchas ganas de escribir. Subió al escritorio, y al dorso del mensaje que le enviara Oliveros, estampó aquellos versos de Quevedo:

*Ya militan las leyes y el derecho,
y te sirven de texto las heridas
que escribe nuestra sangre en nuestro pecho.*

*La Parca eres fatal para las vidas:
pues lo que hilaron otras has deshecho
y has vuelto las balanzas homicidas.*

Esa fue la única respuesta que obtuvo el gobierno, y lo único que escribió Ortega hasta el fin de sus días.

Oliveros levantó el sitio simbólico de Colodra lamentándose porque Galván no le dejara las manos libres para tratar a Bernal a su manera. Tenía pensado ahorcarlo en la plaza pública (en el mismo lugar donde ahora se levanta el monumento ecuestre a Bernal Ortega), mientras redoblara el tambor y la campana tocara a muerto.

Ortega permaneció algunos días más en la quinta de los Arias organizando su histórica retirada. Sabía que mucha gente se le uniría a lo largo del camino. Un ejército de pobres marchó con él y también algunos hacendados que habían abrazado la causa revolucionaria. Familias enteras esperaron al general a la vera del camino mientras subía al cielo el humo del incendio de sus casas y de los trigos que no habían podido cosechar.

Un domingo, antes del alba, Bernal Ortega abandonó para siempre el caserón de los Arias. Además de la fotografía le dejó a Algalia una maleta llena de documentos.

—Son proyectos. Ya no sirven para nada. Lo mejor que puede hacer con ellos es quemarlos. Reforma agraria, medidas contra la corrupción administrativa, salud pública, educación para todos, en fin, cosas que parecen no interesar a nadie.

Los papeles fueron a parar al museo local después de la muerte de Algalia. Pero la fotografía no fue hallada jamás. Al-

galia la había colocado junto al daguerrotipo de su marido bajo la imagen del Sagrado Corazón en la capillita de la quinta, que con el tiempo dejó de ser capillita para convertirse primero en cochera y más tarde en depósito de cachivaches. Se sabe que uno de los últimos actos lúcidos de Algalia fue guardar la imagen del héroe, envuelta en papel de seda, en uno de los grandes roperos que abundaban en la casa. En los días de su niñez, Diamela había visto muchas veces la imagen de Bernal, sobre todo cuando estaba enferma. Su abuelo, para aliviarle el tedio en las interminables tardes del invierno en las que el sol, como una araña metálica, se quedaba adormecido en el encaje de las cortinas, sacrificaba su siesta para contarle a la niña las fabulosas aventuras de Bernal, más inventadas que ciertas, porque la vida del general solo podía aburrir a los niños dado que era un hombre estricto en el cumplimiento de sus deberes, sumamente ordenado, monógamo y carente de espíritu aventurero. Había asombrado al mundo por sus ideas más que por sus hechos. Lo cierto es que el abuelo sacaba la imagen del general de su sudario de papel de seda, la colocaba sobre la colcha, apoyada en las piernas de la niña levantadas a modo de atril. Después, con frasquitos de remedios, piezas de ajedrez y cuentas de vidrio, formaba los ejércitos. La historia concluía cuando Diamela estiraba las piernas bruscamente: el general caía de bruces, lo demás rodaba por la alfombra, menos lo poco que había quedado sobre la cama entre huecos y pliegos, y que Diamela contaba para saber quién era el vencedor. El viejo envolvía nuevamente la fotografía y la colocaba en su lugar, entre la ropa que había vestido Algalia el día de su boda.

Al cumplirse un siglo y medio del nacimiento de Bernal Ortega, el gobierno destinó algunos millones para la construcción de un mausoleo y para que se iniciara una investigación a efectos de determinar cuáles habían sido los verdaderos rasgos físicos del general, pues no era serio que la estatua colosal que debía rematar el edificio donde descansarían las cenizas del héroe tuviera cualquier rostro. Muchos artistas e historiadores visitaron ese año y los siguientes el pueblo de Colodra que fue

ascendido a la categoría de villa. Diamela se sintió muy honrada con la visita de gentes tan cultas que insistían en que tratara de recordar los más mínimos detalles de aquella imagen con la que había jugado en su niñez. Podía describir minuciosamente el uniforme, pero de la cara de Ortega solo recordaba que no tenía bigote y que su mirada era un poco melancólica. De la encuesta realizada por los investigadores entre los más ancianos del país, nada se pudo sacar en limpio. Los artistas lograron reconstruir más de una docena de probables rostros.

El fervor patriótico que brotó por la magia del sesquicentenario del natalicio del héroe epónimo conmovió la tranquilidad de la vieja quinta de los Arias. Los doctores y eruditos que frecuentaron ese año la casa que había dado albergue a Bernal Ortega después de su último combate, quedaron impresionados por la belleza y el aire patricio de la dama que les prodigaba todo género de atenciones. El obeso senador de luciente calva, que presidía el Comité Nacional de Homenaje, alababa sin ahorrar epítetos el celo demostrado por Diamela al conservar intactos los objetos que recordaban la estada del héroe derrotado, pero lamentaba que se hubiera extraviado aquella fotografía única.

—Le sugiero que rebusque en todos los rincones. Quizá su abuelo, para evitar su completo deterioro, la escondió en un lugar insospechado.

Su mano blanca y pesada, modelada por la sensualidad y el ocio, recorría la madera torneada y la colcha descolorida de la cama donde había dormido el general. Miraba atentamente los grabados con escenas bucólicas en los que el héroe habría entretenido sus horas de fiebre o insomnio.

—Si su bisabuela era tan hermosa como usted, supongo que Bernal Ortega no tendría muchas ganas de abandonar este lugar bendito.

Diamela fingía no escuchar las galanterías del senador.

—En el museo encontrará usted cosas más dignas de consideración. Los escritos de Ortega deben ser más interesantes que la cama donde se repuso de las fatigas de la guerra. Por otra parte, debo aclararle que sufrió dos reformas: primero se le quitó el dosel y después los angelitos que sostenían las columnas.

—Pero la atmósfera de este lugar es única. Conserva todo el romanticismo de aquella época. Estoy seguro de que la fotografía del general se oculta en esta misma habitación. Si la encuentra, la patria se lo agradecerá.

Al otro día Diamela inició la búsqueda. Contra su costumbre, se levantaba muy temprano y mientras Fermína, la vieja ama de llaves, le cebaba mate dulce, registraba minuciosamente los rincones del enorme caserón que tenía quince habitaciones sin contar las reparticiones del sótano y la buhardilla. Metódicamente, vaciaba estantes, baúles, cajones, estuches. Uno por uno, revisó los dos mil volúmenes de la biblioteca. Echó de menos a su primo Marcos que nació en aquel mismo caserón, se crió con ella y fue el único hombre con el que tuvo comercio carnal. Marcos, que ahora era cónsul en Recife, hubiese sido la compañía ideal en esa búsqueda sin fin dado su carácter alegre y su intuición para encontrar cualquier cosa en aquella casa por la que habían pasado cinco generaciones. “En esta casa sucede lo mismo que con la ciencia—afirmaba Marcos, que tenía afición por la entomología—: lo que se encuentra resulta mucho más interesante que lo que se busca”. Por los tiempos de la adolescencia, acompañaba a Marcos en las excursiones nocturnas. Marcos llevaba un farolito de carburo y una caja con frascos para guardar los insectos. Hallaba ejemplares que ella jamás había imaginado que pudiesen existir, como si hubiesen sido creados por la poderosa imaginación del primo. Marcos la deslumbraba, y cuando se acostaban sobre la gramilla para mirar el cielo, él le contaba cosas increíbles.

—¿Qué estrella te gusta más?

—Aquella rosadita.

—Esa es Betelgeuse. Está a trescientos años luz y su diámetro es tan grande como la órbita de la tierra alrededor del sol. Ahora es tuya; ¿qué vas a hacer con ella?

—La voy a mirar siempre que estemos lejos.

—De acuerdo. Cuando estemos lejos, nos encontraremos en Betelgeuse. Pero hay un problema; en invierno no se la ve.

—¿Y por qué no se ve en invierno?

—Porque está del lado del sol.

—Entonces nos encontraremos en el sol.

Le contaba las aventuras del gigante Orión y le hacía repetir cada una de las partes del Navío hasta que las supo todas de memoria. Y luego que ella conoció por primera vez la tibieza del semen, él le narró el mito de la Galaxia y del nacimiento de Afrodita. Todo había sido tan natural, que jamás sintió vergüenza ni necesidad de confesarse. Y después que Marcos se casó y tuvo hijos, Diamela no sintió celos ni tampoco pensó que cometía adulterio cada vez que se entregaba a su primo.

Diamela revivió muchas cosas de aquellos tiempos mientras buscaba al *introuvable*. Encontró el farolito de carburo, cajitas con insectos sin clasificar, piezas de un telescopio que se había fabricado Marcos, fotografías de grupos familiares donde ellos dos aparecían siempre abrazados, pájaros embalsamados y aplastados bajo el peso de las carpetas escolares. En lugar de entristecerse, se sintió dichosa. Amaba su soledad y se alegraba de no ser una mujer casada, una matrona. No había perdido a Marcos, ni lo perdería jamás.

Las sociedades patrióticas apremiaban a Diamela para que diera de una vez con el paradero de la única pieza iconográfica fidedigna del héroe. De los rincones más lejanos del país llegaban delegaciones. Fotografiaban la cama de Algalia Broncal desde todos los ángulos. Cuando Diamela encontró en la buhardilla los cuatro angelitos y las columnas torneadas del lecho, la Comisión Senatorial de Homenaje al General Bernal Ortega en el Sesquicentenario de su Natalicio, contrató a un restaurador francés para que el lecho luciera el mismo aspecto que en tiempos de la batalla de Arroyo del Bagre. Diamela, fatigada de buscar y rebuscar sin éxito alguno, pidió el concurso del Comité Regional de Homenaje. Fue entonces que conoció al Capitán, quien, al tercer día de colaborar en la búsqueda sintió estallar la pasión por aquella mujer irresistible. Fue en la capilla. Ya habían sacado al patio baúles con ropas de dos generaciones. Revisaron fraques, levitas y gabanes, carterones de damas, alhajeros vacíos, cartapacios, sin hallar otra cosa que anotaciones sin importancia para los siglos venideros, por ejemplo: *Armando, manda*

decir Miguel si puedes venir el lunes a componer la victrola. Luis.

Entraron a revisar los dos roperitos y el armario que estaba sobre el altar. Diamela se había subido sobre un taburete y le alcanzaba al Capitán paquetes de suplementos y figurines.

—Todo esto va a la hoguera. Pero revisemos con cuidado. No sea que la fotografía esté oculta en estos líos. No sé si la encontraremos, pero el Homenaje Nacional va a servir al menos para limpiar la casa. ¡Qué manía la de guardar cosas inservibles!

—Diamela, yo quisiera que esto no terminara nunca, que su casa tuviera infinidad de habitaciones, para estar siempre a su lado. ¿Se da cuenta que estoy enamorándome de usted?

—Cuando termine de enamorarse no se le ocurra hacer tonterías, Capitán. Está en casa de una mujer honrada.

—No sea cruel, Diamela, compréndame.

—Hace usted muy mal, Capitán. Si no me equivoco es usted casado y con hijos. Ya no estamos en edad de hacer locuras. No somos niños.

—Mi mujer y yo no nos llevamos muy bien. He mantenido esta situación durante años. Pero ahora apareció usted y todo ha cambiado. Es como si empezara a vivir.

La tomó por la cintura, la bajó del taburete y le besó una mejilla.

—No insista, Capitán. Si insiste, tendrá que abandonar esta casa para siempre. Pienso que podríamos ser amigos.

Y fueron amigos durante cinco años. Después fueron novios, cuando la mujer del Capitán sufrió un ataque de apoplejía y parecía que iba a morir de un momento a otro. Diamela se apiadó del Capitán y dejó que la besara. Pero le negó el cuerpo hasta que no se casaran. Pasaron otros cinco años. El Capitán visitaba a Diamela pero nadie osó asegurar que fueran amantes. Ella no perdía la serenidad hierática que la hacía aparecer como por encima de las pasiones y que le quitaba el sueño a muchos viejos de Colodra. Esa serenidad la conseguía Diamela haciéndose acariciar y besar, hasta el paroxismo, todo su bello cuerpo por el hijo del jardinero, un muchachito apuesto y sordomudo.

—Mirá que embromaron con el mausoleo del general Ortega —dijo Euclides al Dios Verde—. La foto no apareció nunca. Para mí que Diamela se mandó la parte para que se hablara de ella y la ocultó. O a lo mejor no es más que una fábula eso de la foto que Bernal le confió a la Broncal. No hay constancia escrita de que Ortega fuera su huésped. Lo cierto es que nos quedamos sin saber qué cara tenía don Bernal. Y el mausoleo sigue sin terminar. Vos que estuviste en la Capital lo tenés que haber visto.

—No solo lo vi, sino que una noche de tormenta dormí allí. Una estructura monstruosa de cemento armado que sirve de refugio a los bichicomes. Mientras beben su alcohol azul, sueñan quién sabe con qué quimeras. En cierto modo ya se han liberado del mundo. No creo que al general Ortega le moleste que vivan bichicomes en su mausoleo.

—Seguramente. Más bien le debe molestar el mausoleo.

huevo de la mano. No había relojeros en Colodra. Los carrillones que habían llegado al país en las bodegas de los primeros buques a vapor, gozaban, en general, de la buena salud de sus propietarios, quienes, cuando volvieron a pensar en aquella cosa oscura, hueca y ominosa que los había respetado durante largo tiempo, no lo hicieron merced a que las noticias de ametrallamientos, pestes y tornados fuesen cada día más frecuentes, sino por la presencia en el pueblo de alguien cuyo regreso nadie sospechaba ni quería.

Las muertes violentas ocurridas en la capital, los tornados que de un tiempo a esa parte azotaban al país, la gripe de Hong Kong, la meningitis y otras pestes, pertenecían al mundo cada vez más lejano de donde provenían las noticias que daban tema para que las visitas tuvieran de qué hablar.

La muerte que egoístamente imaginaba cada uno para sí, debía producirse puntualmente, según decreto del destino o de la voluntad divina, entre la cómoda y el ropero.

Estévez estaba a punto de abandonar su mirador —no había ocurrido nada interesante ni ese día ni el anterior— cuando la polvareda que levantaban dos vehículos en el camino de la sierra llamó su atención. Sacó los prismáticos del estuche, los acercó a los ojos, y quedó anonadado. Hacia el pueblo venía una limusine negra con los niquelados relucientes; detrás, nada menos que el furgón de la firma Barlocco & Pena. El mismo furgón que llevó a su casa el *servicio* cuando falleció Amelia. Un escalofrío le trepó por la espina dorsal. De no haber podido dominar el miedo, hubiera salido a la azotea y gritado a los cuatro vientos: “¡Ojo que ya llega!”. Supuso que alguien había estirado la pata y que él no se había enterado debido al aislamiento. Recorrió con los prismáticos de teatro algunas calles del pueblo (las que él podía dominar desde allí arriba) queriendo descubrir algún elemento revelador. Nada. Lo de siempre. Cuando la limusine pasó el puente y enfiló hacia la calle principal, vio al menor de los Barlocco sentado al volante llevando como acompañante a su mujer obesa. Menos mal que no venía la carroza: un Rolls Royce cargado de volutas negras.

Hacia mucho tiempo que en Colodra no se pensaba en la muerte. Se hablaba de ella como quien habla del tiempo, la comida y el dinero. El 2 de noviembre iba todo el mundo al cementerio a limpiar mármoles y adornarlos con flores frescas. El padre Jaime le dedicaba un sermón al año por lo menos, generalmente en viernes santo. También se comentaban en charlas de sobremesa y en el café las muertes ocurridas en la Capital durante los enfrentamientos entre revolucionarios y fuerzas del orden. Hacía años que no enterraban a nadie. El último había sido un vendedor de números de lotería que murió dos veces: primero, como única víctima fatal de una epidemia de hepatitis y, la segunda vez, en la memoria antojadiza de los colodrenses. Pero en la muerte de veras, en la que llega cuando te toca el turno, en la muerte propia inalienable, en la muerte Muerte, nadie pensaba. En los protocolos de los dos escribanos locales no ingresaba un testamento desde que un fuerte estanciero de los alrededores había decidido poner los papeles en orden y eso había ocurrido diez años atrás. La empresa de pompas fúnebres Barlocco & Pena estaba cerrada a cal y canto. Los propietarios, ante la perspectiva de morirse (ellos sí) de hambre, habían abierto una sucursal en la capital del departamento. El tiempo se detuvo en Colodra después que el comisario hizo un cuadro de catalepsia durante una comilona y resucitó a la madrugada. Fue el último en esquivar de manera ostensible a la Huesuda. Los relojes sólo servían de adorno. Ni siquiera se los consultaba para tomar las medicinas porque, como si todos se hubiesen puesto de acuerdo, era al levantarse, o al anochecer —acaso a la hora en que las sombras de los árboles están más encogidas— cuando se abrían los frascos de jarabes o se dejaba caer el comprimido en el

Cuando Estévez pudo salir, no se dirigió a su habitación de viudo, ni al club, ni al bar La Celeste. Anduvo un rato sin rumbo por veredas que jamás transitaba y, casi sin querer, pasó frente a la funeraria. Las luces estaban encendidas. Sobre el mostrador, el busto de yeso dorado del general Ortega y el jarrón de vidrio violáceo entre los que se acodó la noche en que fue a encargar el servicio para Amelia, no habían sido cambiados de lugar. No sabía por qué ese rostro probable de Bernal, ceñudo y anguloso, y ese jarrón sin flores con una mosca muerta allá en el fondo eran más tristes que los ataúdes y los pedestales de bronce.

—Quiero el mejor servicio que tenga —le había dicho al viejo Barlocco—, aunque me pase la vida amortizando. La pobrecita se lo merece.

—Para usted, lo mejor es eso —contestó el viejo mostrándole una caja que se parecía a las otras.

—Bueno —dijo Estévez, resignado.

Y mientras el viejo sacaba formularios, pluma, tinta y papel secante, Estévez miró el interior del jarrón y vio la mosca.

Pero ahora no se atrevió a mirar el interior del jarrón para ver si todavía estaba el insecto. Esperó a que notaran su presencia para saludar a Efraín Barlocco y a su mujer obesa que pasaba un plumerito multicolor sobre los muebles venerables y tiesos.

—Mañana los limpiaré a fondo —dijo la gorda— y también el piso, los vidrios y las puertas. Esto está que es un asco, pero ya vas a ver, querido, pienso dejar todo como un espejo.

Efraín inspeccionaba el fondo. Se oía un cesante abrir y cerrar de puertas y banderolas, objetos que caían con ruido metálico; arrastrar de bultos. De pronto estalló una puteada, que en aquel recinto sonaba a cosa nueva.

—¿Qué pasa, mi viejo? —gritó la mujer.

—¿Qué pasa? Vení a ver, Miriam. Por aquí anduvo el Barbudo. ¡La puta madre que lo parió!

—Viejo, respetá las imágenes —le increpó la gorda persignándose ante un Sagrado Corazón pintado sobre vidrio.

—Y a mí, ¿quién me respeta? Mirá lo que hicieron.

Efraín, con los puños crispados, volvió al salón del frente.

—Hola Estévez —saludó. Como si se hubiesen visto esa misma tarde.

—¿Cómo le va, Efraín? ¡Hace tanto que no nos vemos!

—Suerte para ustedes. Pero ya ve, estamos de regreso.

La mujer saludó con más cortesía, pidió perdón y corrió al fondo para ver qué había ocurrido.

—Viejo, no veo nada.

—Mirá los álbumes, mirá.

—¡Oh! —se oyó al minuto— ¡Es increíble que nos hayan hecho esto! Yo te dije que era mejor llevarse todo y no dejar nada en este pueblo condenado. Y andá a saber si no nos hicieron algo más.

Efraín Barlocco tomó de un brazo a Estévez y lo invitó a pasar al depósito para que comprobara la infamia.

—Estévez, usted no es de aquí, pero los conoce bien. Son malos y envidiosos. Es peor que si robaran. Hacen daño porque sí.

—El Barbudo anduvo por aquí —se quejó la mujer antes de comenzar a lagrimear.

El Barbudo no era nadie en particular. Cuando se cometía un daño o se hacía una broma pesada cuyo autor no aparecía, se decía que era obra del Barbudo. El Barbudo ponía maíz en la cama de los novios el día de la boda; a la hora de la siesta quemaba el judas que todos esperaban ver arder la noche de San Juan; robaba gallinas; echaba trozos de jabón en la olla podrida. Todo lo que alteraba la calma de los colodrenses, necesariamente tenía barba.

La gorda abría las cajas de los álbumes y los arrojaba al suelo después de hojearlos rápidamente. Caían a los pies de Estévez que en un principio no entendió en qué consistía el daño del Barbudo. Al fin se agachó, levantó uno encuadernado en cuero de toro negro con una cruz de bronce incrustada en la tapa; lo hojeó y descubrió toda clase de inscripciones y garabatos sobre sus páginas de gruesa cartulina ribeteadas

en oro. Ese estaba dedicado a don Saturnino Machado y Cuevas, ilustre abogado, presidente de cuanta sociedad se inventara en Colodra, gran filántropo, hacendado, aficionado a los gallos de riña, hombre de bien, en suma, si es que este título se puede dar al que es rico. El ser anónimo a quien nadie conocía, aunque todos coincidían en aquello de atribuirle una fabulosa barba, había dedicado un álbum a cada uno de los personajes relevantes de Colodra.

En la primera página, don Saturnino, completamente desnudo, montaba un gallo de riña que acosaba a los pobres peones que huían despavoridos. En la segunda, el Barbudo había dibujado a Saturnino irrumpiendo en los ranchos dispuesto a violar a las mujeres e hijas de los paisanos. En la tercera, el filántropo se precipitaba en el Infierno con gallo y todo. Después venían unas firmas grotescas al pie de dedicatorias en las que se le deseaba al magnánimo felices vacaciones en el Infierno y cosas por el estilo.

Otro álbum estaba dedicado al comisario, a quien se representaba sepultado bajo las voluminosas comisiones cobradas a los capitalistas de juego clandestino.

Los médicos de Colodra no escaparon a la metralla del Barbudo. Sus pacientes los esperaban en el círculo de los homicidas culposos y culpables, con sierras y cuchillas en las manos, dispuestos a intervenir sus almas y a obligarlos a beber tósigos y brebajes.

Estévez pasaba rápidamente las hojas de los volúmenes que Miriam arrojaba al piso. Vio al padre Jaime jugando a las cartas con el mismo Diablo: cada uno apostaba su montoncito de criaturas. Vio a los bodegueros pensar alimañas e insectos y a los escribanos hincar la pluma en las venas de sus clientes. De toda la gente representativa de Colodra, la única que subía al cielo transportada por dos ángeles bellísimos, era Lucy, la vieja prostituta, y a sus pies había una cinta con la leyenda: POR TI, SI ES QUE EXISTIERON, SE SALVARON DE LA VIOLACIÓN MUCHAS VÍRGENES EN COLODRA.

—¡He de vengarme! ¡Nadie sabe quién es el menor de los Barlocco! —gritaba el funebrero después de haberse reconoci-

do en el enlutado navegante que viajaba en un ataúd que lucía esta inscripción: Lo que ganaste, te lo cobrará Caronte.

Barlocco se tiró sobre el mostrador a llorar su rabia. El jarrón violáceo (lo más parecido a la muerte que había visto Estévez en su vida) cayó al piso y se hizo trizas. Miriam corría de un lado a otro sin saber qué hacer. Estévez trataba en vano de consolarlos:

—Creo que lo mejor va a ser llamar a la policía.

—El daño ya está hecho, querido Estévez, y aunque agarren al culpable y lo ejecuten ahora mismo, ¿quién podrá reponer estas joyas, estos preciosos álbumes en los que invertimos una suma fabulosa para que la gente pueda honrar como es debido a sus difuntos? Ya nadie los hace. La cartulina venía de Florencia, y cuero como éste no se consigue más.

—Pero esta maldad no puede quedar impune.

—Está equivocado, mi amigo; el mal reina sin trabas. Todo está corrompido. No se respeta ni a la muerte. La sedición ha llegado a Colodra y aquí creen ingenuamente que son cosas que pasan en la ciudad donde hay estudiantes revoltosos y obreros descontentos. Quieren destruir nuestro estilo de vida y lo atacan en lo más sagrado: la religión y los muertos. Pero nadie sabe quién es el menor de los Barlocco. Tengo que vengar la afrenta que se le ha hecho a mi familia y a mi patria, porque esto de reirse de los muertos es algo que ningún bien nacido puede tolerar.

—Bueno, Efraín, creo que debe tomarlo con calma y no generalizar demasiado. Concretamente, opino que se trata de un ataque personal; debe ser algún envenenado que maquinó esta forma tan baja de vengarse de ustedes. Si perdemos la serenidad, lo más probable es que embrollemos las cosas. Demos aviso a la policía porque aquí hay delito evidente: violación de propiedad privada y estrago.

El suceso conmovió la larga siesta de Colodra. La indignación de los aludidos y nombrados por el Barbudo más la repulsa general contra aquel mofarse de la muerte, despertó la conciencia colectiva, el espíritu de solidaridad y la sed de venganza.

El comisario, que se hizo presente en la funeraria apenas recibió la denuncia, coincidió con Barlocco en que había una motivación política. El ataque a las personas relevantes y a la autoridad no permitía pensar en otra cosa. Era preciso adoptar severas medidas para evitar que la conspiración tomara cuerpo. La gente recordaba que en otra oportunidad, en vida del viejo Barlocco, la firma había sido objeto de una broma pesada, obra de autor anónimo: alguien había robado un cartelito de la provisión del gallego Muñeira que rezaba: NO SE DAN ENVASES SIN DEJAR SEÑA y, después de retocarlo de modo que se leyera NO SE DAN ENVASES SIN DEJAR SUEÑOS, lo clavó en la puerta de la funeraria. Varias veces los Barlocco & Pena habían tenido que soportar la burla y el escarnio. En algún lejano carnaval se vio una máscara con atavío macabro tocando la chirimía a la puerta de la firma mientras pasaba la farándula; no faltaron las coplas satíricas, las llamadas falsas solicitando un servicio de primera para algún vecino rozagante de un pueblito cercano que, compadeciéndose de la vergüenza de los empleados de la cochería, los invitaba con un vaso de vino y al final todos reían la broma. Pero ahora los dardos envenenados no estaban dirigidos solamente contra los titulares de la empresa, sino que vulneraban el honor de gente hidalguísima a quien el Barbudo mandaba sin más trámite al infierno al par que celebraba la ascensión de Lucy.

El menor de los Barlocco le dijo al comisario:

—Si no fuera por el valor incalculable de estos verdaderos tesoros, ahora irrecuperables, estaría dispuesto a olvidar la cosa con tal de evitar el escándalo.

—De ninguna manera. Hay que limpiar hasta el hueso. No debemos permitir que sucedan estas barbaridades. Colodra se ha preciado siempre de conservar limpias las más puras tradiciones de la patria. Y a los que no estén dispuestos a respetarlas, ¡garrote!

Efraín accedió a exponer en el salón principal de la cochería las pruebas irrecusables de que allí también se conspiraba contra el buen nombre de autoridades y ciudadanos probos. Los futuros difuntos, indignados pero circunspectos, pene-

traban en el recinto del extraño museo a dar el pésame a Barlocco y a su mujer gorda. Al fondo, los ataúdes apoyados contra la pared, las velas y las imágenes sagradas, contribuían a la solemnidad de las tertulias que se prolongaban hasta pasada la medianoche. Damas y caballeros ojeaban ceremoniosamente los álbumes y disimulaban su alegría cuando se encontraban con la caricatura de sus colegas, vecinos o parientes insoportables. Ningún señor perdió la línea al reconocer a su esposa entregada al frenesi de un sátiro lugareño, o a sí mismo en el momento de exprimirle a un deudor la última gota de sangre.

Don Saturnino Machado y Cuevas fue nombrado presidente del Comité que se creó de inmediato y que tenía como principio y fin la tarea de salvaguardar el decoro y las buenas costumbres.

—Si permitimos que esto prospere —expresó en el discurso inaugural— pronto nos veremos desbordados por la acción disolvente de los mal nacidos. Creíamos que estábamos a salvo de las corrientes corruptoras que se proponen minar las bases de nuestra sociedad y ahora debemos reconocer que fuimos muy ingenuos.

La vieja minerva volvió a funcionar. Aunque le dolieran los dedos (el otoño venía muy húmedo) Gutiérrez no pudo rechazar la exhortación de Saturnino de prodigarse por entero en defensa del orden en esas horas de tribulación.

“No es el hecho de que a algún zafio se le haya ocurrido estropear los preciosos álbumes de la funeraria. Lo grave es que en ello se revela una intención política evidente. Se pretende mancillar el buen nombre de personas de reconocida militancia democrática, celosas del orden y de las tradiciones. Se ataca a la familia y a la religión. Tiene que aparecer el culpable. Creíamos haber edificado alrededor de Colodra una muralla invulnerable de honradez y dignidad. Pero el enemigo es astuto. Los que hemos marchado siempre hacia delante con la frente alta y las manos limpias, honrando a nuestros héroes y a nuestra historia, no podemos permitir que la sedi-

ción arraigue en nuestro medio. Y si la nación toda sucumbre, víctima de la traición que se alimenta de la estulticia y corrupción de los irresponsables, aquí, en Colodra, donde aún brilla la luz que emana del ejemplo de aquel gran patriota que fue el general Ortega, encontrará la Patria reservas morales suficientes para emprender la Gran Cruzada!" *Doctor Machado y Cuevas.*

A Gutiérrez, que prefería el tono melancólico, le chocaba un poco el engolamiento del caudillo. Los tipos se le caían de las manos y necesitó toda una tarde para armar el editorial del número extraordinario de la Gaceta porque se equivocaba a cada rato y quería ser prolijo para no acrecentar la ira del ilustre ciudadano. Odriozola lo acompañaba, le cebaba mate y lo alentaba en los momentos en que a Gutiérrez le entraban ganas de mandar la minerva al diablo.

—¿Quién te parece que pueda ser el autor del daño? —preguntaba.

Odriozola chupaba la bombilla, demorando la respuesta. Al fin habló:

—Quienquiera haya sido, vas a ver que al fin la culpa recaerá en el pobre zapatero.

—Es un marginado que sólo sabe coleccionar sospechas y eso que ahora casi no habla con nadie.

—¡Pobre tipo! Hasta su silencio molesta.

—Pero aún no has contestado a mi pregunta.

—Quisiera haber sido yo, para tener el privilegio de desperatar a Colodra de su modorra ancestral. ¡Cómo se divertirá el barbudo!

—Bueno, para vos, ¿quién es el Barbudo?

—Si lo supiera no se lo diría a nadie.

—¿Tampoco a mí?

—A nadie.

—No me tenés confianza.

—No es eso. Si lo supiera, sería muy amigo de él y no podría traicionarlo. Es una hazaña conservar el anonimato en este pueblo donde se sabe vida y milagros de todo el mundo.

—Van a sospechar de vos.

—No me molestaría en lo más mínimo. Pero bien sabés que nunca supe dibujar ni un ranchito, y el desconocido hace las cosas bastante bien.

—No creas, es un poco torpe.

—Puede ser que lo sucedido no sea más que una parte de algún plan diabólico de Machado y Cuevas para darse un poco de lustre. Esos tipos necesitan que de vez en cuando alguien los insulte. En tu lugar, me negaba a hacerle el juego. Con haberle dicho que la minerva no daba más, ya estaba.

—No tengo más remedio que complacerlo. Muchas veces me salvó de la quiebra.

—Por interés, nada más que por interés, para que publicaras lo que a él se le antoja. Le vendiste el alma.

—Tendrá sus defectos, pero no podrás negar que es un ferviente institucionalista.

—Por el forro, nada más. Tiene alma de dictador. Esos tipos me revientan. Cuando husmea que nadie se acuerda de él inventa un escándalo o transforma en escándalo cualquier suceso. Entonces aparece el imprescindible que ordena el caos y llama a la reflexión a los patriotas. Tengo la intención de escribir una sátira bastante ácida y hacerla circular. Aunque solo sea por diversión, voy a tomar el partido del Barbudo.

—No seas frívolo. Además te descubrirán enseguida.

—No me importa. ¿Acaso no estamos viejos? ¿Para qué queremos una vejez que se extingue de a poquitos? Hay que quemar en un instante todo el tiempo, el escaso tiempo, y las pocas fuerzas que nos quedan. En lugar de publicar esas arengas impostadas para mayor gloria de un cretino como Machado, habría que invitar a todos los colodrenses a participar en una gran bacanal. Desnudarse y salir a la calle. Empedarse, armar un escándalo sublime. A mí todavía se me para el miembro, y te juro que me siento capaz de complacer a más de una viuda de esas que se pasan el día acariciando a los santos. Los viejos tenemos una fuerza desconocida. La vejez es, más que nada, costumbre.

—Estás loco, Odriozola.

—Sí, estoy loco, y me alegro de estarlo. Si no lo estuviera me habría indignado al verme dibujado en un álbum, completamente desnudo, tocando la lira sobre un barril de vino. Si descubren al Barbudo te juro que salgo a su encuentro para darle un abrazo. Los que se indignan son unos estúpidos.

Cuando el tren se detuvo en Colodra, el maquinista gritó a voz en cuello: —¡Viva la huelga! —¡Viva! —respondió el guarda.

—¿No le dije? Tendrá que quedarse en Colodra —aseguró el comisionista al desconsolado Salustio—. Y hay huelga para rato. Nadie sabe si en este país van a volver a funcionar los trenes.

El jefe de la estación, que, aunque jubilado, seguía cumpliendo las tareas imprescindibles mientras no viniera alguien a sustituirlo, caminó, arrastrando una pierna, hasta la estafeta. Jocundo y generoso, el comisionista repartía saludos y caramelos de miel entre los que fueron a esperarlo. Valentín y la Sibila sacaron la cabeza por la misma ventanilla. Él abrigaba la vana esperanza de que el tren recorriera aún los cincuenta kilómetros que los separaban de Marmarajá, y ella no podía ocultar su satisfacción porque Salustio recibía un castigo ejemplar. Cuando vio que el maquinista, el fogonero y el guarda se alejaban rumbo al pueblo, Salustio ordenó a sus empleados que bajaran los bultos. El comisionista le ofreció su casa y se puso a sus órdenes antes de marcharse cargado de paquetes y seguido por un puñado de noveleros.

Salustio se sintió el hombre más desolado del planeta; más que la tarde en que se le murió el elefante, y mucho más que la noche en que el mejor trapequista de América del Sur se partió el espinazo. Por primera vez en su vida de empresario sintió que la utilería le molestaba; también le molestaban los monos y los muchachones que jugaban a

la pelota en el andén a la espera de nuevas órdenes. Con el propósito de mortificarlo por haberla llevado a aquel lugar tristísimo, la Sibila abrió la cartera, sacó el péndulo de su cajita para hacerlo oscilar caprichosamente. La esfera brillaba con los últimos destellos del atardecer y los monos se quedaron mirándola como hipnotizados. Valentín Salustio, que no quería creer en las artes adivinatorias de su hembra, se puso a leer los carteles adosados a la pared de la estación que anunciaban garrapaticidas, sarnófugos y campañas contra la aftosa.

—¿Te interesan tanto esas cosas, Valentín? —preguntó la Sibila.

—No, no me interesan; por eso las leo. Jamás leo lo que me interesa: lo invento. Vos sabés que lo invento.

—El péndulo dice que permaneceremos mucho tiempo aquí.

—Metétele en el...

—No es tu costumbre decir esas cosas. Estás nervioso.

—Perdoname, pero a veces sería mejor que no hablaras.

—Te resistís a aceptar la verdad de las cosas. El péndulo no se equivoca, bien lo sabés.

—Bueno, si no se equivoca, preguntale cómo podemos hacer guita en este pueblucho.

—Me niego a utilizar la radiestesia por interés material. Pero si querés saber mi opinión, te digo que estamos condenados al hambre. En este pueblo no viven más que viejos. Te lo dijo el pasajero. ¿Cómo se llamaba?

—¡Qué sé yo!

—Hizo la grosería de no presentarse.

—A lo mejor en Colodra no se usan los nombres.

—Siempre con tus ocurrencias. Vamos a ver qué inventás para que no nos pudramos.

El péndulo se veía aún, pero los rostros se habían borrado. A Valentín Salustio le vinieron ganas de echarse a correr, correr cada vez más ligero y dar un gran salto, un salto interminable. Dejar atrás a la Sibila, los empleados, los monos, la utilería, para perderse en el aire. Abandonar el mundo, emborracharse de cielo, de aquel cielo de grana que era una lástima

que se oscureciera tan pronto. Ese impulso lo había sentido siempre que se encontraba en dificultades. Aquella vez que irrumpieron en Marmarajá con bombos, platillos y cornetas, arrojando al aire confeti, serpentinas y volantes, con los payasos que hacían piruetas, los enanos pedaleando triciclos infantiles, la mujer barbuda que se dejaba tirar de los pelos para que no pensarán que había truco, la ecuyere, que era un muchacho vestido de mujer y el jinete andaluz, que era una mujer disfrazada de hombre, los forzudos, las momias y el gigante de Marruecos, los monos, los leones, la foca, el unicornio, y de pronto el elefante, con las uñas doradas y complicados arabescos pintados en la cabeza, se sienta, se sienta el elefante como para que alguien se le encarama en el lomo, todos así lo esperaban, pero la que se encarama es la muerte que Salustio aprendió a olfatear ese día en Marmarajá; aquella vez Salustio también sintió ganas de correr y saltar por encima de todas las cosas. El malabarista fue hasta la cabeza del desfile y le dijo: “Señor Valentín, el elefante está caído”. No perdió la serenidad, pero tuvo miedo de no poder resistir el deseo de echarse a correr. “El cirquero debe empezar por domarse a sí mismo” —se repetía. Cuando llegó, la muerte no había acabado de encaramarse al pobre elefante que lentamente se acostó sobre su lado izquierdo. “Debe ser el calor, ¡traigan agua!” Por todas las puertas de las casas de esa cuadra salía gente con baldes repletos que volcaban sobre el cuerpo del animal caído y le echaban en la boca. “No hay nada que hacerle —dijo el farmacéutico— se va a morir”. Y se murió, para no desmentir al profeta de blanco guardapolvo y lentes remendados con cinta adhesiva. Se hizo un gran silencio. Nadie había imaginado que en las calles de Marmarajá fuera a morir un elefante nacido en el África. Fue el espectáculo del año. Lo peor vino después, cuando las autoridades se hicieron presentes y exigieron a Salustio que retirase de la vía pública aquel animal que había caído sin hacer ruido, blandamente, como si estuviera relleno de estopa. “La única solución es descuartizarlo” —dijo el payaso—. “Sí, cuando se enfríe” —añadió el farmacéutico—, “para evitar que la sangre inunde la calle”. Las autoridades exigie-

ron que la operación se realizara por la noche para evitar el mosquerío. La policía prohibió a la gente acercarse al animal, pero las izotecas se llenaron de público, que no durmió para presenciar la descomunal carnicería. Se trajeron cantidades de huchas, sierras y cuchillas, y los hombres del circo trabajaron hasta la madrugada. Primero le sacaron los colmillos que eran postizos, de madera de sauce pintada al esmalte, después le cortaron la trompa y una oreja que quedó como trofeo en la escuela. Las tripas las enterraron en una fosa que cavó el forzudo con la ayuda de los trapeceistas. El león se hartó durante una semana, y los perros hambrientos de Marmarajá olvidaron el hambre por un par de días: a ellos les tocó el corazón, el hígado, los riñones y un poco de carne magra. Los huesos fueron arrojados a una cantera, y luego que los cuervos y las hormigas coloradas se encargaron de limpiarlos, los niños jugaban con ellos y se los fueron llevando para sus casas donde sirvieron de adorno en los jardines. No hay familia en Marmarajá que no posea su pedazo de elefante. El curandero se encargó de moler la piel disecada de la trompa y el sexo y suministraba el polvo en pequeñas cantidades. Quienes lo ingerían aseguraban haberse curado de muchas cosas. Por unos meses, en Marmarajá no se comieron embutidos, pues corría el rumor de que el choricero había hecho negocio con Salustio. Al choricero no le importó que dejaran de comprarle sus productos porque en la capital, donde se ignoraba la historia del elefante, se pagaba por ellos mejor precio. Del elefante se habló mucho tiempo, y se habla todavía, en Marmarajá, donde sigue siendo el tema preferido de las composiciones escolares.

En la estación se iluminó una ventanita. El jefe y su mujer se disponían a tomar la sopa y beber un vaso de vino sin importarles la suerte de quienes habían quedado en el andén rodeados de tinieblas. Salustio encendió un cigarrillo. Pensaba cómo salir del atolladero. Los viejos bien podrían divertirse con el tiro al pichón, el laberinto de espejos, los monos y el tobomágico. La Sibila los halagaría augurándoles muchísimos

años de vida, fortuna y amor, sobre todo amor. También pondría en funcionamiento la ruleta, en el caso de que la autoridad le permitiera la instalación de aquella máquina que podía controlarse por medio de palancas y resortes perfectamente disimulados. La cuestión era crear expectativa y atraer a los peones de las inmensas estancias que rodeaban el pueblo, con sus mujeres y sus hijos. Valentín Salustio jamás había conocido el desaliento, ni siquiera cuando el elefante cayó para siempre en las calles de Marmarajá.

Estévez salió de la casa del comisionista llevando un catalejo bajo el brazo. Iba el más contento del mundo, impaciente porque llegara la mañana para instalarse en su observatorio y recorrer los cerros azules, los caminos, los montes, los arroyos, y sobre todo las calles del pueblo y las casas de los vecinos. Hacía varias semanas que esperaba su juguete. Los prismáticos de teatro tenían muy poco alcance. El comisionista recorrió todos los cambalaches de la Ciudad Vieja hasta que encontró uno a buen precio, algo abollado pero con los cristales sanos. Todos los meses, cuando iba al banco a cobrar la jubilación, Estévez hacía dos cosas: depositaba cien pesos en la caja de ahorros y después, en el bar La Celeste, bebía un litro de cerveza pocas veces compartido. Los ahorros le vinieron de perilla para hacer la primera entrega al comisionista.

En su mirador se sentía libre, dueño del mundo y de los secretos de mucha gente. Se entretenía mirándolo todo a través de los vidrios de colores. El día era azul o amarillo o verde o morado. Le gustaba contemplar la quinta de los Arias a través de un vidrio rosa pálido. Esperaba horas hasta que Diamela asomaba su cabecita por una ventana o paseaba su belleza por el jardín. Pero la veía tan pequeña que nunca estaba seguro de si el capitán la besaba o no, si realmente se acariciaban o si no era más que una ilusión que le provocaban los celos. El catalejo le permitiría entrar en las casas, espiar a Diamela cuando se encontrara sola y estudiar sus gestos. Allá arriba no lo asaltaba el miedo al mundo, ese mundo que le había robado a su único hijo.

Estévez, hombre de poca iniciativa, nunca había podido ser ni sombra de lo que había soñado. Como siempre había votado por el partido que jamás perdía una elección, el partido al que le debía su empleo y que lo había protegido cuando se descubrió la maniobra con los giros, no podía consolarse de que Juan Carlos no compartiera sus ideas y renegara de la educación de sobremesa que él le había impartido. Siempre lamentó no haber estado ideológicamente bien pertrechado para contrarrestar la acción de ciertas influencias, la de Euclides el zapatero, por ejemplo, que le prestaba al muchacho diarios de guerrilleros y folletos de doctrinas revolucionarias. Le constaba que los leía a escondidas, cuando los sábados o los domingos iba al arroyo del Bagre con el pretexto de pescar y dormir la siesta bajo los sauces. Nunca le fue posible sorprenderlo, porque el muchacho conocía lugares que sabía inaccesibles para su padre. Pero cuando volvía, el hijo traía consigo algunos peces y muchos argumentos que desbordaban la información política de Estévez.

—La juventud no comprende lo que se hace por ella. Si uno puede pagarle los estudios y encaminarlo para que triunfe en la vida, es porque nuestro sistema lo permite. Para llegar a esto se ha derramado mucha sangre. No quiere darse cuenta; es rebelde, porque serlo está de moda —le decía a Amelia cuando se encontraban solos, y después de haber ensayado con Amelia, se lo decía a Juan Carlos.

Este le contestaba que le agradecía mucho lo que hacía por él, que no era otra cosa que cumplir con su deber de padre, pero que no tenía derecho a obligarlo a aceptar como justa y definitiva una realidad que le repugnaba en su esencia.

—¿Por qué tenemos que compartir la responsabilidad de quienes han hecho una sociedad deformada? ¿Qué culpa tenemos de que haya injusticias, corrupción y toda clase de relajación? Mirá, viejo, perdoná que te lo diga, pero vos sabés que soy sincero; querés hacerme un sujeto a la medida, un burócrata trepador o un profesional que se llene de guita, para que tus amigos te admiren porque lograste fabricar un individuo que puede clasificarse entre la gente bien.

—M'hijo, el que puedas decirme esto sin que yo te dé una buena zurra, lo que habría hecho mi padre conmigo, supone que tu generación ha conquistado algo que dudo sepa valorar; soñás con una sociedad perfecta, pero los hombres no somos perfectos. Te falta experiencia y madurez.

—Claro. Mejor dejamos todo como está. Que nos manden los filibusteros, y arañar lo que se pueda.

Se trenzaban en largas discusiones que arruinaban las digestiones de Estévez y los nervios de Amelia. Al fin acordaron no hablar más de política para no quebrantar la armonía familiar, sobre todo después de la muerte de Amelia.

—Si nosotros, que somos dos, no nos ponemos de acuerdo —argumentaba Estévez—, ¿cómo vas a hacer vos para convencer a la humanidad de que hay que empezar de nuevo?

Juan Carlos se marchó sin decir nada cuando cumplió los veinte. El padre le había conseguido un puesto de auxiliar en su oficina y le pagaba un curso de contabilidad por correspondencia. Había que ubicarlo en el mundo para que se dejara de pensar en cosas raras.

Antes de emprender la partida, estuvo a punto de escribir una carta, pero se negó a hacer nada que trasuntara lástima o piedad. Mejor era marcharse en silencio. Los motivos resultaban obvios. Si se quedaba en Colodra era para cuidar al viejo y repetir su vida, y tener hijos que a su vez repitieran la suya. La forma más módica de ganar la eternidad. Tampoco se despidió de Euclides el zapatero, pues consideró que los compañeros no necesitan despedidas.

Estévez abrigaba la esperanza de verlo regresar como al hijo pródigo. Quizá por ello había encargado el catalejo. Juan Carlos no regresaría en tren ni en automóvil. Lo vería trasponer el bosquecito de acacias y entrar a Colodra por el lado del puente viejo. Vendría con la mochila escuálida y el alma llena de desengaños. Bajando por el camino de la sierra. Un punto, nada más que un punto. El catalejo le permitiría reconocerlo, seguirlo paso a paso, observar su rostro y cada uno de sus movimientos. Cuando llegara al puente viejo, él abandonaría su refugio, ya no le importaría que lo descubriesen al salir de la

oficina clausurada. A los curiosos podría gritarles: “¡Mi hijo vuelve! ¡Ya sabía yo que volvería!” Lo esperaría en la puerta de su casa; no, mejor adentro; cuando el muchacho entrara en el patio él estaría regando los malvones y no demostraría la más mínima sorpresa. Lo saludaría como todos los días, sin dramatismo ni reproches. “Estaba seguro de que volverías. No salí a buscarte porque quería que aprendieras muchas cosas. Vendrás desengañado del mundo. Pero no importa, son experiencias que valen mucho para un hombre. Yo también tuve mis grandes desilusiones, pero la experiencia de cada uno solo sirve para cada uno. Las ambiciones matan, dicen por ahí, pero más bien enseñan, si se tiene el tino de reaccionar a tiempo. Bueno, ahora, como siempre. Nada ha pasado entre nosotros. Aquí tenés a tu padre, que más que padre es amigo”. El muchacho lo abrazaría y se pondría a llorar, sin decir nada, pues luego de aquel discurso no cabía pedir perdón.

Al día siguiente Valentín ya sabía dónde instalar su parque de diversiones. Frente a la plaza existía un predio baldío donde se proyectara levantar un cine. La gente se había olvidado del proyecto. Por su ubicación privilegiada, ni los gitanos ni los vagabundos jamás habían obtenido permiso para instalarse allí. A Valentín no le costó mucho convencer al comisario de que era preciso insuflar un poco de alegría a aquel pueblo que tenía fama de triste. Cuando entró al despacho lo halló lustrando el sable. Lo hacía él mismo porque no permitía que nadie pusiera las manos en sus armas. Lo recibió con cierto enfado, como si Salustio viniera a distraerlo de sus reflexiones acerca de los acontecimientos de la funeraria. Le contestó con un rotundo *no* pero después se dejó persuadir gracias a la retórica de Salustio y a los encantos crepusculares de la Sibila que le prometió hacerle el horóscopo desinteresadamente. El comisario no tomaba muy en serio los poderes sobrenaturales que se atribuía la Sibila, pero no dejó de preguntarse si no sería posible ver la cara del Barbudo en la bola de cristal. Antes de otorgar su beneplácito sometió a los peticionantes a un largo interrogatorio, tocando los más variados temas, desde el origen de ambos, experiencia, si no habían tenido *entradas* en la policía, qué personas de reconocida solvencia podían dar testimonio de ellos, qué pensaban de la situación política, adónde iban, de dónde venían y cuánto tiempo pensaban permanecer en Colodra, quiénes habían sido sus padres, si tenían hermanos, si poseían certificado de buena conducta, por qué se habían detenido allí, qué traían en su equipaje; les volvía a hacer las mismas preguntas pero de otra

manera, buscando con ello, más que descubrir indicios, impresionar al empresario y a su hembra. Cuando agotó el cuestionario, se puso de pie, apoyó los nudillos sobre el borde del escritorio y expresó estentóreamente:

—Les advierto que al otorgarles el permiso estoy haciendo una concesión muy especial. La población está conmovida por cierto suceso que se produjo hace unos días. La gente se halla muy sensibilizada y hay una especie de rechazo a todo lo forastero. Y con razón; aquí siempre se ha vivido en paz y en orden. Estamos a punto de atrapar al único que se atrevió a atacar salvajemente nuestro estilo de vida. No permitiremos que se repitan aquí los sucesos desgraciados que conmueven a otros lugares de este bendito país. Tenemos identificados a los enemigos, que por suerte son muy pocos, pero nos falta echarle la mano a alguien que se atrevió a mancillar el buen nombre de nuestros mejores ciudadanos. El pueblo está movilizado. Tengo el deber de advertírselo dado que no llegan a Colodra en tiempos normales...

—Oh; eso no nos inquieta. Nos preocupa como a cualquier hijo de vecino, pero no nos inquieta. Tenemos mucho mundo recorrido y en esta actividad uno no ganará dinero, pero, en cambio, desarrolla el don de adaptación.

—...Por ejemplo, hace unas semanas llegó un fulano disfrazado de profeta que, como no tiene público que lo escuche, le habla a los viejos que se pasan la tarde sentados en la plaza. Anuncia el fin del mundo e indica señales en el cielo que nadie ve. Muchos han venido a quejarse porque suponen que su presencia aquí es anuncio de una gran desgracia. No soy supersticioso ni puedo impedirle que hable. Para eso estamos en un país libre. Pero no me extrañaría que un buen día lo corrieran a pedradas. No podré evitarlo si así sucede. Carezco de personal suficiente para distraerlo en tareas menores. Tengo el deber de preservar el orden y pienso advertirle a ese individuo que su presencia no es grata. Aquí no pasaba nada, y de pronto ocurre de todo ¡Estoy desbordado! ¡Entienden?

—El Dios Verde es inofensivo. Un loco que dice estar inspirado. Lo hemos encontrado en otras partes.

—De cualquier manera, estoy dispuesto a perseguir a cualquiera que perturbe la paz pública en lo más mínimo.

La minerva funcionó a deshora para imprimir los volantes rosados que invitaban a los colodrenses a vivir nuevas experiencias. LA VIDA EMPIEZA EN EL MUNDO MÁGICO DE SALUSTIO. Valentín, experto en atraer a los niños, tuvo que ingeniárselas para atraer a los viejos. REVIVA LOS FELICES DÍAS DE LA INFANCIA. La Sibila, con su traje de sultana, los ojos y los labios pintados, la capa de lama y los brazos cargados de aros brillantes, parecía tan joven que era capaz de despertar la envidia de Diamela. ATRÉVASE A SUBIR A LA CALESITA. Lo que en lejanas épocas era diversión infantil se transformaba ahora en aventura. ¿ES USTED CAPAZ DE SUPERAR SUS INHIBICIONES? Bajo la dirección de Salustio y los cuidados de la Sibila, que estaba en todos los detalles, los empleados comenzaron a armar los galponcitos y la carpa celeste. Una ortofónica a cuerda pasaba media docena de vales vieneses, y marchas militares que estaban bastante de moda. Salustio poseía también un pasadiscos eléctrico, pero la ortofónica era lo que mejor se adaptaba a las circunstancias, dado que tenía el propósito de sumergir a los viejos de Colodra en un mar de gratos recuerdos. También pasó alguna polca y un chotis. EN CADA MOVIMIENTO DEL TOBOMÁGICO VERÁ UD. CÓMO SE LE CAEN DIEZ AÑOS DEL CUERPO. En una tarde y una mañana quedó todo armado. A la tarde del segundo día se hizo un repaso de pintura y esa misma noche se inauguró el parque de diversiones en aquel predio baldío, virgen desde la fundación de Colodra, pero que estaba destinado al espectáculo. ADIÓS A LOS AÑOS. AQUÍ NO HAY TIEMPO PARA TRISTEZAS. LO DESAFIAMOS A DIVERTIRSE.

Los primeros que se aventuraron fueron los parroquianos de La Celeste, que dejaron el billar, las cartas y el dominó para divertirse un poco, galantear a la Sibila y mortificar a los monos. Primero tiraron al blanco. Por una ventanita pasaban unos patos recortados en tabla, descoloridos y lentos. Los premios eran bailarinas y jugadores de fútbol de yeso pintado que nadie hubiese deseado llevarse a la casa. A quien acertara

tres blancos consecutivos se le prometía una botella de grapamiel. En tren de broma, uno de los tiradores apuntó hacia una bailarina y le sacó la cabeza:

—¡Gané! —gritaba—. Ahora venga el premio. Un pato. Un pato vivo. ¿Entienden? ¡Vivo! Si no les rompemos todo.

Salustio debió intervenir secundado por dos empleados. En vano trataba de persuadirlos, con la amenaza de llamar a la policía.

—¿Qué policía? Nosotros somos la autoridad soberana, y si quiere quedarse nos tiene que aguantar.

Salustio estaba dispuesto a golpear cuando apareció la Sibila, quien, haciendo uso de sus encantos, los invitó a pasar a la carpa para decirles la buenaventura. Después del discurso del comisario, Salustio prefería tener la fiesta en paz.

El que se divertía era Estévez, que miraba la escena con el catalejo. Era como si estuviera en medio de ellos. Invisible. No podía oír las voces, pero los gestos eran bastante elocuentes. Se acordaba de las historias del Hombre Invisible que leyera en su adolescencia. Hubiera querido ser invisible, estar en todas partes sin que se notara su presencia. Y lo más triste era la sensación de haberlo logrado en cierto modo. La Sibila le gustó. Pensó que no sería difícil acostarse con ella. Iria esa misma noche a consultarla para entablar relación. Últimamente se acostaba muy tarde para evitar la duermevela llena de excitaciones que terminaba en desvelo. Desde que Lucy había cerrado el prostíbulo, no tenía otra alternativa que la de aguardar que el marido de la limpiadora soez se ausentara a trabajar en las estancias y que la mujer se encontrara con el ánimo dispuesto. Diamela era cada día más inalcanzable. “En Colodra resulta casi imposible poder sacarse las ganas, y esa mujer regordeta y movediza me provoca”.

Garín y Améndola se habían quedado en el bar desierto, dueños del billar. Mientras el Zurdo hacía una carambola tras otra, Garín, apoyado en el taco un poco curvado, lo miraba con ojos bovinos. Sin soltar el taco se sentó en un taburete y dijo, como si en todo ese rato no hubiera pensado en otra cosa:

—El que me preocupa es Estévez.

—A mí también.

—¿Dónde se mete ese tipo? No es posible encontrarlo en ninguna parte.

—Se ha vuelto un poco raro. La jubilación le hizo mal.

—Debe estar entreverado con alguna hembra. La viuda de Carlanca anduvo atrás de él. Quiso convencerlo de que era una herejía que dos personas de bien como ellos terminaran viejos y solos.

—Ella, aun en vida de la finada Amelia, le arrastraba el ala a la vista de todos.

—Y después que se quedó viudo, le iba a hacer las tareas de la casa.

—Parece que se acuesta con la mujer de El Sombra.

—¿La limpiadora?

—La misma.

—¡Hay que tener estómago!

—La necesidad es la necesidad.

—Creo que deberíamos hacer algo. Es un amigo.

—¡Está raro, Estévez! Mientras no le dé por levantarse la tapa de los sesos.

—Eso mismo pensaba yo las otras noches.

—¿Qué te parece que debiéramos hacer?

—Seguirlo. Es por su bien. Si continúa ocultándose van a sospechar de él.

—¿Sospechar? ¿Por qué?

—Bueno, por lo de la funeraria.

—No creo que Estévez sea el Barbudo.

—Yo tampoco. No es capaz de hacer esas cosas. Pero el doctor Machado y el comisario están empeñados en que aparezca un culpable. No olvides que corren rumores de que el hijo de Estévez se marchó a la ciudad para pasarse a la sedición.

—Eso dicen.

—Debemos evitar que nuestro amigo haga disparates que lo perjudiquen.

—El sereno lo ha visto a deshoras andar por las calles como un delincuente.

—Tendrá sus programas.

—Pero entonces lo sabríamos nosotros. Esas cosas jamás se ocultan a los amigos.

Quiñones había entrado una noche en La Celeste lleno de vino. Cuando entraba el sereno se dejaba de jugar al billar y a las cartas porque a todos divertían sus invenciones.

—Mientras ustedes se intoxican con el tabaco —aquí no se puede respirar— y se corrompen con el juego, yo paso la noche en vela para evitar que los roben. Si de vez en cuando les falta alguna gallina, no se quejen; Quiñones no puede estar en todas partes al mismo tiempo ¿O creen que soy dios? Algún atrevido, que nunca llegue a encontrar yo, porque ahí nomás lo termino, anda rumoreando que las gallinas me las robo yo. Es una calumnia. Que me lo digan en la cara. Si no fuera por el loco Quiñones, nadie dormiría tranquilo en este pueblo. Ustedes creen que en Colodra no pasa nada, que las calles están desiertas, que de noche duermen hasta las lechuzas. Pero están equivocados. Si supieran lo que pasa en Colodra, no pegarían más un ojo. En la puta vida. Las calles están llenas de fantasmas. Yo los veo porque tengo los ojos muy acostumbrados a la oscuridad. Es cierto que a la luz veo muy poco, pero en la oscuridad veo cosas que ustedes no verían jamás. La otra noche tuvimos un mano a mano con el Tito Sagredo que vino a descansar un poco en su cama porque la tumba se le llueve y el reuma lo tiene loco. Lloraba porque los amigos ya no se acuerdan de él. Desde que le hicieron el homenaje y le llevaron aquella placa de bronce, los amigos no se reunieron más alrededor de su tumba. La placa la robó el Barbudo. La viuda va muy de vez en cuando, pero él a la mujer nunca la quiso, él quería a los amigos. Los días de lluvia viene a dormir en su cama, pero se queja porque la mujer tiene las nalgas tan frías que le hacen recordar el mármol. Yo le dije: “Tito, hacés mal en salir de la tumba y venir a acostarte en tu cama. Si tu mujer se llegara a despertar y te viera allí acostado, se moriría

de susto. Entonces serías un muerto viudo, y a los muertos viudos nadie los respeta”. Me dijo que tendría razón, pero que como nadie rezaba por él, Dios lo había olvidado. Yo le dije que no se preocupara, que yo iba a rezar por él por lo menos una vez por semana. Me prometió que esa era la última vez que se acostaba en su cama y que no tocaría a su mujer, sino que se quedaría quietito hasta que cantara el gallo. También me encontré con el Tuerto Campisteguy, ¿y saben cómo lo vi? ¿A que no saben? Lo vi trepado al balcón de la casa de una personalidad honorable de Colodra a quien no he de nombrar ni aunque me ahorquen. Se acordarán ustedes que la mujer del Tuerto era muy de su casa. Pues ese señor que no voy a nombrar iba a su casa siempre que el Tuerto estaba ausente. Apenas lo veo, le pregunto: “¿Adónde vas, Tuerto?” “A matar a fulano” “¿Y por qué lo querés matar?” “Porque me puso cuernos”. Tenía un cuchillo muy largo que brillaba a la luz de la luna. Yo le di unos tironcitos de la mortaja y le aconsejé: “Bajá, Tuerto, bajá, que ya no es momento de hacerlo. No cargues tu pobre alma con nuevos pecados. A lo mejor lo que vos creés no fue cierto”. “¿Me vas a decir a mí? Antes de morirse, ella se confesó. Yo la oí porque me encontraba cerca. Estaba tan arrepentida que ahora se halla en el cielo”. “Y bueno, si te portás bien, vos también podrás ir al cielo”. “¿Estás loco, Quiñones? ¿Creés que tengo ganas de pasarme la eternidad con Adela?” Palabra va, palabra viene, pude convencerlo de que no debía incurrir en violación de domicilio. Otra vez me encontré con Adriana Llorente. ¿Se acuerdan de Adriana Llorente? Aquella muchacha que estaba enamorada del Capitán, el novio de Diamela. El Capitán le había prometido que se casarían en junio, no recuerdo de qué año, pero sí que era en junio. Adriana tenía todo pronto. El verano lo pasó bordando sábanas y manteles. Y habían alquilado una casita a la entrada del pueblo. Pero el Capitán no apareció para la boda. Ya estaban los invitados en el juzgado, y la iglesia adornada porque se casaban ante el cura esa misma tarde, y el vino enfriándose en el aljibe, y los cerdos y los pollos, asados, y las tortas prontas, pero el novio no apareció. Después supieron que al

mediodía se había emborrachado y que cuando se despertó de la tranca estaba acostado junto a la mujer con la que después se casó. Dicen que la tal mujer es medio bruja y que por eso se apoderó del corazón del Capitán. ¡Vaya uno a saber! Lo cierto es que la pobre Adriana enfermó, no habló más y se acostó a esperar la muerte. Me acuerdo cómo comimos esa noche. La madre de la novia no perdió la oportunidad de hacer obra de caridad y llamó a los pobres del pueblo para que se llenaran el buche con los manjares de la boda fracasada. El que estuvo mal fue el padre, porque cortó con un cuchillo la sogá que sostenía el canasto con la bebida y dijo: “Allá abajo está el vino enfriándose”. Tuvimos que lamentar la muerte del flaco Filiberto que a los tres días, después que desagotaron el aljibe, apareció abrazado a la damajuana de clarete. Un síncope. No estaba acostumbrado a comer tanto. El frío lo mató. O la emoción. Más bien creo que fue la emoción. A veces me encuentro con Filiberto, nos sentamos en un banco de la plaza y hablamos de aquellos tiempos. A Adriana la vi sentada junto al portón de la quinta de los Arias. Recordarán que era muy amiga de Diamela. Hay quienes sostienen que la relación del Capitán con Diamela empezó en aquellos tiempos, otros, que se dan de entendidos en los asuntos del alma, afirman que el Capitán ve en Diamela algo que le recuerda a Adriana y que de algún modo trata de lavar sus culpas. Cuando el Capitán se muera y me lo encuentre en una esquina le preguntaré, por curiosidad nomás, porque a mí no me gusta meterme en vidas ajenas. Algunos opinan que Diamela le da largas al asunto para mortificarlo y que lo que él busca es precisamente esa mortificación. ¡Quién sabe! Bueno, todo esto lo digo para que no piensen que aquí no pasa nada. Este país es así. Esperando la comida, casi todo el mundo duerme la siesta del burro, mientras el mundo arde alrededor. La calle está llena de fantasmas. Salgan todas las noches, pasen las horas al sereno hasta que se les aclare la vista. Verán cómo lo que digo es cierto. Hace poco sentí ruido de cascos (también hay que afinar el oído) y me veo nada menos que a Bernal Ortega montado a caballo. No parecía un muerto. Filiberto, Campisteguy, Adriana, tenían

el color de la muerte. El general no. Me expresó que estaba muy disgustado por lo que sucedía, y que cada vez que lo nombraban en un discurso le daba un sobresalto. Al fin decidió levantarse para hacer de nuevo la revolución, pero ahora no sería tan clemente como había sido en vida porque se daba cuenta de que eso no servía para un cuerno. Si en aquel entonces hubiera cortado más de un pescuezo las cosas no andarían tan jodidas. “Solo los cretinos invocan la paz a la hora de armarse hasta los dientes. Y yo les hice caso”. Les juro que lo vi y oí. Y ahora voy a ver muchas cosas interesantes porque el doctor Machado ofreció pagarme cien pesos más a la semana si me doy una vueltita por el campo santo y le vigilo un poco el panteón de los Machado y también el de los Cueva. Tiene miedo de que el Barbudo no se conforme con el daño hecho a los álbumes de firmas y que cometa depredaciones contra los sepulcros. Muchas buenas señoras han manifestado la misma intención. Ahora soy sereno de los vivos y los muertos.

—Decime, Quiñones, ¿no ves nada más que fantasmas? ¿No podés contarnos nada de los vivos?

—A decir verdad los únicos vivos que encuentro son ustedes, después que cierran el boliche. Y a quien suelo ver a deshoras es a Estévez. Pero ese tipo nació fantasma y se debe estar ensayando. Nunca pude saber a dónde va. Bueno, no me importó mucho averiguarlo.

—Y sin embargo es tu obligación. ¿Para qué sos sereno?

—Eso no me obliga a meterme en los asuntos privados de la gente. Por ahora trato de que los fantasmas no se les introduzcan en las casas y les perturben el sueño. Ladrones ya casi no hay en Colodra. El Barbudo se lo dejó al comisario pues es un asunto demasiado delicado para mí. Y si veo a un honrado ciudadano a altas horas de la noche transitando por las calles, no puedo decirle nada, porque nada se lo prohíbe, siempre que respete la vida ajena y la propiedad. Así que no pidan de Quiñones lo que Quiñones no puede dar. Vamos a ver. Suponiendo que sorprendiera a ese señor o a cualquier otro saliendo o entrando en la casa de cierta dama respetable, ¿creen

ustedes que lo contaría? No, por nada lo contaría. En primer lugar, porque no soy chismoso, y, en segundo lugar, porque soy insobornable. Bien saben ustedes que me gana la vida con lo que cada uno me da según su condición. Muchos no me dan nada, pero los trato igual que a cualquier vecino. Y lo que gana al mes me alcanza para el vino y la comida. Y no pido más. Pero recuerden que si no fuera por Quiñones tendrían las casas llenas de fantasmas.

Tic. Toc. Carambola. Mientras Améndola demostraba su destreza, Garín insistía en la necesidad de hacer algo por el amigo. Se propusieron seguirle los pasos. Sin dar cuenta a nadie, se turnarían hasta descubrir el misterio de Estévez.

El Padre Jaime le sirvió al Dios Verde un vaso de vino blanco. Sonrió con indulgencia y después que su invitado bebió un sorbo, le dijo:

—Hace un par de siglos te hubiese mandado a la hoguera.

Cuando Estévez los vio esa tarde entrar por la puerta lateral de la parroquia, no pudo dar crédito a sus ojos. Le habían dicho que el Dios Verde anduvo en otras oportunidades muy cerca de Colodra, pero sin atreverse a entrar porque el cura se ocupaba de que alguien le saliera al encuentro para advertirle que siguiera de largo porque los feligreses estaban dispuestos a echar mano a la violencia con tal de prohibir la entrada a los herejes. Eso se decía. El cura apoyaba suavemente su mano sobre el hombro del Dios Verde, sus gestos eran afables y el oculto observador llegó a advertir cierto entusiasmo en su rostro, como si al cabo de los años hubiera llegado a la conclusión de que aquel era un profeta, o un apóstol, o el mismo Cristo. (Últimamente sucedían en Colodra cosas extrañas). A lo mejor el cura lo hacía pasar con zalamerías para decapitarlo frente al altar mayor.

Los comentarios de Estévez, que se guardó muy bien de confesar desde dónde los había espiado, llegaron a oídos de Quiñones que inventó una historia en la que el padre Jaime decapitaba efectivamente al Dios Verde. La cabeza del falso profeta rodó un trecho y, al detenerse, comenzó a proferir gritos de arrepentimiento. Entonces el cura la agarró por los cabellos y corrió a unirla al cuerpo. Pero no pudo.

—Lo vi con mis propios ojos —aseguraba Quiñones.

—¿Vos, que nunca entraste en la iglesia? —observó alguien.

—Sí, pero esa vez entré como si una fuerza superior me llevara de la mano. Un milagro no se ve todos los días. El padre Jaime les pedía desesperadamente a los santos que lo ayudaran. Ninguno lo escuchó. Ninguno, con excepción de San Jorge. Ustedes saben que a San Jorge lo han borrado del santoral. El cura había decidido bajarlo del altar, apalabrando a cuatro palurdos para que lo ayudaran, y poner en su lugar a Santa Margarita. Pero los cuatro estaban siempre borrachos, si no los cuatro, por lo menos dos, y la mudanza se postergaba porque el padre Jaime no quería ver las imágenes hechas pedazos. Mientras esperaba el momento oportuno, había tapado a San Jorge con un paño violeta para que nadie más lo viera. El santo corrió el paño con la espada, se bajó del caballo, y le dijo al cura que tuviera paciencia. La cabeza había callado. Estaba blanca, sin sangre. San Jorge la pegó al cuerpo que entre los dos acostaron sobre un banco. Después conversaron un rato en voz baja, sin que yo pudiera oír qué decían. Antes de que el Dios Verde se recordara, San Jorge volvió a subir al caballo, se acomodó el casco y, levantando la espada, siguió ocupándose del dragón. Si le preguntan al padre Jaime, lo más seguro es que no les diga nada de lo ocurrido. Parece que el asunto quedó entre ellos.

—Me han contado que bautizas en nombre del Señor —dijo el cura con aire preocupado.

—Así es. Y predico su palabra.

—¿Y alguien te escucha? A mí ya no me hacen caso. Algunas viejas vienen a charlar con las imágenes, y a limpiar la iglesia desde que se fue el sacristán. Pero los asuntos del alma los arreglan directamente con Dios. Me aceptan como parte del edificio. Por supuesto que cuando alguien está con un pie en el otro mundo me mandan llamar, ¡pero hace tanto tiempo que aquí no se muere nadie! Y como no hay niños que bautizar, ni muchachos que tomen la comunión, tengo la impresión de estar de más. Me faltan fuerzas para irme de Colodra. Mis sobrinos me

escriben pidiéndome que me vaya a vivir con ellos. Los jueves voy a la estación a buscar mi correspondencia. Hurgo en las sacas hasta que encuentro algo. Las cartas dicen siempre lo mismo: “Querido tío: esperamos que te decidas de una buena vez a vivir con alguno de nosotros. Podrás estar un poco con éste, otro poco con el otro”. Prefiero arreglármelas solo con la ayuda de Dios, antes que ser carga para nadie. Lo que haces tú me parece más justo. No puedo estar de acuerdo contigo, por principios, pero creo que vivir así es mucho más inteligente.

—No se trata de inteligencia, usted bien lo sabe.

—Por supuesto que no, pero comprenderás que no quiero trenzarme contigo en una discusión que no sabemos adónde nos conduciría.

—Como usted guste.

—¿Qué te trajo a Colodra?

—Un camino, y el antojo de conocer al padre Jaime que me amenazó tantas veces.

—Siento mucho haber tenido contigo una actitud tan poco cristiana, pero a veces es necesario (eso creía yo al menos) encender un poco los ánimos para evitar que se enfríe la fe. Por eso debo estarte agradecido.

—No tiene usted nada que agradecerme. Además su hospitalidad me resulta grata.

—No debemos mentirnos, ¿verdad? Estás aquí porque me picaba la curiosidad de conocerte. Ya es tarde cuando uno se da cuenta que conoce a la gente por el forro; la cáscara nomás. Y uno mismo, ¿puede conocerse uno mismo? De pronto te encuentras frente a un espejo y te parece que del otro lado hay un extraño. Y eso te pasa cuando te sientes solo. Sin que yo lo notara, la iglesia se fue quedando desierta y un día me pongo a pensar que fue por mi culpa. No hacemos otra cosa que aburrir a la gente. Si el señor nos cierra su puerta en las narices, bien merecido lo tenemos. ¿A ti no te ocurre eso de sentirte solo, desamparado y seco?

—Alguna vez lo he sentido. Por eso es mejor vivir al aire libre, dormir bajo los árboles y bañarse en los arroyos. Uno vive más cerca de Dios.

—No lo dudo. Si no me faltaran las fuerzas, empezaría de nuevo. Es malo esto de vivir encerrado. Uno mismo se va cerrando de a poquitos, y cuando descubre que está completamente tapiado, se da cuenta que echó a Dios y dejó al diablo adentro. Colodra ha sido para mí un verdadero castigo. Lo peor es que los jóvenes se han marchado a la ciudad, a sepultarse para siempre en oficinas o a que los maten en la calle. Ya nos mataron a dos. Porque protestaban contra un mundo egoísta y cruel. ¿Y tú piensas que a la gente de aquí le ha importado algo? En lo más mínimo. Se encogen de hombros y se limitan a decir: “Se la buscaron”, y todavía se muestran aliviados por haberse librado de los revoltosos. De quedarse aquí —piensan— ¡quién sabe las que hubieran hecho! Los padres y los abuelos se ocultan para llorar su rabia. Los vecinos no los saludan, como si ellos tuvieran la culpa. El único que se atreve a defender públicamente a los mártires es el zapatero Euclides. Pero se evita tener trato con él. Cuando le llevan los zapatos rotos, se los tiran en el mostrador y le hablan lo estrictamente necesario. Los que pueden hacerlo, van a la ciudad a comprárselos nuevos, con tal de no entrar en el taller de Euclides. Este pueblo es un verdadero infierno. Todo está reseco y apollado. Dios lo abandonó.

—No hay que preocuparse demasiado. El mundo se encamina hacia su fin; hay señales de sobra. La gente vive en gran confusión. Creen a las brujas y a los augures. Ahí tienes a tus feligreses: se pelean por llegar primero para que una Sibila pintarrajeada les lea el porvenir. Y todavía pagan por ello. A mí, que predico la palabra del Señor, nadie me escucha. Y hasta más de uno creyó que me había contratado ese Salustio para animar la fiesta.

—Bebamos otro vaso de vino. Esta pobre gente ya no tiene salvación.

Salustio debió entrar más de una vez en el laberinto de los espejos para rescatar a algunas señoras que, al cabo de andar de aquí para allá, no lograban descubrir la salida y lloraban y gritaban desconsoladas, temerosas de que tendrían que quedarse para siempre entre aquella multitud que no era sino su propia imagen repetida al infinito. Penetraban de a uno. Después que salían entraba un empleado a frotar los espejos con una franela para borrar las huellas de las manos.

En la calesita andaba solamente el hijo del jardinero de Diamela, el muchacho sordomudo, a quien su ama le había regalado una cantidad extra de monedas para que se divirtiera y no se olvidara de ser niño, pues no quería que se transformara en un hombre brutal y desenfrenado. El sordomudo había comprado una libretita de boletos y a cada nueva vuelta cambiaba de caballo. Rara vez subían también los borrachos que gritaban sandeces y les arrancaban a los caballitos sus arreos de seda.

El tobomágico atraía a los más audaces y a quienes deseaban demostrar públicamente que no se dejarían vencer por los achaques de la edad. Se deslizaban por el tobogán y, antes de llegar al final, una mano accionaba la palanca y la plataforma se inclinaba en sentido opuesto, de modo que ahora se deslizaban con la cabeza hacia abajo, y, al llegar al extremo, nuevo movimiento de palanca. Las mujeres se desesperaban queriendo evitar que las faldas se subieran a la cintura al caer hacia atrás. Quienes se divertían eran los mirones. Salustio estaba orgulloso con su invento.

La reapertura de la empresa de pompas fúnebres hizo que la Sibila cosechara mejores frutos que los esperados. Apenas comenzaba a funcionar el gramófono, se formaba una larga cola frente a la carpa celeste. El medio de adivinación más accesible eran las cartas con extrañas figuras, mientras la tarifa de la bola de cristal era más elevada. La Sibila la sacaba del cajoncito acolchado sólo cuando tenía la certeza de que el cliente era persona seria. Temía que a algún guarango se le ocurriera hacerla rodar y se la estrellara contra el piso. Ya no se conseguían bolas de cristal por ningún precio.

Cuando le tocó el turno a Estévez, se quedó pasmado ante aquella mujer que, entre reflejos sugestivos y aromas de sahumero, parecía mucho más linda de lo que le había parecido cuando la miró con el catalejo.

—Usted sufre una gran pena y no encuentra solución a sus problemas —le dijo la Sibila con tono grave después de colocar la pesada bola en el centro de la mesa. No necesitaba artes adivinatorias; se le veía en la cara.

Estévez le agarró las manos y le dijo con voz emocionada:

—Tiene que ayudarme. Me siento desolado.

Con el pretexto de buscar algo, la Sibila retiró sus manos carnosas y tibias. Tomó un paño de terciopelo rojo y cubrió la esfera que reflejaba la luz mortecina. Los monos estaban quietos en un rincón chupando caramelos.

—¿Por qué la cubre?

—Los espíritus deben madurar allí dentro. Hay que incubar el huevo del Destino. Cuando usted entró, entraron también otros seres, invisibles, muy sutiles, que se hundieron en la esfera. Ahora son nuestros prisioneros. Pero no debemos perturbarlos. Concéntrese, por favor, concéntrese. Cierre los ojos y déjese llevar por las aguas celestes de Eridano hasta desembocar en el Gran Ojo que todo lo vislumbra.

Estévez cerró los ojos. Pensó en Juan Carlos. Lo vio bajando el camino de la sierra. Pensó en Diamela. Quiso ahuyentar de su mente la imagen de la limpiadora, pero no fue posible. Abría ante él las piernas gordas y varicosas, le mostraba impudicamente el sexo. Llamó interiormente a Diamela. Pero

Diamela le negaba la belleza de su rostro, su fina mano enguantada, la mirada y la voz.

—Usted espera algo, ¿no es cierto?

—Sí, espero a mi hijo.

La Sibila quitó el paño de encima de la bola y entrecerró los párpados como para descubrir una imagen determinada entre la confusión de espíritus que se agitaban dentro de la bola.

—¿Volverá? Dígame que volverá.

—Sí, volverá muy pronto.

—No quiero morir sin antes verlo.

—Usted es joven aún. ¿Por qué teme a la muerte?

—Es un presentimiento.

—Déjese de presentimientos. Aquí no veo su muerte. En este pueblo, todos tienen la misma obsesión.

—Lo que sucede es que reabrieron la funeraria después de algunos años de clausura. Nadie quiere ser el primero.

—Pero no piense en la muerte. Usted no desarrolla sus dotes naturales, se encierra en sí mismo y cavila y cavila. Tiene que recuperar la confianza. Ante usted se abren dos caminos. Elija el de la felicidad. ¿Se da cuenta? Tiene el privilegio de poder elegir todavía.

—Lo que me importa, lo único que verdaderamente me importa, es saber si regresará mi hijo.

—Ya le he dicho que regresará muy pronto.

—Pero ¿cuándo? ¡Dígame cuándo!

—Lo invito a que vuelva a consultarme. Comprenderá usted que el atender a tanta gente me fatiga muchísimo. No puedo dedicar tanto tiempo a un solo cliente. Afuera hay muchos esperando. Son cuatrocientos pesos. Y quédese tranquilo que su hijo volverá. ¿De qué signo es?

—De Tauro.

—¡Ah!, es de los que triunfan en la vida.

Cuando Estévez abandonó la tienda no pudo soportar las miradas de los que esperaban ansiosos por saber algo acerca de los plazos de vencimientos de sus vidas. Hubiese preferido no

ver a nadie, o mejor, que nadie lo viera a él. El hombre invisible. Las risas y los gritos de los que martirizaban sus propios cuerpos en el tobomágico y el sonido chillón de la ortofónica parecían venir del otro mundo. Anheló la soledad de su refugio. Vio a Garín probando la puntería con el tiro al pichón. Siguió de largo; pero al rato sintió la presión de los dedos de su amigo que lo agarraba del brazo.

—Che, Estévez, ya es hora de que te dejes de macanas. Tus amigos estamos ofendidos.

—Es que uno tiene sus problemas.

—¿Y para que están los amigos?

—No quiero afligir a nadie.

—No jodas. Ya no sos el de antes.

—¡Qué querés que le haga!

—Es por tu hijo, ¿no es cierto? Comprendo que estés preocupado. Las cosas andan mal en la Capital. Detenciones en masa. Muertes y más muertes. Pero vos no tenés que pensar que el muchacho está metido en esos líos.

—Cualquier día de estos me lo mandan en un cajón.

Siguieron caminando en silencio. Estévez simuló un malestar pasajero para no entrar en La Celeste. Mejor hubiera sido gastarse los cuatrocientos pesos en grapa.

Cuando Améndola y Garín descubrieron que Estévez se ocultaba en la vieja oficina de correos, trazaron un plan para sorprenderlo en el interior. No podían imaginar qué hacía Estévez allí dentro.

—Tendrá algo escondido. Un tesoro, por ejemplo —decía el Zurdo—, o una mujer. No, una mujer no debe ser, aunque no debemos descartar ninguna posibilidad. Debe ser algo importante. Lo que me fastidia es que tenga secretos para con nosotros. Uno no termina de conocer a la gente. ¡Quién te iba a decir que nuestro amigo Estévez iba a andar sacándonos el cuerpo! Entre nosotros no se admiten esas actitudes.

—Tenés razón. Los amigos son amigos.

—Parece que no nos tuviera confianza. Eso es lo que más me duele.

—También a mí. ¡Pensar todo lo que hicimos por él!

—Mirá, Garín, te propongo que entremos por los fondos de la oficina y lo esperemos. Por la Tienda del Vasco se puede saltar fácilmente el muro. El Vasco es un tipo reservado. No va a irle con cuentos. Pero nadie más tiene que saberlo. Quién sabe cuánto tendremos que esperar. Llevamos salame, pan, y una damajuana de vino.

—¿Sabés en lo que pienso? Que si sigue así se volverá loco. Por eso creo que debemos actuar sin demora. Haremos que Estévez vuelva a ser el de siempre. Es por su bien.

A la hora de la siesta, Estévez cruzó la plaza desierta, miró hacia el Parque de Diversiones de Salustio y leyó el cartelito que invitaba a consultar a la Sibila. No valía la pena insistir. Era demasiado astuta como para intentar una aventura con ella. Se sentó un rato junto a la fuente de los angelitos, y cuando estuvo seguro de que nadie lo observaba, se dirigió a la oficina. Se acostó en el viejo sofá y, luego de un rato de dejar vagar el pensamiento, se quedó dormido. Garín y Améndola se pararon junto a él y se intercambiaron muecas. No cabía suponer que iba a la oficina nada más que a dormir. Volvieron a ocultarse en el pequeño despacho contiguo y continuaron bebiendo. Garín tenía ganas de fumar pero el Zurdo no lo dejó.

Cuando Estévez se despertó ya había empezado a sonar la ortofónica de Salustio a quien las cosas le rodaban mejor de lo esperado. El sordomudo tuvo que compartir la calesita con los hijos de los peones. Las cajas de proyectiles se vaciaban rápidamente. La ruleta comenzó a funcionar después de las dilatorias de rigor que sufriera el expediente en la comisaría.

Hacía calor. Estévez se sacó los zapatos y fue al retrete para refrescarse la cara en el chorro de la canilla. Garín y Améndola también andaban descalzos para no hacer ruido. Lentamente subió la escalera que conducía al mirador.

Los amigos no tenían apremio. Tomaron los zapatos de Estévez y los cambiaron de sitio. Como no podían subir al mirador sin ser vistos, decidieron esperar hasta que Estévez bajase. A Garín se le ocurrió abrir las canillas de la cocina y el

retrete, darle cuerda al reloj y cambiar de lugar algunos objetos. Améndola se encargó de preparar el efecto final. Se envolverían en una pesada cortina para surgir de atrás del sillón del escritorio cuando Estévez viniera a ponerse los zapatos.

Estévez enfiló el catalejo a la quinta de los Arias. Era día de visita y el Capitán llegaría a las cinco montado en su caballo. Diamela se había puesto un vestido de verano que dejaba sus brazos al descubierto. Se asomó a la ventana de su alcoba y se quedó inmóvil un buen rato con la mirada perdida. Estévez la veía de frente. Parecía que la mujer tenía los ojos clavados en el mirador. Pensó que podía hacerle señas o pegar un corazón de papel contra los vidrios. Dejó un instante el catalejo, y la imagen de Diamela se volvió tan pequeñita que Estévez se convenció de que difícilmente podría ella recibir su mensaje.

El Capitán fue puntual. Fermina corrió a abrirle el portón y el jinete entró al trote por el ancho sendero bordeado de agapantos. Se apeó. Diamela se hizo esperar unos minutos demorándose ante el espejo. La habitación quedó vacía. Estévez siguió observando lo poco que podía distinguir de su interior en penumbras. Diamela apareció en el portal con un abanico en la mano. El Capitán le besó una mejilla. Después se perdieron ambos por el camino que conducía al estanque.

Estévez miraba ahora la sierra que a través del aire cargado de humedad se veía más azul que nunca. Por el camino bajaban gentes endomingadas rumbo al mundo mágico de Salustio. Volvió a recorrer el pueblo, entró en casa de algunos vecinos, pero no vio nada interesante. Viejas que tejían. Viejos que no hacían nada. Gatos, perros, pájaros enjaulados. Macetas con claveles, con geranios. Tunas, filodendros, violetas de los alpes.

Observó las caras de quienes salían de la tienda de la Sibila, que le diría a cada uno que le quedaban muchos años de vida. (Pero la casa Barlocco & Pena había abierto sus puertas).

El sol traspuso las colinas. Todo se volvió dorado, después púrpura. Los cristales de colores del mirador se iluminaron como si se hubiese encendido en su interior una llama

delgadísima. Estévez dejó el catalejo en el suelo para fumar un cigarrillo. Los atardeceres lo llenaban de tristeza. Ya no se veía el camino de la sierra.

Lentamente bajó la escalera. Sintió como una extraña presencia, como si algo se hubiese movido en el interior de la oficina. La música de la ortofónica llegaba muy débil. Cuando fue a ponerse los zapatos no los halló debajo del sofá. Anduvo a los tanteos hasta que los encontró en medio de la sala. Estaba seguro de que los había dejado debajo del sofá. La luz de la calle, que penetraba por los resquicios de las celosías, se quedaba en el yeso de las molduras del techo, en el rostro indiferente del Mercurio, en los papeles amontonados en los estantes. Abajo, todo estaba en tinieblas.

La canilla del retrete goteaba con persistencia. Fue a cerrararla. Ahora era la canilla de la cocina la que goteaba. Cuando estaba en la cocina oyó de nuevo el gotear de la canilla del retrete.

—¿Qué pasa aquí? ¡Carajo! —gritó, para ahuyentar aquel viejo miedo que despertaba otra vez.

Las canillas se abrían cada vez más. Cerraba una y chorreaba la otra. Estévez no creía en fantasmas. Tampoco trató de explicarse por qué ocurría aquello. Decidió abandonar la oficina. Ya no importaba si alguien lo veía salir de su refugio. Se dirigió a la puerta. Fue entonces que, al pasar junto al escritorio, se elevó, sin hacer el menor ruido, una forma monstruosa que se abalanzó sobre él. Sintió como una bola de hielo en el estómago. Una bola de hielo que al subir le paralizó el corazón y le cerró la garganta.

Diamela se sentó frente al espejo, se frotó suavemente las ojeras con la yema de los meñiques y después, mientras pensaba en el capitán que vendría esa tarde a visitarla, se soltó la cabellera gris que cubrió los hombros jóvenes aún. Él siempre se los quería besar, y cada vez que lo intentaba, la mano de Diamela se lo impedía. Esa tarde no iba a tener fuerzas para negarle nada. Últimamente el Capitán se había mostrado un tanto impaciente, casi sin fuerzas para dominar los impetus. “Es que la muerte ha regresado a Colodra –decía Fermina– y quienes abrigan un deseo temen abandonar este mundo antes de haberlo satisfecho”. La última vez que la visitó se había quedado enardecido y furioso. Montó, y salió al galope en dirección al bajo. Después se supo que se apeó en el ex prostíbulo y llamó a la puerta. Pero Lucy no le quiso abrir. Le dijo, hablándole desde atrás de las celosías, que esas no eran maneras de caballero, que si venía a encamarse andaba errado pues se había retirado del oficio, y que desde que ejercía honestamente la quiromancia se ajustaba a un horario muy estricto, el que figuraba en el cartoncito clavado a la puerta; que la casa era seria, siempre había sido seria, y por algo todo el mundo la respetaba en el pueblo, y que por culpa de un viejo verde alzado no iba a echar a perder su bien ganada reputación, y que se fuera de una vez, y si quería volver en horas de consulta para que le leyera las manos sería bien recibido, pero que no se le ocurriera que podría acostarse con ella, no porque ya no fuera capaz de complacer a los varones, sino porque ya no se dedicaba al comercio de la carne, sino al del alma, y que su cama ya no era cama de placer, sino de sueño y

meditación, y cada noche, antes de acostarse, la salpicaba con agua bendita de la que el padre Jaime le regalaba todas las semanas un frasquito. Mientras hablaba, crecía la furia del Capitán que, antes de retirarse, arrancó el cartoncito y le dio una patada a la puerta. No faltó el malicioso que imaginó y publicó que esa noche el Capitán se había amancebado con una yegua. Y el sereno, que siempre inventaba historias, aseguraba que lo había sorprendido cuando se masturbaba a la entrada del corralón. En La Celeste los parroquianos reían y repetían las distintas versiones, pero casi nadie creía en ellas porque estaban convencidos de que el Capitán era varón cabal, de los de antes, que, cuando alguien aludía a su interminable noviazgo con Diamela expresaba: “La castidad no es asunto de maricas”.

A las cuatro, Diamela se perfumó. Fermina, que en su mocedad había aprendido todos los recursos para seducir a los hombres, le aconsejó que se perfumara con tiempo, porque el perfume debe mezclarse con el olor de la piel de modo que no produzca la sensación de lo artificial ni predomine por completo sobre las exudaciones naturales. “Si te perfumas el cabello, hazlo de modo que tu amante sienta olor a cabello más que a perfume. El perfume debe destacar los olores del cuerpo en lugar de ahogarlos. No uses demasiado desodorante. Un leve olor a axila excita más que la lavanda. El cuerpo tiene su química. En mis tiempos no había tantos afeites para neutralizar los humores del cuerpo, y puedo asegurarte que los hombres enloquecían cuando los talcos y las colonias se disolvían en sudor”.

El Capitán suponía que Diamela no se entregaba a él porque temería que Adriana se lo reprochase en el otro mundo. No era por orgullo ni por recato. Por miedo, simplemente por miedo. En aquel pueblo maldito cada cual tenía su miedo particular y todo se regía por un tremendo miedo colectivo. Y él, ¿a qué le tenía miedo? A un dolor persistente en medio del pecho, como la presión de un dedo poderoso que lo empujaba hacia atrás.

Lo cierto es que la presencia de la muerte en Colodra hizo que Diamela se apiadara de su prometido, que le había jurado que no se iba a acostar *con otra mujer que no fuera ella*. Aunque el sentido de la frase era intrincado, Diamela entendió lo que había querido decirle el Capitán por lo que leyó en sus ojos.

Fueron juntos al sepelio de Estévez. El pueblo entero asistió. Mientras caminaban en silencio, un silencio del que se habían olvidado, Diamela recordó al hombre triste que la miraba embozado cuando iba a buscar las cartas de su primo. Pobre hombre. Había muerto de susto. Y el susto que mató a Estévez fue tan grande, que se asustó todo Colodra.

A Diamela le dio por pensar que aquel entierro podía ser el del Capitán. Se imaginó al Capitán dentro del féretro y el remordimiento que hubiera sentido ella por haberlo hecho sufrir tanto. Claro que morir de susto era peor que morir de sufrimiento.

Cuando en el carrillón de la sala dieron las cinco, sonó la campanita del portón y se oyeron los cascos del caballo, sorprendentemente, sobre la grava del sendero. Diamela bajó, como siempre, serena y distante. El capitán le besó la mejilla. Pasearon, como siempre, por los caminos umbríos bajo las copas de los árboles añosos. A la hora del ángelus el Capitán se dispuso a partir. Diamela tiraba piedritas al estanque. Se quedó quieta, mirando cómo se deshacían los reflejos.

—No se vaya, Capitán. Quiero que se quede conmigo esta noche. Nunca oyó cantar las ranas de este estanque. Tienen un canto distinto a las demás ranas. Parecen pájaros.

El Capitán sintió que el dedo que lo empujaba se le hundía en el esternón.

—Como usted quiera, Diamela.

—Pues quédese a mi lado. Cuando oiga el canto de las ranas ya no podrá abandonar la quinta.

La humedad de la noche tormentosa liberó todos los aromas. Los cuerpos se volvieron jóvenes.

Era casi la hora del alba cuando el portón de la vieja quinta se cerró tras el capitán, que esa noche se olvidó de las

palabras. Estaba cansado pero notaba que el dedo ya no lo empujaba. El dolor había desaparecido; aunque ahora no le importaba tener que dejar el mundo en cualquier momento. Diamela no durmió. Cuando subió a su cuarto, el temporal se abatía ya sobre Colodra, desgajaba los árboles y golpeaba con furia los postigos. Rezó porque el Capitán llegara sano y salvo, le pidió disculpas a Adriana y, cuando la luz del día gris penetró en la casa, sus ojos cansados relevaron algunas cartas de Marcos.

—Algún día nos tenía que tocar a nosotros —dijo con resignación el padre Jaime.

El Dios Verde lo ayudaba en la tarea de recoger los trozos esparcidos sobre el pavimento del crucero. Una corona de metal dorado, un pie del Niño Jesús, la cola del perro de San Bernardo, el libro de un apóstol. El Dios Verde había predicado siempre contra el paganismo de las imágenes, pero no era momento de afligir aun más al cura que no podía conformarse de que el tornado le hubiese arrancado parte del techo de la Iglesia.

Para el Dios Verde aquel era un argumento de peso. El Señor manifestaba su cólera contra los idólatras. Guardó silencio y siguió barriendo los fragmentos de vidrio y estuco.

—Algún día tenía que ser. Fíjate que la tromba cruzó el pueblo en diagonal. Levantó muchos techos, derribó paredes, pero afortunadamente no hay que lamentar desgracias personales. Algunos heridos. Al Capitán lo sorprendió cruzando el puente viejo. Le mató el caballo. Él cayó al agua y casi se ahoga. Se rompió una pierna. Creyó que se moría y me mandó llamar para confesarse. Ahí tienes; un hombre que jamás pisó la iglesia. De todas partes me reclaman. Si no sobrevienen calamidades nadie se acuerda de los santos. Pero yo no puedo estar en todas partes.

—La gente no quiere creer que se está a un paso de los últimos tiempos. Señales hay de sobra. Hace diez años no existían los tornados en este país.

—Es cierto. Pero la gente, como dices tú, se ha vuelto sorda y ciega. Van a consultar a la Sibila para que les adivine el futuro. Pero a la pobre Sibila se le nubló la bola de cristal. No

vio lo que se venía. El tornado les arrancó la carpa y les deshizo el laberinto de espejos donde dicen que la gente se metía por el gusto de perderse.

—¡Por el gusto de perderse! Así va el mundo.

—Ahora, si no te importa que te dé un consejo, vete de Colodra. Te echarán la culpa por lo del tornado. Has hablado de señales y destrucción. Aquí no se quedan tranquilos hasta que no encuentran a quién cargarle las culpas de lo que pasa. De noche te vas callandito, procurando que nadie te vea. Te buscarán por todas partes y cuando sepan que has desaparecido quedarán convencidos de que eras el mismo diablo.

—Mi deber es quedarme y predicar.

—Hazme caso; en otras partes encontrarás personas de mejor madera. Mira que los conozco demasiado bien. ¿No sabes lo que le sucedió a tu amigo el zapatero? Lo detuvieron en averiguaciones. Pero las averiguaciones pueden durar quién sabe cuánto. No importa que se cometan injusticias. Lo que importa es hallar a alguno que tenga cara de culpable y encerrarlo para aliviar miedos y demostrar que la autoridad sirve para algo. Todo está aquí apollillado y reseco. La mayor parte de los hombres en este pueblo se vuelve más egoísta a medida que envejece. Cuando les enseñe los daños que sufrió la iglesia, se encogerán de hombros y dirán: “Pudo haber sido peor. En otros lugares los daños fueron mayores. Si se trata de un castigo, hay que reconocer que los de Colodra no somos tan malos. Hubo pueblos en los que se derrumbaron iglesias enteras y murió mucha gente”.

El Dios Verde se quedó unos días ayudando al cura, que no lo dejaba salir a la calle. Se fue un lunes antes del alba seguido por un perro que lo acompañó hasta el puente viejo. Cuando llegó al arroyo del Bagre, la sierra aparecía contra la franja luminosa del oriente. Murmuró una oración antes de desnudarse y entrar en el agua fría.

Al rato, cuando ya se veían las matas y los guijarros, vio un grupo numeroso de muchachos que se dirigían presurosos hacia el pueblo. Le pareció que iban armados. Mientras se vestía pensó: “Será que los jóvenes regresan a Colodra”.

El único que los vio entrar en Colodra fue Quiñones, quien al principio se asustó creyendo que eran fantasmas de verdad. Se agazapó junto a la fuente de los angelitos para espiar sus movimientos. Ahora tenía una historia verdadera para contar en La Celeste, como premio a sus largos años de pasarse la noche en vela.

El que daba las órdenes distribuía a los otros en pequeños grupos que se alejaban rápidamente por las calles adyacentes, y con tres más se dirigió a la comisaría. El Segundo dormía a pierna tendida sobre un camastro. Cuando lo despertaron extendió instintivamente la mano para agarrar el arma y sacarla de la cartuchera que colgaba del respaldo de una silla.

—No se resista. El pueblo está copado y cortadas las líneas telefónicas.

—Ríndanse. No creo que lleguen muy lejos.

—Nos iremos pronto; que salgan a buscarnos, si les sobra coraje.

—¿Qué han venido a hacer? ¿A robarnos la poca tranquilidad que nos queda? Alcanza con los tornados y los conspiradores domésticos.

—Venimos a sacar la Patria de las vitrinas. Nos llevaremos las proclamas de Bernal Ortega y la bandera que lo acompañó en todas sus campañas contra la dictadura. No queremos que se apolillen en el museo. Son cosas del pueblo.

—Si te viera tu padre, se volvería a morir.

Después de atar al Segundo para que no intentara una resistencia inútil, fueron al calabozo. Euclides estaba despierto. Juan Carlos abrió la puerta, apoyó el fusil contra la pared y se sentó frente al viejo amigo. Se miraron un rato sin decirse nada. Las manos duras del zapatero apretaron las del muchacho.

—Tendrás que tener mucho valor. La situación está peliaguda.

—Ya lo creo. Pero está peliaguda para todos.

—Lamento no tener veinte años menos. Me vienen unas ganas bárbaras de marcharme contigo.

—¿Y por qué te encerraron, Euclides?

—Porque alguien tuvo la ocurrencia de mofarse de *nuestro estilo de muerte* y no es posible dar con él. Pero conmigo dan siempre.

—Me gustaría que te vinieras con nosotros. Pero nuestra vida es muy dura.

—Te agradezco que hayas venido a verme. Ya no me va a importar que me tengan preso, aunque me muera aquí. Ya no me va a importar.

—Si querés salir a tomar un poco de aire mientras estemos nosotros...

—Gracias. Pero es mejor que me vaya acostumbrando.

—Pronto volveremos, Euclides, y será para quedarnos.

—Nunca te desanimes, muchacho, pero tampoco te dejes llevar por un optimismo engañoso. La lucha es muy dura, y casi todo está por hacerse.

—Sí, la lucha es muy dura.

—Pero estoy seguro de que a la postre venceremos.

—Yo también, Euclides, de lo contrario no hubiera elegido el fusil.

—Juan Carlos, no quiero que te vayas sin decirte antes que me dolió mucho la muerte de tu padre, sobre todo porque se trataba de tu padre.

—Fue una muerte muy triste, ¿no es cierto?

—Nadie merece una muerte así. Lo mató una broma. Uno de sus amigos quedó medio loco, el otro no quiere hablar con nadie. ¡Pobre gente! Mataron a tu padre que sólo vivía para esperarte.

—Esperaba a otro Juan Carlos. Pero yo solo cargaré con la culpa. La gente no sabe a cuántas cosas hay que renunciar cuando se lucha por ella.

—Es la vieja tristeza del general Ortega.

—Por eso vinimos a sacarlo de las vitrinas. Se armará un gran escándalo cuando se enteren de lo que hicimos, como si el general les perteneciera.

—Se me ocurre que no volveremos a vernos.

—Mientras viva, no me olvidaré de mi amigo Euclides.

Juan Carlos tomó el fusil y se marchó sin despedirse. Lo último que le dijo el zapatero fue que no se olvidara de cerrar la puerta de la celda.

Juan Carlos subió lentamente la escalera que conducía al mirador. El piso estaba cubierto de vidrios rotos. Del techo colgaban varillas oxidadas. Herrumbre y masilla endurecida. El pueblo dormía aún. Los más madrugadores tomaban mate en el interior de las casas. El sol hacía resplandecer los azulejos del remate de las torres de la iglesia. Por la abertura del techo se veía el oro viejo del altar y alguna imagen que miraba hacia arriba, como si contara, una a una, las nubes ligeras.

Bajo la bota de Juan Carlos rodó algo entre un quebrarse de astillas. Era el catalejo. Lo levantó, lo examinó detenidamente y le limpió los cristales con un pañuelo. Observó el camino de la sierra y los campos asolados por el huracán. No vio a nadie más que un jinete solitario.

Cuando salió a la plaza, dio la orden de reanudar la marcha.

SOSÍAS

Al día siguiente, cuando ya se empezaban a sentir los efectos del huracán, Juan Carlos salió a buscar a los otros miembros del grupo. Después de una hora de búsqueda, encontró a los otros miembros del grupo en un lugar que él había bautizado con el nombre de "SOSÍAS". Allí, los otros miembros del grupo lo saludaron con entusiasmo.

A los pocos días, Juan Carlos se dio cuenta de que los otros miembros del grupo no estaban tan interesados en la aventura como él. Él quería seguir adelante, pero ellos querían volver a casa.

Los días pasaban y Juan Carlos se sentía cada vez más solo.

Al día siguiente, cuando ya se empezaban a sentir los efectos del huracán, Juan Carlos salió a buscar a los otros miembros del grupo. Después de una hora de búsqueda, encontró a los otros miembros del grupo en un lugar que él había bautizado con el nombre de "SOSÍAS". Allí, los otros miembros del grupo lo saludaron con entusiasmo. Él quería seguir adelante, pero ellos querían volver a casa. Los días pasaban y Juan Carlos se sentía cada vez más solo. Al día siguiente, cuando ya se empezaban a sentir los efectos del huracán, Juan Carlos salió a buscar a los otros miembros del grupo. Después de una hora de búsqueda, encontró a los otros miembros del grupo en un lugar que él había bautizado con el nombre de "SOSÍAS". Allí, los otros miembros del grupo lo saludaron con entusiasmo. Él quería seguir adelante, pero ellos querían volver a casa. Los días pasaban y Juan Carlos se sentía cada vez más solo.

I

—Usted me mira como si no estuviese convencido de mi presencia. Pero soy tan cierto como usted mismo. Estamos sentados frente a frente en esta hermosa sala en el piso 24 del edificio Nefele. ¿No le parece un ambiente demasiado iluminado? La luz excesiva me aletarga.

—A mí también me fatiga un poco, pero en los últimos meses me he ido acostumbrando. Es casi imposible remediarlo, pues los ventanales son demasiado grandes. Los arquitectos se enamoran fácilmente de la luz y se olvidan de nuestros ojos. Prefiero las ventanas pequeñas, pero hay que adaptarse a lo funcional.

—Hace mucho calor aquí. No se moleste, yo mismo abriré la ventana.

El visitante se levantó, y al abrir la ventana se detuvo un rato con el rostro sumergido en el sol de mediodía. Eran demasiado parecidos. Acaso su vanidad no podría soportar tanta coincidencia en la figura y en los gestos. La brisa agitó los cabellos, dorados como los suyos, y la mano que se alzó hasta la cabeza era corta y delicada como su mano, experta en caricias y en adioses. Apenas podía aceptarlo. No hubiese querido tanta exactitud. ¿Cómo era posible que un hombre tan semejante a él permaneciera ignorado? Porque si fuese el del otro el rostro que anunciaba marcas de whisky y cigarrillos en páginas multicolores, y si ahora el otro lo sustituyese en la televisión, en el cine, en espectáculos fabulosos que atraían a una multitud que colmaba estadios, teatros y explanadas, el resultado podría ser el mismo: la figura varonil y sonriente de Danny Rosen (Humberto Garona, Credencial 178. 985, para el

Registro) era equivalente a la figura varonil y sonriente del que ahora contemplaba la ciudad desde el piso 24.

—La nuestra es una hermosa ciudad. Lástima que desde aquí no se vea la bahía —dijo mientras regresaba a su sillón de cuero rojo—. Me gusta mirar los barcos quietos.

Hubo un silencio que duró medio cigarrillo. Fumaban sin mirarse, con la vista clavada en el rectángulo celeste y fresco abierto en medio de los cristales verdosos.

Garona sentía cierto indefinido temor. Durante meses había esperado. Teseo & Co. le había prometido un sosías, después de haberle asegurado que antes de los seis meses dispondría de un ejemplar aceptable. Si no era de su gusto tenía plena libertad para rechazarlo sin erogación alguna de su parte. “Trabajamos desde hace décadas —le dijo un holandés que fumaba en pipa— y es la única compañía que se ocupa de estos trámites. Solamente cobramos a los clientes satisfechos. Pienso usted que hemos atendido cientos de solicitudes y sólo tuvimos media docena de rechazos. Además nuestros honorarios incluyen un seguro de accidente a favor del cliente y el doble. Los precios varían, por supuesto. Si tiene suerte encontraremos un doble en el país. A veces hemos tenido que importarlo. Usted puede parecerse a alguien que viva en Upsala o en Hong-Kong. Siempre tratamos de hallarlo en países donde se hable el idioma del interesado. Las dificultades pueden ser enormes, como usted comprenderá. Apacibles padres de familia, sacerdotes, profesionales, suelen parecerse a nuestros clientes, y en ese caso los obstáculos son insalvables y debemos comenzar de nuevo. Pero ya verá que nuestra experiencia, acreditada a lo largo de una prestigiosa trayectoria, resolverá la cuestión. Hasta me atrevería a decirle que la compañía es capaz de inventar un sosías, de hacérselo de medida, en caso de no hallarlo por ninguna parte. Nos creará poseídos de un exagerado optimismo. Mas en pleno período de explosión demográfica no es difícil encontrar a dos que se parezcan. De seguir así, y pienso que así sucederá según están de alarmados economistas y sociólogos, para 1970 se abatirán sensiblemente los costos, y el sosías será un producto al al-

cance de la clase media. ¡Es tan cómodo! Si usted me conociese a mí, no sabría a ciencia cierta si está hablando ahora con el original o con el duplicado. Nuestros métodos son secretos y sumamente eficaces. Tenemos agentes en todas partes y poseemos ficheros que envidiaría la policía mejor organizada del planeta. Para seguridad y comodidad del cliente, no hacemos publicidad. Para la gente, Teseo & Co. no existe, mejor que no exista. Simplemente elegimos a nuestros clientes y les ofrecemos la posibilidad del descanso. Vendemos evasión. Mientras usted duerme, el sosías trabaja...”

La diligencia del holandés había desembocado en eso: un espejo recortado y elástico, sentado frente a él, y que, mientras fumaba, pensaría en las suculentas mensualidades que habría de cobrar; porque 1970 aún no había llegado y el sosías era un artículo de lujo. Ese parásito que añoraba los barcos quietos en la bahía, sería en adelante el autómatas que él echaría a andar por el mundo desequilibrado e idólatra para poder dormir ocho, diez, quince horas, y comer en paz, y llevarse al baño rimeros de diarios y revistas, y leer hasta aburrirse en aquel recinto inviolable y acogedor. El otro, mientras tanto, se fatigaría; pero, en cambio, tendría el gusto de disfrutar una gloria prestada, se embriagaría de placeres, vería su imagen por todas partes: a la luz de las avenidas, en las revistas, en las pantallas de los cines; la presentiría en los cuadernos de las adolescentes de senos incipientes y miradas perdidas o salvajes.

El otro aplastó su cigarrillo en un hueco de Murano.

—Ya sé que está cansado. Por eso quiere que lo sustituya. Sepa que soy dócil y no demasiado exigente. Adivino que tendrá curiosidad por saber cuánto...

—¿Cuánto qué?

—...le voy a cobrar por mis servicios. La compañía no se ocupa de esas cosas, quiero decir del sueldo que pagará el cliente a su sosías, ya que no existen laudos ni tarifas. A nadie se le ocurriría imaginar un sindicato de sosías; entonces, lo referente al salario queda librado a lo que convengan las partes interesadas. Supongo que debe ser bastante elevado. Son

los artistas de renombre quienes acostumbran contratar los servicios de un doble, pero como la vigencia de su fama depende de los antojos del público, el porvenir del sosías es bastante incierto; y como es tan incierto...

—No es necesario, caballero, que me prepare con tanta prolijidad para exigirme una cantidad exagerada que estoy dispuesto a pagar de cualquier manera. Habitualmente pienso en sumas elevadas... Lo que quiero es descansar, ¿entiende?, *descansar*. Cuando usted me sustituya, después de los fatigosos días de aprendizaje, cuando salga al mundo a exhibir su estampa (quiero decir la mía), y se sienta adorado, aclamado, estrujado, sublimado y hasta escupido por algún resentido que aprovecha la confusión para liberar su odio subterráneo, también querrá descansar, desprenderse de todo esto... Bueno, ¿cuánto?

—Nada, señor mío, nada.

—No entiendo. Si bromea le diré...

—Sencillamente: nada. En primer lugar, no es mi profesión, nunca me ocupé de estas cosas, pues nadie que se me pareciera, o mejor, a quien yo me pareciera, me ha buscado para sustituirlo, para mentir a los demás. Al holandés páguele lo que quiera, pero yo no voy a cobrarle. Soy un maniático de la perfección. Lo que hago me gusta hacerlo bien. Deseo confundirme con las cosas que realizo. Me entusiasma (usted no sabe cómo me entusiasma), la posibilidad que me ofrece de ser otro, de ser usted, de no ser yo por cierto tiempo. ¿Cómo podría cobrarle? ¿Cobrarle qué? ¿Acaso no voy a disponer —sin abusar, le advierto— de lo suyo? ¿No firmaré, pagaré y cobraré por usted? Sería un atrevimiento. Considere que no me preocupa mi futuro; tampoco me preocupa mi pasado.

—No sé si agradecerle o invitarlo a que se retire. Estoy acostumbrado a hechos corrientes. Quiero contratarlo para que me sirva y se amolde a mi persona durante mis vacaciones, y no que me haga pensar en cosas que de otra manera no se me habrían ocurrido. Nada de problemas. Simplifique. Estoy cansado de pensar. Sea más vulgar, por favor; más como son todos. Usted

me cobra y yo le pago. Su situación personal no debe interesarme.

La luz que reflejaban algunos vidrios oblicuos del edificio de enfrente estallaba largamente en los cristales de los cuadros, en los niquelados, y bañaba con claridad fantástica el rostro del otro que sonreía sin que le molestase la claridad intensa. Sus pupilas, contraídas apenas, miraban fijo. No traspiraba a pesar del calor creciente de aquel día de diciembre; la piel de su rostro lucía fresca y tersa como la de una niña; la sombra de la barba era muy tenue, imperceptible casi. Garona estaba nervioso. Deseaba que aquello terminara de una vez; que el otro actuara en condiciones normales o se fuese. El holandés se encargaría de conseguirle otro.

Ahora se sentía como dominado por aquella presencia tan deseada ayer, la semana anterior, el mes pasado. Tenía la desagradable impresión de que era el otro quien, en busca de un sosías, al fin lo había encontrado en él: un hombre famoso que cantaba canciones de moda, a media voz, con esa voz que las mujeres aman porque parece hecha para vibrar junto al oído, amortiguada por la almohada, en la penumbra de una alcoba.

¿O sería el único posible y por eso tendría que aceptarlo? Recordó una vez más al holandés enjuto y elegante que fuera a ofrecerle sus servicios una tarde, mientras él estudiaba músicas nuevas y la secretaria recortaba notas y fotografías que iba pegando cuidadosamente en amplias hojas de cartulina. El holandés avanzó dignamente, arrugando el aire con el humo de la pipa y golpeando el piso con el paraguas cada tres pasos. Empezó diciendo: “La Compañía que represento... Buenas tardes, señor... La Compañía que represento tiene el altísimo honor, etc., etc.”; y terminó el discurso extendiéndole una tarjeta de regulares dimensiones que extrajo de un bolsillo de su gabardina. “No tenemos teléfono —agregó— y sólo mantenemos un trato estrictamente personal con los clientes. Evitamos toda clase de papeleo inútil. Nosotros le mandamos el candidato; si lo acepta, se concreta posteriormente el negocio”.

Y ahora estaba ahí ese ser ansiado y aborrecido, un ex-céntrico que quería trabajar poco menos que gratis y que dispondría de lo suyo: los automóviles, las casas, las amantes, los días y las noches.

“Creo darme cuenta de lo que sucede —pensó Garona—; quiere usarme vilmente, actuando como si me hiciera un favor, para hacerme desaparecer después y transformarse definitivamente en mí, cambiar su pobre ser por el mío. El holandés y la agencia no son sino parte de la intriga. «Mantenemos un trato estrictamente personal...», claro, para que no existan pruebas de la maniobra. No debe haber otra cosa que una ingeniosa trampa en todo esto. Después de logrado mi consentimiento será fácil eliminarme, tirarme al río o quién sabe. Nadie notará el cambio. Danny Rosen seguirá cantando, triunfando en el mundo. Pero no seré yo; será el otro con mi voz, mi rostro, mis trajes. Yo estaré en el fondo del río con una piedra atada al cuello, sin más público que los peces, y con la boca abierta, sin voz, tragando algas”. Se levantó. Caminó hasta el falsificado ídolo africano que se aburría sobre la cómoda Luis XV, lo miró como si quisiera interrogarlo y se volvió para observar el perfil sereno del sosías.

“Pero no puede ser tan tonto que se le ocurra llegar hasta el crimen y correr riesgos tremendos. ¿Acaso sabe qué prevenciones pude haber tomado antes? Ha llegado recién y desconoce gran parte de mi vida. Sería descubierto porque debe carecer de verdadero talento”.

—Querido Danny (permítame esta familiaridad), lo noto demasiado indeciso. Tiene todo el derecho de dudar de mis aptitudes para imitarlo a la perfección. Pero le ruego que no dilate su silencio. Deme una respuesta. Las posibilidades que me ofrece este trabajo son tentadoras. La mía es una situación muy especial. Si va usted a decirme que no, le suplico que no se demore. Simplemente me levanto y me marcho sin recriminarle absolutamente nada. No crea que apelo a su compasión. Sé que hay decisiones difíciles de tomar, pero...

—Bueno, le diré: quiero un trabajo perfecto. Nadie, salvo usted, yo, el holandés y la secretaria, sabe absolutamente nada

de todo esto, y ya somos muchos. Me marcharé a un lugar solitario, no demasiado lejos. Precisamente, a “Los Tritones”. Se habrá imaginado que corro un gran riesgo; si usted tiene la desgracia de morir en mitad de una función o en cualquier parte donde la gente lo vea, esa muerte será también la mía. Danny se extinguirá para siempre, y Garona tendrá que hundirse en una triste soledad, para evitar que en la calle, en el café, en las oficinas, los demás lo miren con pena al recordar al malogrado cantor, y le digan: “Cómo se parece usted al finado Danny”.

—Convengo en que todo puede suceder, pero no sea tan pesimista.

Garona no quiso pensar más, y aceptó la impecable imagen que le ofrecía la Teseo & Co. Las siestas a orillas del mar en la pequeña y confortable casita, el abandono total, el anonimato, la soledad, se le ofrecían como una mágica región dorada a la que ya era imposible renunciar. No sentir olor a gente, a ciudad; no ver las repetidas caras de los que mascan goma o fuman sin ganas, y prodigan en su hastío gritos de tonta rebeldía. Muchachas y muchachos, y otros que ya no son pero que buscan la juventud perdida en extrañas y míticas contorsiones. Seres que lo entronizaban como al dios de un aquelarre ciudadano y no lo dejaban huir, e inundaban su tiempo, todo su tiempo, apareciendo por las ventanas, o en forma de cartas, innumerables cartas, o en voces agolpadas en los cables del teléfono: “por favor una palabra”, “mi adorado”, “que me muero”, “siempre tuya”. Manos que buscaban tocarlo, que se extendían dolorosamente y llegaban hasta él o no llegaban, con un apretón o una caricia, hasta su pelo, su boca; contentándose acaso con agitar el aire en torno suyo. Pero Danny estaba cansado. No se cansa la multitud que en los aeropuertos, en los muelles, a la salida del teatro, se aferra a todo lo que tenga apariencia de inmortalidad.

Danny decidió por fin meterse en el traje de Garona, ocultarse en su propio nombre, y partir. El ídolo quedaría.

Siguieron los días de ensayo. Como por invisibles vasos comunicantes, el ser del artista se vertía lentamente en el otro,

a quien no le fue difícil imitar la voz y los gestos. Hasta llegó a parecerle que cantaba mejor que el original, pero venció a la vanidad y se sometió humildemente. En dos semanas se transformó por completo. Estudió minuciosamente la historia y las relaciones de Danny, lo que no era siempre entretenido, y pobló su alma con vivencias ajenas. A Garona lo sorprendió la facilidad con que el otro aprendía todo, y sintió que iba adquiriendo un extraño poder sobre su persona.

El día antes de su partida, Garona quiso ver al holandés y arreglar cuentas, pues era sumamente escrupuloso. Aunque no podía quejarse del servicio de la Teseo & Co., cuando pensaba en el doble sentía un secreto amargor que desde la boca se difundía por todo él en un flujo de sensaciones grises.

Buscó la tarjeta entre sus papeles y la guardó cuidadosamente en su cartera, cual si se tratara del pasaporte a la felicidad. Salió a la calle. Por fortuna, nadie transitaba a esa hora de luz vertical y calcinante; nadie lo vio en el breve recorrido comprendido entre la reverencia del portero y el Mercedes Sport que lo esperaba a la sombra de los plátanos. Guiaba sin prisa, aspirando el aire de tormenta y bitumen. Encendió el receptor, y después de la apología del dentífrico que invita a sonreír sin inhibiciones, después del jabón en polvo y las musiquitas pegajosas que se repiten sin piedad, emergió su voz en “Cuando estoy lejos de ti”, y pensó en el otro, a quien ahora le dedicarían los aplausos y los desmayos. Sintió un dolor muy sutil, un ahogo casi, que nació en el estómago y se detuvo en la garganta. Lo estaba sintiendo a menudo y no quería ver al médico por temor de tener algo. Con un poco de descanso se curaría de esos males pequeños. ¡Estaba tan cerca de la paz!

“La gloria que nos ofrece el mundo es como un ácido que disuelve las vísceras, lentamente, hasta dejarnos completamente huecos, sin hígado, sin corazón, sin pulmones”; y recordó cosas, palabras, de hacía tiempo (era un muchachito en quien se habían despertado pasajeras inquietudes religiosas), verdades que, en la escuela dominical, le enseñara un viejito

abstemio y bondadoso. De los sermones del pastor no se acordaba mucho, porque se entretenía contando las molduras del templo, el cuadrulado de las vidrieras ojivales, los tubos del órgano, cuando no miraba las cabelleras rubias y suaves acariciadas por el tranquilo sol de los domingos, de las muchachas que se sentaban adelante, más cerca que él de la Verdad. Porque a él le importaba ubicarse atrás para poder marcharse cuando se sintiera cansado de las amonestaciones y los himnos.

Un día, después de “Castillo fuerte es nuestro Dios”, cierta señora (o el diablo vestido de señora) elogió su voz y le dijo qué esperaba para intervenir en el coro de la iglesia. Ese día se quedó hasta el final, hasta el último himno, y la señora volvió a elogiarlo. Fue la perdición. Al domingo siguiente fue a instalarse cerca de la Verdad, entre las jovencitas de cabellos dorados. Creyó impresionarlas y le pareció que lo miraban de reojo mientras él cantaba con potencia.

Después se lució bastante en las fiestas de fin de curso. Pequeños triunfos que le brindaron la posibilidad de besar a sus compañeras y la dicha irresistible de sentirse amado. Comenzó a cultivar su figura. Cambió los libros por el espejo y se inició en el arte de seducir a los demás, después de haberse seducido a sí mismo. Hasta que llegó la noche del espaldarazo; en un concurso de carnaval organizado por el municipio, fue descubierto por el agente publicitario que hizo circular su imagen en carteles policromos, con una botella de refresco en una mano y la guitarra eléctrica en la otra; “Un instante para el deleite que perdura”.

El auto se detuvo frente al número 154 de la avenida que indicaba la tarjeta. Volvió a mirarla para cerciorarse de que no estaba errado. Subió al cuarto piso y caminó por un corredor fresco y sombrío hasta el final.

La puerta estaba abierta y algunos obreros, con el torso desnudo, empapelaban las paredes. Los pies grandes y sucios se movían sin prisa entre los baldes de engrudo, los rollos de papel, las botellas, las cajas vacías o aplastadas.

—Buenas tardes. ¿Sabrían decirme si se mudó la Compañía?

—¿Eh?, ¿compañía? Debe estar mal informado. Aquí no había compañía alguna. Sabemos que la semana pasada se murió el inquilino de un síncope. Dicen..., nosotros no lo conocimos. Hacía poco que se había jubilado. ¡Pobre tipo! Ahora, justo ahora que podía descansar.

—No me vas a decir que no descansa —dijo una voz entre dos dientes y un pucho.

—¿No saben si el difunto era un holandés?

—Me parece que no. Mire, en la puerta todavía está la tarjeta con el nombre.

Garona deletreó: Graciano Escobar.

Se fue sin saludar, convencido de que había caído en la temida trampa. Pero ya era tarde. El otro se había instalado en su lugar y firmaba autógrafos con una firma que ni él mismo podía distinguir de la de su propia mano. “He sido un idiota —pensó—. No necesitan matarme, pues ahora ando por el mundo como un muerto. El otro habrá fortificado sus defensas y no hallaré forma de darle mate”.

Detuvo el auto a la vera del parque y miró con envidia a los niños que jugaban, a las madres, a los enamorados, y creyó que aquel mundo ya no le pertenecía.

Cuando volvió a ver la cara del sosías que lo esperaba extendido sobre el canapé mientras hablaba con la secretaria, cuando miró aquella cara pálida y serena, como la de un ángel convaleciente que empezaba a conocer las fatigas de los astros, dejó de pensar en la posible conspiración y se avergonzó de que antes se le hubiese ocurrido semejante cosa. La secretaria seguía recortando notas y fotografías, y después de hacer una bola con las tirillas que le sobraban, se divertía como una niña arrojándola por la ventana para verla desintegrarse en el viento, y mirar cómo caía sobre la gente y los coches aquella breve lluvia de cintas ondulantes. Garona se distrajo un instante contemplando las caderas flamencas de la mujer-niña con nostalgia anticipada.

La medianoche encontró a los tres en la tarea del inventario. Cenaron con champaña para celebrar. Danny estaba eufórico, Garona un poco triste, y la secretaria más curiosa que de costumbre.

Garona no dijo nada de lo sucedido esa tarde, más por pereza que por discreción. Estaba ansioso por comenzar las vacaciones que se prolongarían hasta el otoño.

II

Con bigote, barbudo, y el pelo corto, Garona apenas se conocía a sí mismo. Ahora podía descansar, desprenderse del mundo sin ser olvidado; podía gozar del aire azul, del sol, del viento, de la lluvia, sin fotógrafos ni periodistas, sin las muchachitas que lo rodeaban para arrancarle autógrafos y botones. Medio desnudo en la playa desierta, sentado en el borde de un bote roto y abandonado, sentía que la felicidad le trepaba por el alma cada vez que rompía una ola y la espuma le llegaba a los tobillos.

Había pasado esa mañana, como otras mañanas, rodeado de soledad y gaviotas, mirando su sombra que se contraía, o el vaporcito que recorría sin prisa el horizonte.

De vez en cuando rescataba de entre las imágenes dispersas la figura satinada del otro, y la sentaba frente a él en aquel piso 24 demasiado iluminado, o reconstruía la sorpresiva llegada del holandés y su raro ofrecimiento. Pero las imágenes, nítidas al principio, se esfumaban rápidamente. No había que pensar, sino abandonarse a aquella serenidad, anegarse de colores puros y de esos sueños que se olvidan al alba pero que nos rodean como una música demasiado vaga durante el día.

De noche se acostaba temprano. A las diez ya estaba en la cama y se quedaba largo rato contemplando las constelaciones prendidas del tejido de alambre de la ventana, mientras respiraba con sensualidad la brisa húmeda de océano. Había superado todo temor, y no se inquietaba por cualquier

motivo. Si el sosías no le escribía era porque se encontraba demasiado ocupado y además en la oficina de correos del pueblito próximo la correspondencia solía extraviarse para siempre. No tenía por qué preocuparse. En cuanto al holandés, ya aparecería a cobrar sus honorarios. No podía explicarse, es cierto, el misterio de la tarjeta; pero el hombre que había muerto bien podía ser un agente, un elemento de enlace; no había que olvidar la absoluta reserva con que trabajaba la Teseo & Co., para evitar por todos los medios que el público descubriese el timo.

Una noche se despertó con frío. Se incorporó en procura de una manta, y tuvo la impresión de que en la habitación había alguien que lo observaba. No encendió la luz para no reconocer su miedo. Volvió a acostarse lentamente, casi sin respirar, con la mirada clavada en la silueta que parecía desplazarse hacia él. Afuera, la ceniza de la luna caía sobre los médanos y las pocas casitas. Los grillos taladraban sin cesar la soledad desmesurada. El aire se movía adentro como si efectivamente un cuerpo se desplazara por allí. Garona concentró su atención en adivinar el rostro de aquel ser que parecía espiarlo; primero se le ocurrió que podía ser el holandés, pero después pensó en el sosías. Bajó la vista para descubrir la mano homicida, pero no había mano, solamente se presentía una sombra con rostro que lo miraba detenidamente.

Sus dedos se levantaron maquinalmente hasta la llave de la luz, y cuando esta estalló en sus ojos se vio a él mismo en el vidrio irregular de la ventana. “Hubiera jurado que había alguien” –pensó con vergüenza–. Se levantó y recorrió la casa. En esas circunstancias los objetos parecen adquirir un alma que se burla de la fragilidad del hombre, de sus miedos nocturnos. “Me dan ganas de empezar a las patadas con todo. Uno viene a descansar y le pasan estas cosas”.

Abrió la puerta y vio recortada sobre la arena la zona de luz que componía la lámpara del cuarto. La miró como para convencerse de que no se movía en ella la silueta de alguien que estuviera adentro. “Estúpido. Soy un estúpido” –se golpeaba la frente con el puño.

Delante suyo, a dos cuadras, estaban los eucaliptos y el comercio de Pereyra: Almacén y Ferretería “La ola marina”. “Lo único que vale la pena es la hija del tipo” –pensó con deleite para compensar el miedo que había sentido antes–. “Hoy me miró fijo cuando lavaba la ropa bajo el parral. No me quitaba los ojos de encima”.

Cerró la puerta y volvió a la cama. Apagó la luz, y se durmió pensando en la muchacha.

Al otro día la volvió a ver frente al galpón, desplumando un pollo, y se acercó a ella para preguntarle si no había llegado correspondencia a nombre de Humberto Garona. Le contestó que no, que cuando viniera se la llevaría a su casa, y siguió en silencio atenta a su tarea. Después levantó el hermoso rostro para decirle:

–Señor, cómo se parece usted a ese cantor que está de moda. Ayer fuimo’ al pueblo y lo vimo’ por la televisión. Cada vez canta mejor. ¿A usted no le gusta?

–Más o menos –contestó Garona con amargo laconismo–. ¿Y a vos, te gusta mucho?

–Sí, muchito. Si fuera a la ciudad me encantaría ir a verlo y pedirle una foto firmada. Dicen que les manda a las que le escriben. Pero yo escribo mal, sabe, y no me animo. ¡Qué va a pensar el mozo! Están todita’ enamoradas d’él. Le juro que me enloquece.

–¿Y en qué me encontrás parecido?

–¿En qué?, en los ojo’. Son igualito’. Usted afeitao y con pelo sería como él, no sé si tanto, pero en fin... ¿Por qué se queda parao como un bobo? ¿Nunca vio una mujer peland’un pollo?

–Tan linda como vos, no, a decir verdad.

–¿A mí con cuento’? Usted habrá conocido muchas.

–Es posible.

–¿Entonce?

–¿Entonces qué?

–Entonce’ nada –y se fue para adentro, dejando el pollo sobre una mesa, con la cabeza colgando.

Garona bajó a la playa, y pensaba cómo haría para conquistarla. Los días ya le parecían demasiado largos para pasarlos solo.

Hacía más de dos semanas que se hallaba en la región del olvido, y se había encontrado muchas veces con Paulina, la hija de Pereyra. Un mediodía ella entró sin llamar, con una carta:

—Es para usted, don Garona. La carta que esperaba. Al fin llegó. Debe ser de su novia.

Él estaba en la cocina preparando un elemental almuerzo, y salió al encuentro de la ninfa y de la carta. La carta cayó al suelo, y la ninfa sobre un sillón, suavemente.

—Ahora no, don Garona, el viejo me vio entrar, y si me demoro...

(La boca y el cuello de la muchacha sabían a salitre. El hombre recordó unos versos, posiblemente “El nacimiento de Afrodita”, no se acordaba de quién, “*Como fruta sensitiva que del vergel marino...*”).

—Ahora no. Se puede armar un lío grande.

—¿Estuviste bañándote en la playa? Estás deliciosa de salada.

—Sí, hace un rato.

—¿Fuiste sola?

—Sí. Estuve mirando por si aparecía.

—Yo fui temprano.

—Bueno, dejemé que a la siesta vuelvo.

Y salió corriendo como un animalito, descalza, saltando sobre el suelo ardiente. Garona se sentía feliz. La paz que durante tanto tiempo deseara, sería desde ahora una paz entera. Paulina, una criatura natural, sin artificios, le ofrecía un amor que él no había conocido nunca. ¡Ah!, poder vivir así hasta el otoño, hasta el lejano otoño...

Casi se olvida de la carta. Al fin la abrió y se enteró de que Danny Rosen le decía a Humberto Garona que estaba entusiasmado y que “nunca había imaginado la belleza deslumbrante y el vértigo de la gloria”. Le agradecía infinitamente

haberle brindado la oportunidad de conocer “esta maravillosa experiencia que la vida reserva a los elegidos”.

Le hablaba de importantes sumas de dinero, de que había recibido el último modelo de automóvil, que el banco le había ampliado el crédito y Linda Montesco “intentó suicidarse por motivos que escapan a mi responsabilidad pero no a la suya. Supongo que usted no habría vacilado en hacer lo que yo hice: la fui a ver al sanatorio con un ramo de orquídeas y nuestro último disco, para agradecerle, al menos, el impacto publicitario”.

La carta era un inventario de buenas noticias, y podía asegurarse que los dos eran felices.

Cada dos días aparecían, a la hora de la siesta, Afrodita y la carta. Paulina se quedaba hasta las cinco y la carta iba a parar como las anteriores al cajón de la mesa de luz. Acostumbraba leerlas todas el domingo, después de haberlas ordenado por fecha, pues los domingos concurría mucha gente al lugar, y él no salía. Tampoco venía a visitarlo la muchacha pues debía ayudar a su padre en la venta de cigarrillos y refrescos.

Un día Garona empezó a notar algo extraño. El yo del sosias se iba ahogando, como si el otro enajenara de a poco su personalidad. Le escribía por ejemplo:

“Anoche cenó usted con Claudia B., la bailarina. No debe ser la misma de hace cinco años cuando protagonizaron aquella escena escandalosa que usted puede haber olvidado, pero que ella recuerda bastante bien. Lo miraba a usted con dulce tristeza, como queriendo salvar algo irreparable; le acariciaba la mano con maternal ternura y logró estremecerlo; pero se resistió a revivir las batallas de amor que, según parece, duraban hasta la salida del sol. Como debe tener más imaginación que la desgraciada Linda, eligió un camino más tortuoso para desaparecer, para asesinar la imagen de Claudia B.: el matrimonio. Cuando se lo confesó, usted debe haberla mirado como a un fenómeno, porque se puso a llorar. Y como usted, a quien ella ama misteriosamente, no le ha ofrecido posibilidad alguna de casamiento, no tiene más remedio que aceptar la

proposicion de un acaudalado industrial. Todo se lo dijo amargamente, mezclando a flor de labios las lágrimas con el gin-tonic. Usted le dio un beso adolescente en la mejilla y la despidió prosaicamente con un «olvídame»”.

Otras cartas decían:

“Tan poco tiempo tiene usted de ocuparse de todo, y tanto quiere abarcar, que terminará por enloquecer. La infeliz secretaria está en manos del siquiátra (por consiguiente, dela por perdida). La turbamulta que producen sus actuaciones va adquiriendo proporciones catastróficas. El jefe de policía en persona ha venido a visitarlo en procura de soluciones, pues por su culpa debe distraer un sector importante de las fuerzas del orden necesarias para enfrentar las frecuentes manifestaciones obreras. El pobre está desesperado. Dice que prefiere exponer a sus hombres a las piedras proletarias, antes que a la histeria colectiva de sus tiernas admiradoras”.

“Algún político quiere usarlo. Usted se resiste muy honorablemente a entrar en el juego, con el argumento de que sólo vive para su arte y para el pueblo que ama su arte”.

Al mes y medio se insinuaron inquietantes síntomas de fatiga:

“Usted se siente prisionero de la fama. Debe descansar. Debo descansar. No había imaginado que el ritmo de esta locura sería tan intenso. De saberlo antes, quizá hubiese optado por seguir siendo nadie. No sé hasta cuándo podré resistir. Pero no piense que quiero traicionarlo. Hasta ahora he contribuido con éxito al mantenimiento de su prestigio, ¿mas podré continuar hasta el fin? Cumplo con el deber de prevenirlo. Danny Rosen está muerto de cansancio. El teléfono suena sin cesar. No hay forma de ocultarse. No me puedo escapar. Me persiguen, lo persiguen por todas partes”.

“Domingo 27. Hace una semana bailó usted con las participantes en el concurso de belleza. Las jóvenes diosas esperaban impacientes el momento de bailar con usted, que a medianoche sufrió un desmayo debido al agotamiento. Todas querían atenderlo, llevárselo para la casa. Extraños y penetrantes perfumes lo envolvieron mientras yacía en el suelo. Al

volver en sí se sintió como en una cárcel de belleza. Quiso quedarse así, sin moverse, bajo aquella bóveda tibia de cuerpos elegantes y flexibles, de voces suaves, de caricias. Añoró la «almohada de carne fresca donde no se puede amar», para su inconmensurable cansancio. Cinco días en el sanatorio le han hecho bien, pero fueron pocos. Además, el maldito teléfono sonaba continuamente”.

Garona comprendía que el otro no iba a resistir hasta el final, hasta la llegada del otoño. Tendría que abreviar sus vacaciones. Se compadeció del pobre Danny Rosen que había dejado funcionando como a un muñeco para entretenimiento de la gente. Sintió verdadera pena por aquel hombre raro, aquel milagro de la Teseo & Co. (“La compañía es capaz de inventar un sosias, de hacérselo de medida”). Acostado en la arena, miraba cómo huía el humo del cigarrillo hacia la bóveda azul, casi perfecta si no fuera por las manchitas oscuras que le bailaban en los ojos. Trató de objetivarse, de verse proyectado en el mundo, como si el otro fuera el verdadero Danny, y él un cualquiera que soñaba con la fama, con el confort, con la gran vida, y que, sabiéndose idéntico al astro, iría alguna vez a ofrecerle sus servicios de sosias. Creyó descubrir un aspecto mágico de la vida. Fue una idea que lo iluminó súbitamente y se desvaneció de inmediato en el humo ascendente. Estuvo a punto de volver a atraparla, pero la sombra de la muchacha vino a cubrirlo como una sábana de frescura. Su mirada recorrió el cuerpo que se le ofrecía, recordado contra el firmamento como una única columna que sostuviera a la serena arquitectura de la tarde. “Que tenga paciencia el otro –pensó–, tendrá que aguantar hasta el otoño”.

Una mañana llegó Paulina mojada de lluvia con un sobre blando y borronado.

–Hoy no me puedo quedar. El viejo se está dando cuenta, me parece. Me mandó con la carta y sé que me espía. Después te digo cuándo.

Al huir rasgó brevemente la cortina de agua. Cuando llegó a los eucaliptos le hizo un ademán de adiós que lo dejó triste.

La carta decía:

“Señor Garona: El juego que al principio era tan cómodo para usted como divertido para mí, y que acepté fatalmente, se ha vuelto torturante. Soy un hombre sin pasado que en estos momentos comparte el suyo. A usted le debo el tener recuerdos prestados, un nombre, y una posición que, por lamentable error, creía envidiables. Acepté esto a trueque de enloquecer. Tuve un momento de lucidez, como si un escenario en tinieblas se iluminase de pronto, y en el escenario estaba usted; usted no, exactamente, sino un mago que lo hizo aparecer. Ahora bien; creo haberle solucionado un problema (al menos en parte) y podría necesitarle en el futuro. No crea que pretendo extorsionarlo; si lo hiciese, me dañaría más a mí mismo. Pero debemos aceptar un hecho incontrovertible aunque parezca fantástico: usted y yo somos ya la misma persona. Esta es la única conclusión a que llego cuando me pregunto por qué existo.

Como usted ha tenido la delicadeza de no averiguar nada acerca de mi pasado, me veo ahora en la obligación de decirle algo al respecto.

El hecho más lejano que registra mi memoria es el siguiente: estaba yo frente a un teatro y miraba un anuncio que lucía su imagen; al principio me sorprendí de que nuestros trajes fueran idénticos. Busqué un espejo y casi no podía creer que entre su rostro y el mío no hubiera diferencia de notar. Entonces me pregunté quién era yo, si acaso no sería el mismo Danny Rosen que había perdido la memoria. Finalmente opté por no pensar. ¿Qué haría usted si se encontrase de pronto en el mundo, sin pasado, sin nombre, en una esquina cualquiera, como parido por la nada?

Busqué en mis bolsillos algún elemento que resolviese el problema. Sólo encontré una tarjeta. Averigüé cómo se iba hasta la dirección en ella indicada y llegué al escritorio de un amable señor que fumaba en pipa y que usted muy bien conoce.

—Sabía que vendría —me dijo, satisfecho de no haberse equivocado—; un hombre que se encuentra en semejante si-

tuación no puede demorarse en cavilaciones estériles. Necesita de nuestra ayuda. Reconozco que es terrible carecer de pasado, pero no deja de tener sus grandes ventajas. Mucha gente se pierde por culpa del pasado. Trate de no averiguar, no se sumerja en abismos demasiado peligrosos. Acepte su situación, como si acabara de nacer y viviera sin haber soportado los tormentos y desventuras de la infancia y adolescencia. Su alma está completamente limpia, luce como recién lavada. La compañía registra solamente tres casos, en su larga historia, similares al suyo; si quiere, podemos consultar los archivos. Ayer cuando lo encontraron en el parque con cara de suicida —es posible que no lo recuerde— no demoramos en hacernos presentes porque sabíamos cuál era la solución. Usted declaró a la policía, con quien mantenemos excelentes relaciones, que era un hombre sin pasado, que no recordaba el más mínimo detalle. Bien. La Teseo & Co., única en su especie en todo el mundo, puede sacarlo del laberinto. Nuestros especialistas han logrado conseguirle una excelente ubicación; me atrevería a decirle que han recreado el mundo a su medida.

Y de esa manera, querido Garona, llegué hasta usted. Al principio estaba deslumbrado, no me preocupaba en lo más mínimo la noche vacía y atroz que había dejado atrás, ni el saber si había tenido padres o era una criatura de laboratorio, o dónde había aprendido a pensar y decir frases. Nada me preocupaba hasta que empecé a padecer de insomnio, posiblemente a causa del enorme cansancio. La gente no se figura lo que es la vida de sus ídolos. Destiné las largas horas de mis desvelos a intentar comprender las extrañas circunstancias de mi existencia, hasta que llegué a aprehender ciertos aspectos reveladores sobre los que prefiero callar para no perturbar prematuramente la hermosa paz de que estará disfrutando. Pero es necesario que usted regrese, porque no aguanto más. Decídase hoy. Mañana puede ser tarde”.

Garona no comprendía del todo lo que el otro quería decirle. Le preocupó la posibilidad de que aquello fracasara.

Siguieron días interminables de lluvia, sin sol y sin Paulina. Cuando iba hasta el almacén de Pereyra a comprar algo porque lo necesitaba, o simplemente como excusa, no la veía por ninguna parte. Quizás estuviera enferma, o el viejo, temiendo las ligerezas de la muchacha, la había mandado al pueblo, a casa de las tías.

Garona empezaba a aburrirse, a extrañar el bullicio, las luces nocturnas, las mujeres artificiales, los diálogos triviales que se prolongaban hasta que la luz del alba caía pesadamente sobre los párpados.

“No es necesario que espere hasta el otoño para regresar. Ya estoy mejor, lo noto porque me aburro. Adiós Paulina, mejor no nos vemos más. Si todo queda así será más hermoso recordarlo. Quién sabe qué hubiese sucedido. ¡Mejor así!” Se le ocurrió que podría componer una canción en la que Paulina se disolvía en la lluvia, se borraba como el horizonte, como el sol, “como mi alegría. Es tan pequeño esto. Allí enfrente el almacén de madera y chapas viejas, más allá los médanos, el mar. Un lugar para morir, no para vivir. Espero que el otro aguante hasta que pare de llover y se pueda salir de aquí. El arroyo está crecido, y el camino cortado. Sí, está cortado. Al principio no quería creerlo, pero hoy intenté irme y tuve que regresar. Pereyra se reía cuando me vio partir: «—No va a poder, jefe. Le digo que no va a poder. Tiene que quedarse hasta que pare. Y si sigue lloviendo así, no se va hasta el mes que viene!» ¡Que se vaya al cuerno el tal Pereyra! No hay manera de salir de aquí. Y el viento sigue soplando del este. Lluvia para rato. ¿Y si el otro no aguanta y me planta, o se vuelve loco, o se pega un tiro? No tengo más remedio que esperar hasta que pare. ¿Y qué sería lo que no me quiso decir? A veces me parece un cínico a quien le gusta atormentarme, por envidia, por pura envidia. La trampa debe ser mucho más sutil de lo que creí en un principio”.

Ese día lo pasó acostado, mirando el techo. Cuando la luz de la tarde se desprendió de las paredes, de las sábanas amontonadas sobre sus rodillas, de su pecho tostado, para fugar

dolorosamente, Garona recordó que en el farol no había combustible y que la damajuana estaba vacía. También se había acabado en el almacén porque el camión que lo traía no podía llegar. Se puso el impermeable, y, sin calzarse, fue hasta lo de Pereyra en procura de velas, porque de una, sólo le quedaba el cabo.

El almacén estaba cerrado. “¡Qué raro!” —pensó—. Estuvo a punto de volverse, pero siguió hasta la puerta que golpeó fuertemente, aunque estaba cerrada con candado. “Estará en casa de algún vecino”. Y con el temor de no encontrarlo por ninguna parte, se acercó a cada una de las casitas próximas. Tampoco en ellas había nadie. Casi se pone a llorar de rabia, a gritar, pero la noche que crecía a su alrededor, que subía desde sus pies fríos y embarrados, que lo condenaba a tanta soledad, lo hizo enmudecer.

Derrotado y jadeante volvió a la cama. No quiso cenar. Dejó a su lado el cabo de vela y una cajilla de fósforos, y se quedó pensando con las manos bajo la nuca. “No me explico adónde pudo irse ese imbécil con este tiempo. Tiene que existir un camino para salir de aquí, pero debe de habérmelo ocultado por rencor, o para que me quede, y siga gastando mi dinero en su porquería de negocio. Tendré que esperar a mañana. De algún modo saldré. A estas horas el sosias estará enterrado, si no pudo aguantar. ¡Qué homenaje póstumo no me habrá hecho la juventud!”. Y se durmió pensando en un funeral principesco, en un féretro de primera donde yacía su fenecida imagen, que era besada constantemente por mujercitas que desfilaban lentamente por el vestíbulo del gran teatro. Besos que caerían sobre el rostro rígido, como afuera la lluvia, la interminable lluvia.

Lo despertó el viento que soplabla con violencia. Otra vez tuvo la sensación de que alguien lo espiaba. Encendió un fósforo después de convencerse de que lo hacía para mirar la hora. Eran las 4. Lentamente levantó la vista, y vio que desde la puerta el sosias avanzaba hacia él. Los ojos no tenían mirada, estaban muertos, y los labios, estremecidos por un ligero

temblor. Garona encendió el cabo de vela mientras el otro se sentaba junto al lecho.

—Amigo Garona, se lo advertí; esperó demasiado y ahora es tarde.

—Pero, ¿cómo hizo para llegar?

—Hay maneras de hacerlo. Imagine la que más le agrade. Lo importante es otra cosa.

—Sí, lo que no quiso decirme en la carta.

—Exactamente. Pero tampoco voy a decírselo. No lo entendería de inmediato, y ahora no tiene tiempo de pensar.

—¿Por qué?

—Porque debemos descansar. ¡Estamos tan cansados!

—No comprendo nada.

—Y no trate de comprender. Nos queda poco tiempo; así lo quiero, y si yo lo quiero no tiene más remedio que aceptarlo. Ahora tiene que imitarme usted a mí, ese es mi salario. Se lo advertí, señor Garona, se lo advertí, pero usted no hizo caso. Quizá creyó que bromeaba. Pudimos haber llegado a un acuerdo.

Garona acercó la luz al cuerpo del visitante. Notó que una cicatriz, antes imperceptible, le rodeaba el rostro. Las manos que descansaban sobre las rodillas parecían hechas de papel viejo.

—Pero dígame algo que aclare todo esto, de lo contrario perderé la razón.

—No tendrá tiempo de perder la razón. Pero ya que insiste tanto le haré el gusto, tratándose de su última voluntad.

—¿Voy a morir, entonces?

—Inevitablemente.

—No comprendo nada.

—Ya le dije que no trate de comprender. Le diré lo que quiere saber, aunque de nada le servirá. Cuando usted aceptó la proposición de la Teseo & Co. no firmó ningún documento ni exigió garantía alguna. Como su vida ha sido demasiado fácil, creyó que esto no significaría nada problemático. Está acostumbrado al éxito y a admitir que el mundo fue creado

para su gloria. Desgraciadamente usted no se preocupó de informarse bien acerca de la Teseo & Co. Lo lamento mucho. Por mi parte, le confieso que soy poco menos que una creación exclusiva de la firma, y un funcionario modelo incapaz de traicionar a mis superiores, que me han encomendado tan delicada tarea.

—El holandés estará entre sus superiores.

—No. También él es funcionario, de jerarquía, pero lejos todavía de ocupar cargos de verdadera importancia. Pero esto no viene al caso. Acepté este trabajo con el compromiso de defender, por encima de todo, los intereses de la institución. Piense que el más mínimo error que se cometiese, significaría el derrumbe de una organización tan perfecta. Usted, con mi humildísima colaboración, ha llegado a la cúspide de la fama, pero está tan cansado como yo de todo esto. Piense, señor Garona, que sería muy triste asistir al espectáculo de la propia decadencia. No hay más remedio que morir. La compañía no encuentra otra solución. A estas horas ya tendría que estar muerto. El departamento de seguridad de la compañía se ha encargado de silenciar a los únicos testigos de su permanencia en este lugar y yo, con las recaudaciones de los últimos espectáculos pagué los honorarios a la Teseo. Aquí tiene los recibos por si los quiere ver. Puede descansar en paz, señor Garona, usted es famoso y no le debe nada a nadie.

Garona estaba empapado en sudor. No podía hablar. El otro, cada vez más pálido, respiraba con dificultad.

—Las computadoras electrónicas de nuestro departamento de estadísticas pronostican su inminente desgracia y la Teseo & Co. quiere evitarle mayores amarguras. Porque sepa, señor Garona, que, sin darme cuenta, he cometido un lamentable error. Estaba probando la velocidad del último modelo (lástima que ya no podrá verlo) y arrollé a un pobre viejo que falleció ayer. Varias personas lo vieron, y la policía lo está buscando. Si lo detienen, usted podría probar su inocencia y los métodos de la Teseo & Co. quedarían al descubierto. No podemos correr semejante riesgo. Perdóneme, señor Garona,

pero no tiene más remedio que imitarme. Le vuelvo a pedir disculpas. Muramos de una vez.

—Pero si encuentran los dos cadáveres, la compañía se verá en aprietos, porque si se investiga a fondo... —dijo Garona jugando su último naipe.

—¡Ah!, pero usted no me conoce. Ellos sí me conocen y recién ayer me dijeron qué era.

Garona vio (fue lo último que vio) que el otro se llevaba la mano al rostro, se hundía las uñas en la cicatriz, y se arrancaba una máscara epidérmica detrás de la cual sólo había un hueco, un infinito y negro hueco que se fue dilatando hasta devorarlo todo.

Octubre de 1965

ÍNDICE

Prólogo	5
La sicsta del burro	11
Sosías	101

Colección
El placer de leer

1. J. J. Morosoli: *Los Albañiles de "Los Tapes"*
2. J. Machado de Assis: *El alienista y otros cuentos*
3. Anderssen Banchero: *Un breve verano (relatos)*
4. Tomás Carrasquilla: *En la diestra de Dios Padre*
5. J. R. Payró: *Crónica de la revolución de 1903*
6. Ambrose Bierce: *Diccionario del diablo / 1*
7. Ambrose Bierce: *Diccionario del diablo / 2*
8. Julio C. Puppo "El Hachero": *Crónicas*
9. Guy de Maupassant *Miss Harriet y otros relatos*
10. Herman Melville *Bartleby y otros relatos*
11. Mariano Azuela *Los de abajo*
12. Virginia Woolf *Flush*
13. Héctor Galmés *La siesta del burro y Sosías*



Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Tradinco S.A.
Minas 1367 - Montevideo - Uruguay - Tel. 409 44 63. Diciembre de 2009
D.L. 351-687/09. Edición amparada en el decreto 218/996 (Comisión del Papel)

www.tradinco.com.uy 

Con una obra breve pero de extraordinaria calidad, Héctor Galmés (Montevideo, 1933-1986) es uno de los grandes representantes de la novelística uruguaya.

Este volumen tiene el extraordinario interés de incorporar dos obras póstumas a su producción más conocida: una novela y un cuento que están a la altura de sus grandes creaciones.



BANDA ORIENTAL

S O C I O  ESPECTACULAR